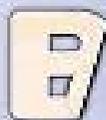


Concha Álvarez

A grayscale profile of a woman's face and shoulder, looking down. A vibrant red butterfly is perched on her shoulder. The background is black.

MARIPOSA DE FUEGO

MARIPOSAS NEGRAS 2



SELECCIÓN
Paranormal

Mariposa de fuego
Trilogía Mariposas negras 2

Concha Álvarez



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A mis lectoras incondicionales
Ángela Bolaños y Toñi Gonce Rodríguez*

PRÓLOGO

«**L**os ángeles caídos serán desterrados del Purgatorio, la Tierra, si incumplen los *preceptos de Dios. Perderán las alas y arderán en el fuego del averno, condenados a ser sombras por toda la eternidad*». *Libro II, Cap.1, Vers. 2 del Libro de los ángeles defensores de Dios.*

Gerard prefería no sentir nada a esa insufrible soledad que le pesaba sobre los hombros desde la niñez y presionaba su cuello como una soga.

El encargo de Lucien le había proporcionado la oportunidad de librarse de Gabriel y adormecer esa sensación que lo volvía vulnerable. Quizás habría aceptado, si no se la hubiera brindado Gabriel, pero cada día le costaba más seguir adelante. Durante mucho tiempo, odiar a Denis le había proporcionado un motivo para vivir. Ahora, incluso ese motivo se había desvanecido gracias a Lucien. Su hermano le había jurado por la memoria de su madre y acompañado de numerosas advertencias que, si intentaba acercarse a Denis o a Sara, le arrancaría las alas, pluma a pluma. Sus amenazas no le importaban, pero su querido hermano ignoraba que había perdido sus ansias de venganza al darse cuenta de que Sara no era Casandra y Denis solo un humano enamorado. Destruirlos ya no supondría ninguna diversión. No reconocería ni ante Lucien ni ante sí mismo que en el fondo los envidiaba. Hubiera dado las alas por ser el destinatario de ese amor. Él nunca experimentaría algo similar. Ni siquiera de niño supo qué era ser amado. Recordar su infancia aumentó su malhumor. El orfanato, el hambre, la suciedad eran recuerdos amargos. Sus hermanos nunca comprendieron la lucha interior que lo carcomía por dentro. No podía confiar en nadie, porque tarde o temprano lo traicionarían. Sus

ganas de disfrutar de los placeres de la vida no venían impuestas por un carácter mundano, sino por todas las necesidades a las que lo habían sometido en su más tierna infancia. Había aprendido con apenas tres años que la calle tenía sus propias leyes, unas leyes imposibles de romper. El pago por incumplirlas era un cuerpo repleto de verdugones y un estómago vacío. Pero sus queridos hermanos nunca entendieron esa parte de él. Se habían criado entre encajes, amor y cuidados. Mientras que Gerard solo recibió desprecio y burlas. Ser el hijo bastardo de un conde y una criada que murió al darle a luz supuso un duro aprendizaje. Ni siquiera cuando se convirtió en un hombre se libró de las miradas despreciativas; sin embargo, las que no soportaba eran las compasivas. Por eso, cuando apareció Casandra, para él fue como un rayo de luz en su vida. Una esperanza para su salvación. Ella no lo miraba de ninguna de esas maneras, solo con admiración y deseo. Creyó que le facilitaría un trozo de pastel de esa tarta que todos llamaban felicidad, pero los monstruos no pueden ser felices.

Apuró la copa y se sirvió otra y, esta vez, sus pensamientos se desviaron al viejo comandante. Gabriel haría lo imposible por saber por qué no había perdido las alas después de matar a un inmune. Él se hacía la misma pregunta. La diferencia entre ambos residía en que a Gerard le daba igual si se trataba de un castigo o un milagro. No se dejaría diseccionar en un laboratorio para que lo averiguara aquella panda de lunáticos.

Contempló a la rubia que movía las caderas encima del escenario. Bebió de un solo trago el *whisky* de tercera categoría que le quemó las entrañas mientras miraba el perfecto cuerpo de la bailarina. Cuando la música terminó, la chica se bajó del escenario y se acercó a él.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—El que tú quieras, preciosa.

—Te llamaré Lucifer —rio como si pronunciara una broma que solo ella entendía—. Me gusta lo esotérico —aclaró, y bebió de su copa. El pintalabios de la rubia marcó el filo del vaso.

—A mí también.

En los ojos de Gerard se apreció una enigmática sonrisa al pensar cómo reaccionaría si supiera lo cerca que estaba de un auténtico ser maligno.

—Lucifer, esta noche te enseñaré cómo de divertido es el infierno.

La curiosidad sobre lo que tenía que ofrecerle llamó su atención, pero la conversación se interrumpió a causa de la aparición de cuatro ángeles. Sus antiguos amigos se apoyaron en la barra para no llamar la atención del resto de clientes.

—Querida, deberá ser en otro momento —dijo Gerard, y la besó.

La joven lamentó que la situación acabara de aquella manera. Ese hombre le gustaba y hacía mucho que deseaba disfrutar y no fingir el placer. Se giró con la intención de descubrir qué había llamado la atención de su particular Lucifer. Llevaba el tiempo suficiente en ese mundo para advertir que los cuatro hombres de la barra habían acabado con su pequeña fiesta.

—Puedo llamar a...

—Será mejor que no lo hagas —le interrumpió Gerard, empujándola con suavidad hacia la salida.

Cuando la rubia desapareció, se mantuvo alerta, a la espera de ver qué harían sus cuatro amigos. Sin disimular cuáles eran sus intenciones, lo rodearon. Antes, ordenaron a todos los clientes y empleados de aquel antro que se marcharan.

—Gabriel quiere verte —dijo uno de ellos. Aparentaba unos cincuenta años humanos y sus subalternos lo llamaban Samuel.

—¿Por qué no ha venido él? —Su tono altanero enardecido al ángel.

—Acompáñanos o...

—... o piensas obligarme. ¿Crees que eso me preocupa?

El caído crujió uno a uno los dedos en una clara advertencia de que no se rendiría con facilidad. Pronto les enseñaría a esas marionetas de Gabriel que ya no obedecía ninguna orden divina. Con un gesto de la mano les indicó que actuaran. Se trataba de una provocación y, salvo el jefe de los ángeles, ninguno resistió la invitación del caído. Gerard era un gran soldado, había sido uno de los mejores. Después de varios golpes y zarpazos, dos de sus antiguos compañeros terminaron en el suelo. Ninguno de ellos reanudaría la pelea. Samuel esperó paciente, en la retaguardia, hasta asestarle un golpe definitivo que lo dejó inconsciente.

—¡Maldito bastardo! —gritó, dándole una patada en las costillas.

El único ángel que había aguantado el ataque de Chevalier desenvainó la espada de fuego dispuesto a cortarle las alas, pero Samuel gritó:

—¡Detente! El comandante lo quiere de una pieza.

Gabriel observó el paisaje de la campiña inglesa. Al arcángel nunca le habían gustado sus valles ni ese tiempo lluvioso y frío. Su único aliciente era que se trataba de un lugar tranquilo y solitario, lejos de los ojos curiosos de los humanos. La puerta se abrió y dos jóvenes ángeles lanzaron al suelo a Chevalier. El prisionero se levantó con dificultad sin decir una palabra.

—Me alegro de verte con tan buena cara —lo saludó el comandante.

Gerard esbozó una sonrisa y con la palma de la mano se limpió la sangre de la mejilla.

—Lamento no decir lo mismo —respondió el joven caído—, pero eso ya lo sabes.

El arcángel emitió una carcajada. Aquel infame aún mantenía su sentido del humor intacto y era tan ácido como recordaba. Lamentaba haber perdido a un guerrero de su valía; habría sido un buen oficial con el carisma suficiente para que los hombres le siguieran hasta el mismo infierno.

—Debemos averiguar por qué eres un hijo de puta con tanta suerte. ¿No crees?

Sus palabras obligaron a Gerard a mostrar una mueca desagradable en el rostro. Dos de los ángeles, que habían permanecido junto al comandante, avanzaron hacia él.

—Señor —dijo uno de ellos—, Sariel aguarda que le entreguemos al prisionero.

Gabriel asintió con cierta nota de resignación. Todos conocían los métodos interrogativos del arcángel. Tarde o temprano averiguaría las razones que habían llevado a Gerard a conservar las alas. En cierta manera, lamentaba que en dicho proceso, el joven que tanto le recordaba a él, no sobreviviera.

Seis horas más tarde, uno de sus subalternos entró en su despacho con la cara congestionada por la angustia. Se le veía impaciente y respiraba con dificultad.

—¿Por qué interrumpes mi estudio? —preguntó con furia, apenas

contenida.

—Es el prisionero —dijo, tras un instante de vacilación.

—¿Sariel ha averiguado ya por qué mantiene las alas?

—Señor... bueno... el caso es que... —dudó el ángel.

—Habla —le ordenó a punto de perder la paciencia.

—Ha escapado —dijo, y tragó saliva, temeroso de la reacción de su superior.

—¿Cómo es posible? —gritó, y Gabriel golpeó la mesa con los puños—. ¿Y Sariel?

El ángel, avergonzado, bajó la cabeza a modo de respuesta.

—Ella, bueno... estaba... él y ella...

Gabriel no pidió ninguna otra explicación. Ese bastardo sabía muy bien cómo seducir a una mujer, incluso si esta era un arcángel. Su risa sustituyó a la rabia. El joven ángel, desconcertado por el comportamiento de su jefe, se retorció, todavía más nervioso, las manos. Mientras, el comandante colocaba las suyas tras la espalda y se acercaba a la ventana. Reconoció a su pesar que Chevalier siempre era un digno contrincante.

Una difícil decisión

«No nos atrevemos a muchas cosas porque son difíciles, pero son difíciles porque no nos atrevemos a hacerlas».

Lucio Anneo Séneca

«**N**unca cuentes nuestro secreto». Esas fueron las últimas palabras que su abuela pronunció antes de morir. De eso hacía más de cinco años y había cumplido su promesa. Nadie comprendería su don, un don maldito que la condenaba a ser un monstruo.

Faltaban dos semanas para Navidad. La mayoría de los escaparates colgaban los adornos navideños y las luces iluminarían las calles. Desde que faltaba su abuela y su madre había sucumbido a esa terrible enfermedad, eran días tristes para Alis. Se sirvió un café, observó a través de la ventana la lluvia y miró el reloj. No tenía mucho tiempo para preparar el desayuno de su madre. Había empeorado en los dos últimos años. Hasta el último ingreso en el hospital, mantuvo la esperanza de que algún tratamiento o fármaco la ayudara a mejorar, pero todos los médicos coincidieron en sus diagnósticos. Su enfermedad la consumía cada vez más deprisa. Había un tratamiento experimental, pero tan costoso que ni siquiera podía plantárselo. Le preparó las tostadas como le gustaban y un té fuerte. Seguía comprándole el periódico, aunque ya no sabía leer. Miró la fotografía que colgaba en la pared, se la hizo un amigo hacía cinco años. Estaba tan alegre que le entristeció pensar que ni siquiera la reconocía. A veces, tenía ciertos momentos de lucidez y se ilusionaba al creer que la recordaba, pero eran ya muy pocas ocasiones en las que recuperaba el entendimiento. Casi había terminado de vestirla cuando sonó el timbre.

Alis había conseguido una asistencia gratuita a través de los servicios

sociales. Se llamaba Alaiha. Era una mujer pakistaní que apenas hablaba su idioma. Le dibujó las instrucciones que esa mañana debía seguir para atenderla, mientras mordisqueaba una tostada. Se las entregó y se apresuró a salir o perdería el tren que la llevaría a la ciudad y el autobús de la facultad. Vivir en Anglesey hacía todo mucho más complicado. En ese pueblo de Gales no había hospitales, ni institutos y, menos aún, universidades. Tan solo existían un viejo faro, unos acantilados, playas solitarias habitadas por gaviotas y un cementerio con antiguas tumbas olvidadas. Desde niña soñaba con convertirse en médico, un sueño que no cumpliría. Ahora, se conformaba con ahorrar lo suficiente para estudiar el segundo año de enfermería, si terminaba el primero sin sucumbir agotada al empleo de camarera en el restaurante en el que trabajaba tras las clases. En su mochila guardaba el uniforme. Odiaba esa falda plisada, el delantal y la blusa. La encargada le pidió que vistiera de manera más insinuante. Según su jefa, una chica guapa, joven y libre como Alis atraería a muchos clientes masculinos al restaurante. Algunos de esos clientes intentaban propasarse y nunca dejaban mejores propinas que los que no se fijaban en su escote. Sin embargo, no había conseguido ningún otro trabajo y los ahorros de la abuela se habían dilapidado en gastos médicos. Se bajó del autobús de un salto. Las viejas zapatillas de deporte ya no la protegían del agua y notó la humedad en los dedos.

Marian la esperaba en las escaleras del edificio de enfermería. Resistía la lluvia bajo un paraguas naranja que destacaba sobre cualquier otro. El pelo rubio caía a su espalda en una gruesa trenza. La saludó con la mano cuando la vio acercarse, intentando sortear los charcos más grandes.

—¡Joder! ¿Te has dormido? —preguntó, malhumorada.

Llegarían tarde a clase y ya tenían varias notas de impuntualidad. Marian, en un gesto de solidaridad con Alis, siempre la esperaba.

—No me he dormido —se defendió—. Olvidas que tengo que coger un tren y un autobús. Además, Alaiha se ha retrasado. Ya sabes que no puedo dejar sola a mi madre.

Marian suavizó su gesto enfadado al escuchar las palabras de Alis. Cerró el paraguas y se adentraron en el edificio. Su amiga llevaba una carga tan pesada que, a veces, ni siquiera ella soportaba escuchar su triste existencia.

Eso le recordó que tenía que contarle una noticia que solucionaría, en parte, sus problemas. Se dieron prisa en ocupar los asientos en el aula; mientras empezaba la clase Marian sacó de su bolsillo una tarjeta.

—Alis, esto es para ti —dijo con un entusiasmo infantil. Su amiga la miró sin comprender y Marian le explicó—: Es una empresa que contrata a chicas para trabajar.

—¿Una empresa de qué? —preguntó con desconfianza en la voz.

—Espero que no te enfades —vaciló Marian. Alis arqueó una ceja. Conocía la poca cordura que habitaba en el cerebro de su amiga. Sus intenciones eran buenas, pero era mucho más seguro razonar sus ideas antes que lanzarse de lleno a ellas—. Es una empresa de contactos —terminó por confesar.

—¿Qué? —preguntó incrédula—. ¿Quieres que me haga prostituta?

—¡No seas tonta! ¡Claro que no! —exclamó Marian ofendida, y bajó la voz para que ningún compañero de clase la escuchara—. Ofrecen un servicio a gente que no consigue una cita y tienen que asistir a una boda, bautizo o cualquier reunión familiar y están hartos de que todos tengan a una chica guapa a su lado menos ellos.

—¿Dónde has conseguido esto? —preguntó Alis también en voz baja.

—Mi prima trabaja para ellos en Liverpool. Me dijo que lo intentara, pero yo no sirvo para fingir que alguien me importa ni que me cae bien. Pensé que este trabajo te ayudaría este mes.

—Gracias —se obligó a decir, avergonzada.

Le ofendía que pensara que era capaz de venderse con tal de ganar dinero. El problema, reconoció a su pesar, era que tenía razón. Debía conseguir cuatrocientas libras para final de mes o no podría pagar el alquiler. Su madre había sufrido otra recaída y la paga del restaurante sufragó todos los costes médicos. Se guardó la tarjeta en el bolsillo del anorak y abrió la libreta. Alis no dejaba de darle vueltas a la idea de Marian, mientras la voz monótona y cansada de la profesora relataba los pormenores de los músculos y nervios que formaban una pierna.

—¿No es necesario tener referencias para trabajar en esta empresa? —susurró Alis.

—Sí, eso dicen —contestó, y le guiñó un ojo—: Mi prima les ha mentado. Y no hacen demasiadas preguntas sobre tu edad si eres guapa.

—¿Cuánto le pagan a tu prima por acompañar a un cliente?

—Cien libras por cita —contestó Marian con una sonrisa—. Tú pones la ropa y demás complementos, pero yo te prestaría lo que necesites.

—Pero... —dudó.

—Sé lo que piensas —le susurró de nuevo Marian al oído—. Nadie puede tocarte. No hay nada sexual en todo esto. De todas maneras, mi prima toma precauciones. En su bolso lleva todo un equipo de autodefensa y tú harás lo mismo.

—Señorita Holstein y señorita Ferregan —dijo la señora MacGregor. Se ajustó las gafas sobre la nariz y esperó a que sus alumnos le prestaran atención antes de decir—: Veo que a ninguna de las dos les interesa mi clase. Espero con emoción leer el trabajo que traerán la semana que viene sobre el sistema cardiovascular y los nuevos avances al respecto.

—Señora MacGregor... —protestó Marian.

La cara seria de la profesora acalló sus protestas. En cambio, Alis no escuchó qué le decía, no dejaba de pensar en la tarjeta de Young Contact.

Dos horas más tarde, recogía dos mesas y servía cinco cafés con cuatro tartas de manzana. Gracias a un cliente de apenas cinco años, que había derramado su batido de fresa, fregaba el suelo. Al terminar su turno se encaminó a la biblioteca. El silencio le agradaba. Agotada, abrió el libro de anatomía, dispuesta a empezar el trabajo de la señora MacGregor. Media hora después, ni siquiera recordaba haberlo abierto. Era incapaz de concentrarse y solo pensaba en esa empresa de contactos. «¡Es una locura, Alis ni se te ocurra hacerlo!», se regañó. La verdad era que estaba desesperada. Cerró de un golpe el cuaderno y llamó al número de la tarjeta.

—Young Contac, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió una voz de mujer, demasiado sensual para que la mente de Alis no imaginara ciertas escenas.

—Buenos días, una amiga me ha facilitado este número. Me ha dicho que buscan personal para trabajar.

—Sí, es correcto —contestó la mujer al otro lado de la línea—. Si está interesada en formar parte de nuestra empresa envíenos una fotografía y sus datos personales al siguiente correo electrónico: youngcontac@youngcontac.es. ¿Lo ha anotado?

—Sí, he anotado todos los datos —respondió Alis.

—Una vez lo recibamos, nos pondremos en contacto con usted y, si es aceptada, le explicaremos las condiciones, salario y horarios de trabajo.

—Gracias.

—Gracias a usted por llamarnos. Buenos días.

Alis colgó el teléfono sin saber muy bien dónde se metía. Durante unos minutos, escuchó el sonido alocado de su corazón. Su instinto le advertía que ese trabajo solo le daría problemas, pero su mente lo acalló alegando que tendría muchos más si no pagaba el alquiler. Emitió un suspiro y decidió que guardaría sus escrúpulos en el fondo de su mente.

Necesitaba ayuda para conseguir el empleo. Lo más atractivo que había en su armario era una camisa de cuadros. Las manos de Marian harían el milagro de transformarla en una mariposa y desterrar a la crisálida en la que se había convertido. Decidida, avanzó hacia su nuevo destino.

La madre de Marian le abrió la puerta. Anna Ferregan había asistido al mismo colegio y también al instituto en el que estudió la suya. Era una mujer delgaducha, de nariz afilada y engreída. Cada vez que se veían, le aseguraba que pronto la visitaría. Hacía dos años de aquel primer comentario y todavía no había cumplido su palabra. Su comportamiento ocultaba una fachada de cordialidad, impuesta por una estricta educación, la cual después de tanto tiempo se había convertido en el saludo que Alis y la señora Ferregan siempre se dirigían. Marian vivía muy lejos de Anglesey pero, sin su ayuda, no superaría el proceso de selección. Disponía de tres horas antes de que el último tren saliera de la estación de Liverpool.

—Señora Ferregan —saludó Alis.

La madre de Marian no le había dado permiso para tutearla y Alis prefería mantener las distancias. Su amiga era inmadura, testaruda y egocéntrica, pero tenía buenos sentimientos. En cambio, la señora Ferregan era una mujer retorcida, incapaz de aceptar los defectos de los demás, ni siquiera los de su propia hija. En la mayoría de las ocasiones madre e hija se ignoraban; en las otras, discutían. Su semblante siempre presentaba una acritud que la

inquietaba, y una superioridad que la incomodaba cuando su mirada se cruzaba con la de ella.

—Alis —vaciló un instante, y al final añadió—: ¿Cómo está tu madre?

—Igual, señora Ferregan.

—Tengo que ir a verla.

—Claro, señora Ferregan —respondió Alis.

Marian apareció y la agarró del brazo.

—Mamá, que nadie nos moleste —ordenó, y sin soltar a Alis subió aprisa las escaleras—. ¿Qué ha pasado? —preguntó tras cerrar la puerta.

—Llamé y me han pedido que les envíe una fotografía.

—No te preocupes —aseguró—. Te convertiré en una princesa.

Temía más a la transformación de la que sería objeto que a quedar con un desconocido. Su amiga manejaba a la perfección las últimas tendencias sobre peluquería, maquillaje y moda, todo lo que a ella no le interesaba. Solía vestirse con unos vaqueros, unas botas, un par de camisetas y unas sudaderas anchas y cómodas. Se sujetaba el pelo negro y rizado en una coleta y no se maquillaba. Lo intentó una vez y el resultado más que favorecerla la convirtió en alguien vulgar. Tras una hora, Marian terminó el trabajo. Según ella solo faltaba una ropa más *sexy* que su sudadera. Entonces, le haría la temida fotografía.

—¡Estás preciosa! —exclamó Marian, y acompañó sus palabras con palmadas de alegría.

La imagen que reflejaba el espejo no era la suya. Se veía tan sofisticada que casi no se reconoció. Varios rizos oscuros caían delante de su frente con naturalidad. Gracias al maquillaje, sus ojos negros se volvieron más felinos y su boca aumentó de tamaño. Ambos cambios le otorgaban a su rostro una apariencia exótica, sensual y adulta. Marian le prestó un vestido de finos tirantes; el escote en uve le resaltaba el pecho.

—Ahora, siéntate allí —le indicó y señaló una silla cerca de la ventana—. Vamos a hacer esa fotografía. Te aseguro que no te faltará trabajo.

—No sé, Marian. Siento que me vendo —murmuró Alis, arrepentida.

—No seas tonta. No estás vendiendo nada, solo un poco de tu tiempo en hacer compañía a chicos solitarios. Si no te gusta, con dejarlo... ¡Vamos, sonríe!

Alis obedeció con desgana. En la fotografía su sonrisa le concedió un aspecto misterioso de lo más sensual. Cuando pulsó la tecla de enviar del ordenador, Alis tuvo un mal presentimiento.

Cinco días después, recibió un mensaje en el móvil: *Entrevista a las cinco de la tarde en Liverpool*. Le adjuntaron la dirección donde presentarse. Más de una vez pensó en no ir, también que tendría que trabajar muchas horas en la cafetería para ganar cien libras. Apoyó la frente en el cristal, la frialdad de la ventanilla del tren relajó su intranquilidad. Alguien se sentó a su lado. Al principio, no le dio importancia, pero al notar una mano apretar la suya, presintió que un terrible hecho le iba a suceder. Entreabrió los ojos, tomó aire y se dijo que debía comportarse con indiferencia; sin dejarse arrastrar por la histeria. Dibujó una sonrisa forzada para disimular el miedo.

—Alis —le dijo su compañero de asiento. Hacía tanto tiempo que no tropezaba con ninguno de ellos que creía que al fin todos habían desaparecido. La sombra continuó la conversación en su mente—. *No irás a esa entrevista, vendrás conmigo.*

—Ni lo sueñes —contestó. Alzó el bolso y lo golpeó en el rostro.

Su abuela le enseñó a defenderse de ellos. Los que tenían la sombra de ojos llameantes eran los más peligrosos y los más indefensos cuando exhibían una forma mortal. Comprobó satisfecha que el golpe le había dolido. El bolso contenía un libro, una botella de agua, la cartera y los tacones que se pondría en la entrevista de trabajo. Alis aprovechó el desconcierto del resto de pasajeros y gritó. Las sombras no soportaban llamar la atención.

—¡Me ha tocado! —dijo aún con más ganas—. ¡Llamen a la policía! ¡Este tío me ha tocado!

Un hombre de unos cuarenta años y bastante musculoso llegó hasta ella.

—¿Niña, qué te ha hecho este tipo? —preguntó, y cogió al monstruo por la solapa del abrigo.

—Me ha metido la mano debajo de la chaqueta y me ha tocado el pecho.

A continuación, lloró en una actuación que, dado su estado de ánimo, no le costó interpretar.

—¡Maldito tipejo! —voceó el hombre—. Te voy a enseñar yo a meter mano a las mujeres.

Varios pasajeros se acercaron a Alis y una señora regordeta, que con

seguridad tendría varias nietas, la abrazó.

—No te asustes, tranquila. No pasa nada —la consoló, dándole palmaditas en el hombro.

Alis, aliviada, observó cómo el viajero arrastraba a ese monstruo hasta el baño, quién prefirió no defenderse. Alguien había llamado a los vigilantes del tren.

—*Alguno de nosotros te encontrará pronto y no tendrás tanta suerte* —le habló de nuevo en su cabeza para que nadie la escuchara, antes de que se lo llevara el personal de seguridad.

Primero rellenó un formulario y después le dieron un móvil. No comprobaron sus datos y, a pesar de que la encargada de realizar la entrevista enarcó una ceja al ver la falta de referencias en el currículum y la edad, omitió cualquier comentario. Debía estar disponible, sin excepción, todos los fines de semana, aunque la avisarían con tiempo suficiente para el servicio. Unos días más tarde, la agencia se comunicó con ella.

—Me han llamado —le contó a Marian en la facultad.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Para qué?

—Asistir a una boda. Me han pasado los datos del cliente y una historia que debo aprenderme para coincidir en nuestras versiones de cómo nos conocimos.

—¡Oh! —exclamó de nuevo Marian con una repentina alegría—. ¡Es muy emocionante!

Alis no compartía dicha emoción. No se trataba de ninguna novela romántica, era la vida real. Una vida en la que si no pagabas el alquiler terminabas durmiendo en la calle. Si su abuela hubiera sabido a qué pensaba dedicarse la habría reprendido hasta quedarse sin palabras. Necesitaba el dinero y ese era su único propósito al convertirse en señorita de compañía, sin embargo, toda aquella situación la humillaba. Pensó en su madre, en los gastos médicos, en el alquiler y enterró su orgullo.

—El chico es homosexual y está harto de que todos sus primos se rían de él

porque no tiene ninguna pareja con la que asistir a esa boda. Teme decírselo a su familia y su novio le ha contratado el servicio.

—¡Qué romántico!

—Para mí no es romántico. Debería confesar a su familia quién es. Pero, al menos, me solidarizo con el motivo y no me desagrada acompañarlo. Es mucho más fácil saber que no le gusta las chicas.

—Casi haces una obra social —dijo con convicción Marian, luego con su típico sentido práctico, añadió—: ¿Has pensado qué ponerte?

—Ni idea, de eso te encargarás tú. Aquí tienes las recomendaciones sobre el vestuario y maquillaje que me han enviado. La boda es a las ocho.

Marian las leyó y tras un tenso silencio terminó por decir:

—Con dos horas será suficiente. —Remangó un pernil del pantalón de Alis y al ver que no se había depilado, lanzó un suspiro—. Cuatro horas.

Alis sabía la tarde que le esperaba; también, que esa noche dispondría en el bolsillo de cien libras más con las que pagar el alquiler.

El cliente

«El buen trato hará un cliente nuevo».

James Cash Penny

El pelirrojo que vigilaba la puerta de la biblioteca sonrió al ver a Alis entrar en el edificio. Nadie imaginaría que con aquella apariencia inofensiva, casi un estudiante más, ocultaba una sombra tan oscura y temible que había ganado la confianza de don Ángelo. Se quitó las gafas de sol para observar a su objetivo. Le había costado más de seis meses dar con ella. Al principio no dio crédito al rumor de que existía alguien capaz de identificarlos cuando vestían con sus carcasas humanas. Investigó un poco hasta que sus averiguaciones le llevaron hasta ese maldito pueblo. La había vigilado e incluso enviado a uno de sus hombres, un día que la chica viajó a Liverpool, para asegurarse de que en realidad poseía ese don. Un don que le haría convertirse en el amo del cielo y el infierno. Ni Gabriel ni don Ángelo lo había valorado en su justa medida, considerándolo más un siervo que un guerrero. Les había entregado su devoción y su vida por una causa que solo le conducía a la destrucción, pero un día comprendió que esos vejesterios siempre lucharían en una batalla infinita. Él pondría punto final a esa contienda, destruiría a unos y a otros. Pronto se alzaría con el poder de ambos y solo las sombras reinarían. Los ángeles ya no eran necesarios, los caídos eran unos engendros incapaces de ver más allá de sus necesidades y con sentimientos más humanos de lo que imaginaban. Solo los perdidos podían dominar ese mundo corrupto, violento e incapaz de no dirigirse hacia su propia destrucción. Y él tenía la suficiente capacidad para conducir las riendas de ese nuevo mundo. Ahora que la había encontrado, la obligaría a desenmascarar a todos los caídos y ángeles que vivían en Inglaterra con la

única intención de eliminarlos uno por uno. Después, haría lo mismo con el resto del mundo. Disponía de tiempo y de la mejor arma de destrucción que ningún bando había poseído jamás. Por el momento, todos pensaban que se trataba de una leyenda. Un cuento que corría de boca en boca, de ángeles a caídos y de caídos a perdidos. Ordenaría a sus hombres que vigilaran todo el perímetro de ese asqueroso pueblo. Ningún celestial fuera de arriba o abajo entraría en la ciudad sin que él lo supiera. Gracias a esa humana, ganaría las llaves del Purgatorio. Se fijó en la rubia que la acompañaba. Su mente era de lo más caótico, pero corromperla le proporcionaría un placer inesperado y muy divertido. Anduvo hacia el aparcamiento con pasos desgarrados. Tras sonreír a una chica que se cruzó en su camino se montó en su *Cheroky* y se marchó con el pensamiento de que la diversión empezaba para él.

No podía creer que necesitara para esa noche todo lo que Marian sostenía entre los brazos.

—¿No piensas ayudarme? —le recriminó.

—Perdona. —Alis cogió su carga.

—No estaba segura de qué te quedaría mejor y he traído varios vestidos.

Marian obligó a Alis a ponerse delante del espejo. Probó diferentes peinados, ropa y maquillajes hasta que se decidió por el definitivo.

—¡Mírate! —La colocó delante del espejo—. Te aseguro que esta noche tendrás más de un chico rendido a tus pies.

—No voy por placer. —Alis tragó saliva, y mantuvo la calma—. Es trabajo —le recordó sin disimular en la voz cierto grado de resentimiento.

—No seas tan quisquillosa —le reprochó disgustada Marian—. Lo importante es el resultado y te veo estupenda.

Al final, eligió un vestido de lentejuelas de color oro viejo. La falda, hasta los tobillos, tenía una abertura de vértigo en la pierna izquierda y, en la espalda, un escote que bajaba hasta la cintura. Alis quería dejarse el pelo suelto y Marian insistió en que eso estropearía el resultado. El vestido requería un recogido y eso es lo que la obligó a llevar. Un abrigo de piel

sintética y unas sandalias de tacón alto completaban el atuendo. Ambas escucharon el timbre y se miraron en silencio unos segundos.

—Debe ser el taxi —dijo Alis, nerviosa.

—¿Dónde has quedado?

—En la puerta de la empresa.

—¿Tienes que pagar el taxi?

—Supongo que sí.

Eso era un gasto que no había previsto. A esa hora no circulaba ningún tren que la llevara a Liverpool.

—Seguro que se ofrece a costearte el de vuelta cuando vea lo preciosa que estás esta noche.

La joven abrazó a su amiga y salió de la habitación. El corazón le latía deprisa y sus mejillas estaban sonrojadas por la vergüenza. Al subir al taxi parte de sus reticencias se disiparon. Se dijo, como aseguraba Marian, que hacía una obra de caridad. Agradeció que el cliente fuera puntual, de esa manera no se sintió tan incómoda. Se trataba de un hombre de unos veinticinco años, que le sonreía con cierta timidez. Se comportaba tan avergonzado como ella porque no dejaba de tocarse la barbilla una y otra vez.

—Me llamo Tom —se presentó, y le entregó un paquete transparente que contenía una orquídea.

—Gracias —respondió, abochornada—. No era necesario.

—Lo sé —contestó—. John hizo hincapié en que fuera amable contigo.

—¿John es tu novio?

Por primera vez, sus ojos se atrevieron a mirarla. La chica no parecía una prostituta. Eso le había mortificado desde que John planteara aquella idea.

—Sí, hubiera preferido asistir con él —vaciló, y se apresuró a decir—: No me malinterpretes, eres preciosa, pero yo...

—Lo comprendo —lo interrumpió.

—Sabes —dijo, y le ofreció el brazo—. No estoy preparado para afrontar a toda mi familia.

—No te preocupes. Haremos que todos crean que has encontrado a la chica de tus sueños.

Tom mostró una amplia sonrisa y más confianza en sí mismo.

—John me dijo que... —dudó antes de continuar—: si convencías a mi

familia de que eres mi pareja, conseguirías unas libras extras.

Alis no disimuló su malestar al escuchar esas palabras, pero se aferró con fuerza al brazo de Tom. Hasta ese instante, se había convencido de que casi obraba por humanidad.

—No realizo ese tipo de servicios. —Su rostro mostró una gravedad que intimidó al hombre.

—Lo siento, no pretendía...

—Olvidemos el tema —lo interrumpió con acritud—. Has planteado un trabajo y yo me he negado. Eso es todo.

Él aceptó sus palabras con un leve movimiento de la cabeza, abrió la puerta del coche en silencio y la ayudó a entrar. Alis agradeció que prestara atención a la carretera y no entablara una conversación. Se forzó en dibujar una sonrisa y se dijo que el espectáculo debía comenzar.

La boda se celebraba en un lujoso y espectacular hotel de Liverpool. Tuvo que reconocer que la elección de Marian sobre la ropa fue acertada. Salvo algunas miradas curiosas, los familiares de Tom se comportaban con discreción respecto a ella. Alis actuó como la novia perfecta. Después de conocer hasta los más íntimos secretos de su supuesto prometido, estaba cansada y le dolían los pies. Apenas eran las dos de la mañana y nadie pensaba marcharse todavía. Reconoció que había cenado como nunca, también que Tom era un buen bailarín y tenía la suficiente paciencia para enseñarle bailes irlandeses. Los novios habían contratado a una banda de su ciudad. En medio de una pieza de baile, alguien le pidió a su cliente que le cediera el sitio. Tom no pudo negarse. Y Alis se vio atrapada entre los brazos de un hombre de unos treinta años, con tanta barriga como un sexagenario con sobrepeso que la miraba como si fuera el postre. Le tentó la idea de rechazar la invitación, pero no podía montar una escena.

—No me creo que mi primo tenga una novia como tú —le susurró con la voz pastosa por el alcohol.

El tipo la atrajo más hacia él sin importarle las miradas reprobadoras de

algunos de los miembros de su familia.

—Creo que ya he bailado suficiente por esta noche.

—De eso nada, preciosa —dijo, apretándola más contra él. Si no la soltaba Alis sí que montaría una escena—. Sé lo que eres.

Ella se tensó al imaginar qué pensaba y fue incapaz de responder una réplica mordaz. El hombre giró varias veces, al compás de la música, hasta conducirla con disimulo a la salida. Alis buscó con los ojos a Tom, quien hablaba con varios de los invitados.

—¡Suéltame! —exigió, pero él la sujetó con más fuerza aún. En ese instante, apagaron varias luces de la sala y los invitados se arremolinaron en torno a los novios. —Si no me sueltas, gritaré —le amenazó para disimular el temblor que la embargaba.

—Nadie te presta atención.

Tiró de ella y la sacó del salón hasta uno de los baños. Alis intentó escapar, pero el primo de Tom tenía más fuerza de lo que aparentaba su aspecto. Sin dificultad, cerró la puerta y la aprisionó contra el lavabo.

—¿Qué quieres!

Alis se había enfrentado con seres peores que ese hombre.

—Estoy seguro de que has cobrado una buena pasta esta noche. También que te lo has ganado con mucha facilidad —dijo, rozando con un dedo la mejilla de Alis.

—Comprendo.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —concluyó con un aire de satisfacción que terminó por asquear a la joven.

—¿Cómo te llamas?

—Henry, preciosa.

Alis puso una pose sensual y esbozó una sonrisa seductora, mientras le bajaba la chaqueta. Se detuvo a la altura de los codos y jugueteó con la corbata, al tiempo que dijo:

—Henry, te enseñaré qué es la felicidad.

Alis le desabrochó los pantalones y los bajó hasta su entrepierna. Henry se relamió ante lo que iba a suceder, pero jamás se hubiera imaginado que la intención de Alis era quitarse un zapato con el que le golpeó la cabeza. Después, forcejeó con él, pero a Henry su ropa le impedía defenderse y ella

aprovechó para salir del baño. En el pasillo, chocó con un hombre que fumaba un cigarrillo apoyado en la pared. Alis aún sujetaba en la mano el zapato. Dentro, se oían palabrotas y juramentos de venganza. El pelirrojo, vestido de esmoquin, mostró una sonrisa que la estremeció mucho más que Henry.

—Veo que te has defendido.

Alis esgrimió el zapato igual que un arma mortífera.

—¿Tú qué quieres? —preguntó dispuesta a defenderse de nuevo.

La joven ladeó la cabeza hacia la puerta del baño. Henry pronto se recuperaría y el pelirrojo no le daba mucha confianza.

—Tranquila —dijo—, no me van los entretenimientos del capullo que has tumbado dentro. —La muchacha respiró más tranquila al escucharlo, aunque solo le duró un instante—: Si quisiera, estarías suplicándome que te besara.

Alis emitió una carcajada ante la desfachatez y egocentrismo de ese tío.

—Gracias por no desearlo —contestó.

—Yo deseo otra cosa de ti. —Le acarició el rostro y ella le retiró la mano con brusquedad.

La chica enarcó una ceja en señal de alerta. Ese tipo la había engañado y había sido lo bastante estúpida para no darse cuenta a tiempo. La sombra de ojos llameantes se acercaba a ella dispuesta a alcanzarla y se preparó para la batalla. En ese momento, Henry abandonó el baño y sus ojos mostraron la confusión por la escena que presenciaba. Retrocedió asustado unos pasos y Alis, con todas sus fuerzas, lo empujó contra la sombra. Nunca pensó que sería capaz de sacrificar a un semejante para proteger su vida. Se dijo que no era ese comportamiento lo que más le sorprendía, sino haberlo hecho sin vacilar. Lo último que vio fue la sonrisa aterradora del pelirrojo cuando se alimentaba con el primo de Tom. El hombre estiró un brazo pidiéndole ayuda. Ella se dio la vuelta para no presenciar su final. No podía hacer nada. Nadie lo salvaría de la voracidad de una sombra.

Alis regresó al salón donde seguía celebrándose la boda y se acercó a Tom.

—¿Estás bien? —preguntó al verla tan alterada.

—Estoy un poco cansada. ¿Te importaría llevarme ya a casa? —Los ojos de Tom exhibieron una súplica que la chica no pudo obviar—. ¿Qué ocurre?

—Todos los chicos me envidian. Eres una mujer muy bella.

Alis no pensaba lo mismo. Con la luz del día el hermoso espejismo, que el vestuario había construido, desaparecería como una mera ilusión.

—¿Y?

—No nos han visto besarnos y me preguntaba sí después de conocerme un poco más podías... en fin, ya sabes... yo y tú...

En otro instante, habría abofeteado a Tom y le hubiera lanzado a la cara las cien libras, pero el pelirrojo no tardaría en terminar de alimentarse de Henry. Disponía de muy poco tiempo antes de que el pelirrojo recuperase el control. Se tragó su orgullo y ante el estupor de su cliente, que no esperaba una reacción como aquella, se colgó de su cuello y lo besó igual que al hombre de sus sueños. Tom enmudeció y el resto de familiares y amigos, también.

—Me gustaría irme —dijo, deseosa por salir de allí.

Alis se aferró a su brazo y rezó porque la sombra no tuviera esa noche demasiada hambre.

Al día siguiente, estaba malhumorada y era incapaz de mirarse en el espejo. Se dirigió unas cuantas palabras que era mejor no repetir, mientras recordaba las de su abuela: «Nada de remordimientos, ni pensar en que has cometido un asesinato. Eres una presa fácil para todos esos monstruos y debes sobrevivir. Si uno de esos bandos utiliza tu don será el fin de la humanidad». Su abuela omitió que sacrificaría a inocentes y eso la hizo vomitar de nuevo; era la quinta vez y su estómago no aguantaría otra arcada. Se limpió la cara con una toalla y bajó a tomarse un café. Su madre dormiría otras dos horas. El sábado no tenía clase, ni trabajaba en la cafetería y Alaiha tenía el día libre. A Marian ninguna de esas cosas le importaba; el teléfono no paraba de sonar desde hacía un rato. Alis miró el reloj. Su amiga había resistido mucho la curiosidad; solo eran las nueve de la mañana.

—Marian, ¿qué quieres? —preguntó Alis sin ganas de hablar sobre la noche anterior.

—¡Por Dios! ¡Qué voy a querer! Saber todo lo que pasó anoche, ¿adónde fuiste?, ¿qué comiste?, ¿se lo tragaron? ¡Todo!

Alis podría decirle la verdad. Tom le propuso algo más que su compañía. Su primo se propasó con ella, después, un monstruo pelirrojo con una sombra de ojos sangrientos se lo cenó y que besó a Tom como si fuera el hombre del que estuviera enamorada. Sin embargo, mintió:

—Todo muy bien. Tom me regaló una orquídea; su familia fue encantadora; bailé con algunos de sus primos y me pagó unas libras por darle un beso delante de todos.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Repetirás?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Alis vio el almanaque donde había señalado el día de pago del alquiler.

—Sí, no me queda más remedio —reconoció a su pesar, mientras el estómago se le encogía por lo sucia que su decisión la hacía sentirse.

—Al menos no ha sido para tanto.

—No, no lo ha sido —respondió con mucho peor humor—. Marian, tengo que dejarte, he de ocuparme de mi madre —mintió de nuevo—. El lunes te llevaré todas tus cosas. Por cierto, el vestido causó sensación.

—¡Lo sabía!

Colgó el teléfono, lloró de impotencia y rabia por su situación. Quería ser una chica como todas y no preocuparse por el alquiler y una madre enferma. Ese pensamiento le repugnó lo bastante para aumentar sus remordimientos, pero el sonido del teléfono y el número que vio marcado en él, le provocaron una nueva arcada.

El trato

«La necesidad nunca hizo buenos negocios».

Benjamin Franklin

Esta vez, la agencia fue muy concreta en cuanto al vestuario. Asistiría a una representación de ópera. Alis pensó que su cliente sería un joven de lo más aburrido. Había insistido en recogerla a las siete frente a la oficina de Liverpool y, desde allí, la llevaría al *Teatro Royal Drury Line*. Marian escogió un vestido de gasa de color azul y con unos pliegues que caían en cascada hasta los pies. Los zapatos eran plateados y, en esta ocasión, optó por el cabello suelto. El vestido carecía de escote y se ajustaba al pecho como una segunda piel. Alis se sentía incómoda con la ropa, sola en aquella limusina y sucia por venderse de aquella forma. Había decidido trabajar dos veces al mes, lo suficiente para pagar el alquiler. Creía que se encontraría con el cliente en la entrada del teatro, pero nadie la esperaba, salvo una empleada que se dirigió a ella con una amable sonrisa.

—Buenas noches, soy la acomodadora. —Alis guardó silencio. No quería que advirtiera que no estaba acostumbrada a ese ambiente—. Señorita Holstein, si es tan amable de seguirme, la conduciré hasta su asiento.

—Muchas gracias.

La empleada la guio por una serie de pasillos hasta un palco central. Desde ese lugar la vista del escenario era completa. El palco de la derecha lo ocupaba una anciana que le sonrió al verla sentarse. Una magnífica lámpara de araña iluminaba la sala, y la orquesta afinaba los instrumentos. Alis miró su reloj, faltaban cinco minutos para empezar la función y su cliente aún no había aparecido. Según el contrato, si no acudía a la cita, cobraría de igual manera las cien libras. Se dispuso a disfrutar de esa oportunidad de asistir a

una ópera. Entonces, se apagaron las luces, los músicos tocaron las primeras notas y el telón del escenario se abrió. En ese instante, Alis sintió una mano cálida posarse en su hombro.

—Soy Gerard de Chevalier y esta noche soy tu cliente —susurró junto a su oído una voz varonil y muy seductora.

Alis tensó los músculos de la espalda cuando él tocó su hombro. La presión de su mano le quemaba la piel como lava líquida. En su voz había una sensualidad y autoridad que no supo descifrar si le agradaba o disgustaba. No se sentó a su lado, sino detrás de ella, eso la inquietó aún más. Su presencia la incomodaba más que la de cualquier otro hombre que hubiera conocido hasta ese día. Era consciente de que sus ojos se clavaban en su nuca. La sensación le crispó los nervios. Se removió recelosa en el asiento e intentó concentrarse en la representación. Mantuvo la espalda recta y se obligó a no girarse. Él no quería mostrar su rostro y ella tampoco ensañaría el suyo.

—¿Te gusta la ópera? —le preguntó, y su tibio aliento acarició la piel de su cuello.

—Nunca he visto ninguna —respondió con timidez, cohibida por su cercanía, incapaz de volverse para enfrentarse a él.

Su aroma la envolvió en un abrazo de exóticos olores. Tragó saliva al ver con nitidez en su mente ciertas imágenes eróticas que nunca pensó capaz de imaginar.

—Me alegra ser el primero en mostrártela.

Sus palabras sonaron a una insinuación cargada de sexualidad. Alis carraspeó antes de hablar.

—¿No vas a sentarte a mi lado? —preguntó, impaciente por verlo.

—No. Desde aquí tengo una vista magnífica.

Alis no insistió. Él era el cliente. Ella solo su compañía.

En el descanso, encendieron las luces. La joven no aguantó más la curiosidad y se giró para ver al tal Chevalier, pero se había marchado del palco. Su ausencia la decepcionó. Diez minutos más tarde, anunciaron que la obra se reanudaría. Alis deseó, es más, ansiaba que su cliente regresara. Se sentó y contempló el inicio del segundo acto, de pronto, notó una mano sobre el hombro; esta vez, la sensación era muy diferente. Y se volvió enfadada.

—¡Me haces daño! ¿Qué te has creído?

Entonces, enmudeció. Quien estaba con ella era el monstruo que conoció en la boda de Tom. De repente, Chevalier apareció en el palco. Alis no podía creer que ese hombre de ojos de color dorado, como el caramelo fundido, fuera su cliente. No tendría ninguna dificultad para que media población femenina de Inglaterra lo acompañara a una ópera ni a cualquier otro lugar que deseara. Se le veía furioso por la intromisión, pero aún no había visto lo mejor; se puso en pie y le gritó con autoridad:

—Chevalier, ¡sal de aquí! ¡Ahora!

Alis evaluó sus posibilidades y tan solo disponía de una: saltar por el palco. Si huía, Chevalier terminaría en manos de la sombra. Sin pensarlo, agarró el bastón de la señora del palco de al lado. Recordó una de las lecciones de su abuela, una que esperaba le sirviera: «La sombra es intocable, al contrario que su carcasa mortal. Si uno de ellos es herido, el otro no hará ningún movimiento hasta que se recupere».

Alis golpeó con el bastón la entrepierna del pelirrojo, el perdido se dobló por el dolor. Entonces, la joven tomó de la mano a Gerard y lo sacó de allí de una pieza. El revuelo de la pelea atrajo a varios acomodadores al palco y los gritos de la anciana, a la que Alis había cogido el bastón, también llamaron la atención entre el público, silenciando a la orquesta.

—¡Ese hombre ha golpeado a mi novio! —gritó.

Gerard la admiró sin saber muy bien qué pensar. Después de escapar de Gabriel, había permanecido oculto en lugares que prefería no recordar, hasta que Lucien dio con él. Su hermano se caracterizaba por su insistencia y tenacidad y le propuso capturar a esa mujer con un don especial. Hasta ese momento, no había creído una palabra y se habría negado otra vez en recibir su ayuda, pero estaba cansado de pelear con tantos ángeles. Después de huir, Gabriel no lo tendría en muy buena consideración. Si lo atrapaba, no apostaría ni una libra por su vida. La oferta de Lucien era lo único que lo mantendría de una pieza. Al principio, pensó que esa mujer era tan real como una sirena. Ahora, había presenciado que aquella morena tenía un don especial. La chica había descubierto a Damián, sin embargo, por algún motivo a él no lo reconocía como a un caído. Se preguntó si se debía al hecho de que no hubiera perdido las alas al matar a un inmune. Su mano lo sujetaba con fuerza y lo conducía con decisión hacia la salida. Sin entender por qué, le

agradaba su contacto, despertando en él una olvidada excitación.

—¡Vámonos de aquí! Solo es un antiguo cliente que no acepta una negativa —mintió Alis, dirigiéndose a la entrada principal al ver entrar en el palco a dos guardias de seguridad.

—¿Tus citas siempre terminan así? —preguntó con una sonrisa ladina.

Alis hubiera sonreído de buena gana, pero no recordaba la última vez que había tenido una cita y él solo era un trabajo.

—Esto no es una cita, ¿recuerdas?

Gerard se detuvo y la obligó a girarse. Ambos quedaron a escasos centímetros el uno del otro. El caído fijó su mirada dorada en ella. Estudió su rostro casi con afecto. No necesitó leer su mente para comprender qué significaba aquel trabajo para ella.

—Entiendo, solo es trabajo.

—Sí —respondió Alis con acritud, desconcertada por su proximidad y por aquellos ojos que se adentraban en lo más íntimo de su ser.

—Puedo ver que no te agrada.

—No, no me agrada —respondió.

Él entrelazó los dedos con los suyos. Alis lo miró turbada unos segundos por una actitud tan íntima, se soltó de inmediato y se encaminó hacia la salida.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Alis habría reído a carcajadas por una pregunta tan inocente. Desconocía por qué ese hombre tenía la virtud de hacerla sonreír.

—Por necesidad. ¿En qué mundo vives? —dijo, girándose de nuevo para enfrentarse a él.

En su rostro aparecieron dos hoyuelos que fascinaron a Gerard.

—Entre el cielo y el infierno —respondió, y sus ojos brillaron un instante.

—Tienes suerte —sonrió Alis—. Yo creo que vivo en el mismo Purgatorio. También Gerard sonrió ante lo cerca que estaba de la verdad.

—Piensa que soy un caballero que rescata a una dama de una existencia terrible.

Gerard hizo una inclinación de una época pasada que causó en Alis una cantarina risa que llenó su alma de emoción. Y ella correspondió con una reverencia, sin la gracia que él había mostrado y le siguió el juego. Hacía

tiempo que no se divertía con nadie y Chevalier tenía sentido del humor.

—¿Qué va a hacer este caballero por mí? —preguntó.

Gerard tomó con delicadeza su mano y la besó, mientras clavaba sus ojos en los de ella. Quizá el encargo de su hermano supusiera un doble premio. Evitar a Gabriel y gozar de una humana tan apetecible como esa.

—Proponerle una solución a sus problemas. —Alis lo miró con desconfianza, pero sin retirar la mano—. Debo asistir a una reunión familiar en Reims, ¿qué me dices?

Por alguna razón que no comprendía, le habría seguido hasta el fin del mundo y eso no era una buena idea.

—Primero, ¿dónde está Reims? Sir Chevalier —preguntó medio en broma.

—En Francia, querida dama.

—No podrá ser —respondió, y el juego terminó al decir—: Tendrás que pedir a la agencia que otra te acompañe.

Alis aligeró sus pasos, cuando empezó a llover ambos corrieron a refugiarse en una cafetería.

—¿Por qué? —preguntó Gerard, sacudiéndose el agua de la cabeza.

—¿Por qué, qué? —preguntó Alis.

—¿Por qué no puedes acompañarme?

En otras circunstancias no hubiera contestado, pero su penetrante mirada, su sonrisa casi infantil y su voz cálida derribaron las barreras que había construido en todos esos años.

—Mi madre está muy enferma y no puedo dejarla sola durante mucho tiempo. Además, es Navidad... —Guardó silencio ante la idea de que fuera la última que pasaran juntas.

El miedo a quedarse sola le atenazó la garganta, intentó disimularlo sentándose junto a la ventana, pero Gerard advirtió su entrecejo arrugado por un pensamiento que la atemorizaba. Podría haber leído su mente, averiguar qué le había producido ese instante de terror, pero prefirió no hacerlo.

—¿Y tu padre? —le preguntó, y ella volvió a mostrar una triste sonrisa, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Nunca lo conocí.

Gerard calló cuando la camarera trajo unos donuts que Alis se comió sin rechistar. Esa chica era asombrosa en muchos aspectos. Lucien había hecho

un trato con Gabriel: Alis a cambio de que los ángeles lo dejaran en paz. De todos modos, nunca cumplía las órdenes del arcángel y no lo haría ahora, menos aún si iba envuelta en un vestido azul. Damián era un problema diferente. Ese asesino la torturaría hasta conseguir lo que buscaba de ella. Esa noche había tenido suerte, pero no le duraría mucho. Sabía que no debía hacerlo, era mejor entregarla y no complicarse con esa mujer. Era mejor, ¡y un cuerno! La atraía sin encontrar una explicación que justificara dicho interés. Reconoció que Alis Holstein era especial y él llevaba demasiado tiempo sin disfrutar de una mujer *tan especial*.

—Déjame que te ayude.

Alis alzó una ceja, mientras Gerard observaba cómo se quitaba con la lengua el azúcar que el donut había dejado en sus labios. No habría hecho aquel gesto si hubiera adivinado qué pasaba por la cabeza de su cliente.

—No necesito tu ayuda —contestó, incómoda por la posibilidad de que la considerara un animalillo al que socorrer.

—Acompáñame a Reims y yo pagaré una enfermera que cuide de tu madre en tu ausencia.

Alis casi se atragantó al escuchar la propuesta.

—¡Qué!

—Lo que has oído.

—¿Por qué?

—Porque me gusta tu compañía y puedo permitírmelo.

—¡Si apenas me conoces! —argumentó ella sin dejar de mirarlo.

—¿Y eso importa?

—Seguro que tienes alguna amiga que pueda acompañarte a esa reunión familiar.

—Por supuesto, pero te lo pido a ti.

—No entiendo por qué necesitas comprar mi compañía —admitió Alis, avergonzada—. Eres... en fin eres atractivo, culto y tienes dinero.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alis cuando le alzó el mentón con un dedo.

—Porque a veces soy un monstruo. —Sonrió, y se replegó en la silla, para añadir—: Pero tú aún no lo has visto.

—¿Qué tipo de monstruo? —La joven cruzó los brazos sobre el pecho y

alzó una ceja mostrando un rostro inquisitivo que la hizo más atractiva a los ojos de Gerard—. ¿De los que tienen dientes, garras afiladas, una sombra de ojos llameantes o unas enormes alas negras?

Gerard no esperaba esa respuesta. Había descrito a los caídos y a los perdidos y lo había hecho sin un ápice de temor. Pensó que era muy valiente o muy estúpida. Ambos comportamientos resultaban peligrosos para ella y le molestó creer que a partir de ahora, también lo serían para él.

—¿No eres capaz de verlo? —preguntó, contrariado.

Si ella no podía reconocerlo, debería alegrarse, aunque le fastidiaba que lo viera como a uno más de sus clientes.

—Creo que no eres ningún monstruo. —Cogió otro donut y lo mordió con avidez—. Al menos, no uno del que asustarse.

Esta vez, fue Alis quien lo miró a los ojos y Gerard, por primera vez en su vida, no supo qué contestar.

—Mi querida dama —dijo reanudando el juego—. Hay monstruos que es mejor no despertar, pero eso ya lo sabes.

Alis se acercó la taza a los labios. Evaluó la mirada de Chevalier. Mostraba una dureza tan enigmática que la intimidó.

—Tienes razón, el problema es que no siempre es posible.

Gerard vertió el azúcar en el café y su rostro cambió. La tensión que Alis había visto en él se borró por completo.

—Acepta mi proposición. ¿Qué puedes perder?

La joven pensó que cabía la posibilidad de perder varias cosas si pasaba mucho tiempo junto a él.

—No puedo acompañarte —reconoció entre halagada y apesadumbrada—. Agradezco que me lo propongas, pero no dejaré sola a mi madre. Ella, bueno, quizá sea la última Navidad que pasemos juntas. No me perdonaría jamás que algo le sucediera mientras estoy lejos. Lo siento, no iré de ninguna de las maneras.

Gerard nunca se había enfrentado a una mujer que no accediera a sus condiciones y su orgullo masculino se vio resentido por la tozudez de la chica. Sacó del bolsillo de la chaqueta un talonario de cheques y escribió una cantidad desorbitada. Después se lo acercó a Alis arrastrando el talón con un dedo por la mesa hasta tropezar con el plato de donuts. Ella leyó la cantidad.

A pesar de que el dinero que había escrito le solucionaría todos sus problemas, su intuición le avisaba de que no se fiara; no de alguien con esos ojos. Durante unos segundos, apretó la taza y derramó un poco de café en el plato. Cohibida, apartó la mirada de Chevalier. En ese momento era tan vulnerable que habría trabajado gratis diez años para desaparecer de la cafetería. La parte más racional de su mente la instaba a someterse a la propuesta. La oferta era tan generosa que no le surgiría otra oportunidad como aquella y pensó que solo una estúpida la rechazaría. Con esa cantidad incluso podría proporcionarle a su madre ese tratamiento experimental del que le había hablado su médico. Temía que empeorara sin ella, pero si aceptaba, incluso le conseguiría más años para pasar a su lado. Las dudas se reflejaron en sus ojos y Gerard empleó ese instante de debilidad para insistir en su propuesta.

—¿Qué me dices?

—¿Por qué yo? —preguntó, y al hacerlo clavó con fiereza los ojos en él. Pensó de una forma romántica y absurda que le gustaba.

—¿Nunca te cansas de preguntar por qué?

—No —respondió Alis con aspereza, y bebió el café de una vez. Cuando dejó el talón sobre la mesa tuvo la sensación de clavarse una espina.

Gerard no podía confesarle la verdad: que era un arma peligrosa en manos de los perdidos y que los ángeles deseaban matarla, así que mintió:

—Todo lo bello lo deseo y tú estás en venta.

Las bromas y su amabilidad eran parte de su manera de satisfacer un capricho. Ella era un objeto más que deseaba poseer. La luciría como un trofeo delante de sus amistades y no parecía sentir escrúpulos por ello. Hasta cierto punto eso era mucho mejor que pensar que le atraía una chica de pueblo con más problemas de los que podía soportar y capaz de ver monstruos.

—No soy ninguna...

—... lo sé —le interrumpió—. Solo es un trabajo extra. No lo tomes como algo personal.

Alis clavó los ojos en él, su frialdad y seguridad la intimidaron. La retaba con sus palabras, pero no aguantaría mucho más la situación en la que se encontraba. Y ese dinero solucionaría sus problemas, supo que no era

correcto, que hacía un pacto con el demonio, pero guardó el talón en el bolso. Necesitó toda su entereza para no echarse a llorar como una niña pequeña.

Gerard podía leer sus emociones y pensó en consolarla. Desde Casandra no había vuelto a sentir nada por un humano. Sara fue un mero instrumento para destruir a su hermano Denis. Desde niño había sentido celos de él por tener el amor de un padre que a él lo despreciaba, pero Alis avivaba sentimientos que prefería no tener.

—Bien —dijo con voz árida—. Ya lo has comprado, pero solo podrás contemplar tu posesión. Nunca —le amenazó con aspereza, colocó las palmas de las manos sobre la mesa e inclinó el cuerpo hacia él—, intentes tocarme.

—Está claro —dijo Gerard, y apreció la furia en su ánimo—. Jamás he necesitado pagar a una mujer para meterla en mi cama.

Alis sabía que sus palabras eran ciertas. Las mujeres serían las que pagarían gracias a su físico, una dosis alta de arrogancia y una amplia ostentuosidad de su dinero. Se dijo que no formaría parte de esa lista.

—Si no te importa, me gustaría ir a casa. Creo que mi servicio por hoy ha terminado.

Alzó la barbilla con todo el orgullo que aún conservaba e intentó disimular la humillación por haber aceptado su proposición.

—Por supuesto.

Gerard pagó la cuenta y ambos se dirigieron a la limusina. En el interior, el silencio era casi opresivo. A Alis le costaba respirar. Chevalier tenía razón: ella estaba en venta y él la había comprado. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos. Apretó el bolso donde había guardado el talón. El dinero acabaría con sus problemas, ayudaría a su madre e, incluso, le permitiría estudiar. Observó su porte aristocrático, que junto a su penetrante mirada, la intimidaron lo suficiente para moverse inquieta en el asiento.

—Mañana te haré llegar todo lo necesario para el viaje.

—No —le dijo sin levantar los ojos del regazo—. Prefiero que todo lo gestiones a través de la agencia. Ellos deben estar informados.

—¿De todo? —preguntó, y Alis lo miró con desprecio. No podía decirles la cantidad escrita en aquel talón.

—No, de todo no —confesó.

—Entiendo.

El coche se detuvo y Alis se bajó sin despedirse.

—Nos veremos pronto —dijo Gerard.

Alis no contestó. En su lugar, esbozó una sonrisa cínica. Era una mercancía y se comportaría como tal. Gerard curvó los labios en respuesta. Durante unos segundos, ella permaneció inmóvil, después, corrió hacia su casa. Abrió la puerta y, con manos temblorosas, se dirigió a su cuarto con la sensación de que había vendido mucho más que su compañía. Esa noche, soñó con Gerard de Chevalier y, en sus sueños, aparecía como un monstruo de ojos amarillos.

Princesa por un día

«Los hombres tienen el poder de elegir, las mujeres de rechazar».

Jane Austen

Al día siguiente, Alis recibió un mensaje de la agencia donde le explicaban qué necesitaba para acompañar a Chevalier a Francia. El cliente le había facilitado otro cheque para «gastos extras». Le hubiera devuelto el talón, pero comprendía que el contenido de su armario no era el adecuado para un viaje de esa envergadura. Se lo entregó a Marian y le pidió que escogiera lo más conveniente para no avergonzar a un francés rico y engreído como Gerard de Chevalier.

—¡Es de lo más generoso! —Marian volvió a aplaudir y esta vez su entusiasmo lo acompañó con algunos saltos—. ¿Sabes cuántas cosas te compraré con este dinero? —Su amiga no la dejó responder—. Antes, veamos el programa. —Marian rebuscó en el bolso—. Aquí está.

Recorrió la pequeña habitación de un lado a otro leyendo en voz alta. Alis apoyaba la frente contra el frío cristal de la ventana. Estaba tan ausente de la conversación que apenas la escuchaba, tampoco compartía la alegría que manifestaba su amiga por aquel trabajo.

—No debería ir, todo esto es una locura —acabó por confesar—. Mi madre está cada día más enferma y casi es Navidad, quizá sea la última para ella y yo estaré en Francia —dijo conteniendo las lágrimas—. Si empeora, no me lo perdonaría nunca, no sé... creo que debería anularlo.

—Tú misma dijiste que es una gran oportunidad para someter a tu madre a esa terapia experimental —dijo Marian, y la abrazó para infundirle valor—. Sin ese dinero morirá mucho antes. ¿Cuántas tartas de manzana tienes que servir solo para pagar el alquiler? Ni en dos siglos reunirías la cantidad de

este talón y solo son dos semanas de tu vida.

Las palabras de Marian, cargadas de verdad, la devolvieron a la realidad. Había consultado con el médico de su madre y dudaba que empeorara en los próximos días, su estado podía permanecer estable por mucho tiempo o empeorar en horas. La enfermera que había contratado Gerard era de lo más competente y tras consultar su currículum con el doctor, este consideró que era una profesional experimentada y capaz. Ambos la animaron a marcharse, asegurándole que no pasaría nada durante esas dos semanas. De todos modos, la avisarían enseguida si sufría algún cambio en su estado.

—¿Qué vas a comprar?

—Vestidos de fiesta, otros más funcionales, algún traje, lencería sexy...

—No soy ninguna ramera —la interrumpió Alis enfadada. Su voz sonó tan ácida que Marian la abrazó.

—Claro que no —aseguró con rotundidad—. Solo pensé que podías comportarte como Cenicienta. Sé que Chevalier no es ningún príncipe azul, pero puede ser lo más parecido que conozcas en tu vida.

Alis se alejó de Marian y le dio la espalda.

—Te aseguro que no es un príncipe. —Recordó sus palabras—. Me dijo que era un monstruo y no pienso acostarme con ninguna de sus dos versiones.

—Yo... no quería decir que te acostaras. Pensé que te gustaría... déjalo —terminó por claudicar Marian—. Pondré ropa interior funcional, recatada y monjil para una chica de veinte años que acompaña a un tipo por el que muchas perderían hasta el tanga. —Marian le sacó la lengua en una actitud infantil.

—¡No seas vulgar! —le recriminó Alis.

—¡Ni tú estúpida! —replicó su amiga—. Mira por un momento dónde vives, cuál es el camino al que todo esto te conduce. Tienes una oportunidad, aprovéchala.

Alis de buena gana habría abofeteado a Marian. No alcanzaba a entender qué le pedía. No jugaría a ese juego.

—Si valoras nuestra amistad, no vuelvas a insinuarme nada así.

Marian abrió la boca para añadir unas palabras más, pero la cerró al ver los ojos doloridos de Alis. A partir de ese instante, la relación entre las dos se distanció. Quedaban dos días para el viaje y mantuvieron un silencio tácito

sobre el polémico tema. Marian no insistió en convencerla de que sedujera a Chevalier y Alis, por una vez, agradeció que no le impusiera alguna loca idea para conseguirlo.

Gerard aguardaba a Lucien en su habitación de hotel. Al final se había visto en la obligación de aceptar la propuesta de su hermano. Había escapado por muy poco de morir a manos de esa sádica llamada Sariel. El resultado fue que en represalia no dejaba de enviar ángeles para apresarlos. Cada vez le costaba mucho más librarse de ellos. Debía entregar cuanto antes la chica a Gabriel. Ni Lucien ni ese vejestorio imaginaban que él no jugaría con las normas que ambos habían pactado. Quería averiguar todo de Alis Hosltein. Le subyugaba el hecho de que no pudiera identificarlo como a uno de los caídos y, sobre todo, le irritaba pensar que lo juzgara como a un mortal.

—¿La has encontrado? —preguntó Lucien.

Gerard no se sobresaltó, estaba acostumbrado a las apariciones inesperadas de su hermano. Miró a Lucien de arriba abajo con un deje de menosprecio. Su aspecto seguía siendo el de un metalero de alguna banda de rock. Mientras que Gerard tenía la apariencia de un rico heredero con gustos refinados y muy caros.

—¿Acaso lo dudabas? —dijo con autosuficiencia—. Ha sido tan fácil como cazar al zorro. —Lucien alzó una ceja—. Vamos, solo he necesitado correr la voz entre las sombras de que la leyenda era de carne y hueso y como unos sabuesos se han lanzado a la caza. Un poco de ruido y todos esos malnacidos se han concentrado en un único lugar. Adivina dónde.

—Anglesey.

—Sí, mi querido hermano. Después solo tuve que rastrearla, pero tenemos competencia. Damián también la ha localizado. He agitado un poco más las aguas enviando a algunos amigos míos para entretenerlos un poco y que la dejen en paz.

Lucien contempló las alas negras de su hermano; era un milagro que las conservara, aunque juraría que se veían menos oscuras, casi con tonalidades

grisáceas. El castigo por matar a un inmune era convertirse en un perdido, pero Gerard todavía no había sido castigado. Esa oportunidad no la desperdiciaría y le daba igual si contaba o no con su consentimiento.

—¡Damián! —Lucien golpeó la pared.

—Ella no me reconoció.

—Quizá el que no seas un caído ni un perdido hace posible ocultarte de ella, pero debemos entregársela a Gabriel lo antes posible. Es un peligro para todos nosotros.

—Ni hablar.

—¿Te has vuelto loco? Ya sabes qué pactamos para liberarte de convertirte en sushi para esos bastardos.

—No hermano, no pactamos y no, no pienso entregar a Alis.

—¿Ahora la llamas Alis?

Gerard se tumbó en la cama y colocó los brazos tras la nuca.

—Ella no me ve como a un monstruo. Ni siquiera se asustó cuando le confesé que podía ser uno.

Lucien se paseó molesto por la habitación. Si su hermano traicionaba a Gabriel, todo lo que había sacrificado para ayudarlo no serviría de nada, pensó. Había pactado la libertad de Gerard a cambio de la humana. Una sombra le había informado de su existencia a cambio de que le perdonara la vida. Dicha noticia supuso la moneda con la que negoció la libertad de Gerard. Gabriel no desaprovecharía la ocasión de obtener un arma de aquella valía. De paso había descubierto qué tramaban: poseer a la humana supondría alzarse sobre los caídos y las sombras. Ambos bandos deseaban tenerla y Gerard no podía ser tan estúpido para situarse en medio de una guerra. Lo conocía lo suficiente para distinguir un brillo de tozudez en sus ojos.

—¿Dónde has pensado llevarla?

—¿Me traicionarás si te lo digo?

Lucien advirtió en él menos agresividad de la normal.

—Ya sabes que no.

—A Reims.

—Gabriel te encontrará y no podrás evitar que la utilice hasta matarla —le advirtió. Esperaba que entrara en razón. Al menos, si la entregaba, uno de los dos sobreviviría.

—Ya veremos. —Gerard se incorporó de un salto, y dijo—: Si necesito tu ayuda para protegerla, ¿estarás a mi lado?

—Siempre que necesites mi ayuda, la tendrás.

—Necesito un favor —le pidió.

Lucien alzó una ceja. Su hermano nunca se andaba con rodeos innecesarios.

—Tú dirás.

—Tienes que eliminar a las sombras que la vigilan. La otra noche conté a cinco de esas escorias, controlan cada paso que da. Además, Alis tiene una amiga que la ayuda a preparar el viaje, bórrale la memoria. No puede saber a dónde nos dirigimos.

—Nadie os seguirá los pasos.

Gerard tenía la certeza de que Lucien enviaría al inframundo a esos desgraciados.

—Gracias y lamento ponerte en este aprieto.

Lucien sintió que Gerard volvía a convertirse en el hermano que había perdido hacía tanto tiempo. Deseaba por el bien de todos que hubiera acabado con el monstruo que había sido hasta entonces.

Alis no tuvo tiempo de buscar en un mapa dónde estaba Reims. En un gesto de buena voluntad, Marian le envió la información a su móvil. Se trataba de una ciudad medieval, situada al noroeste de Francia y a más de cien kilómetros de París. En esa zona se encontraban los viñedos de Champaña. Aparte de sus emblemáticos viñedos, reconocidos en el mundo, era un pueblo pequeño, sin muchas excentricidades ni pretensiones. Después de una semana sin apenas dormir, el sueño la venció en el vuelo hasta el aeropuerto Charles de Gaulle. Con la mente más despejada, y tan nerviosa como si fuera a conocer a los amigos y familiares de su prometido, respiró hondo antes de recoger las maletas. En la sala de pasajeros, un chófer sujetaba un enorme cartel en el que habían escrito su nombre.

—¿Señorita Holstein? —preguntó.

—Soy yo —se apresuró a decir Alis.

El chófer tomó las maletas.

—Me llamo André, si es tan amable de acompañarme... El señor Chevalier no ha podido venir.

André metió el equipaje en el maletero y le abrió la puerta de atrás.

—¿Le importaría que me sentara delante con usted? —El hombre, de mediana edad y de mirada amable, consintió su petición con una sonrisa.

El camino hasta Reims estuvo repleto de pintorescos pueblos muy diferentes de lo que era Anglesey. Incluso la luz del sol era más intensa. Durante esas dos semanas, pese a lo que hubiera planeado Chevalier, no se marcharía de allí sin visitar la ciudad. André era un hombre locuaz, quien hablaba su idioma tan bien como el propio. Sin dificultad, le explicó los diferentes tipos de uvas que se cultivaban por la zona.

—¿Cómo es la familia del señor Chevalier? —preguntó Alis.

El hombre desvió un segundo los ojos de la carretera para mirarla. Alis se sintió incómoda.

—Señorita Holstein, el señor Chevalier tenía dos hermanos. Uno murió hace poco; el otro, no suele visitarnos por motivos de trabajo.

—¿Y sus padres? —Alis no pretendía ser curiosa, pero no quería vivir con alguien sin saber a qué se enfrentaba.

—Los padres del señor Chevalier murieron hace tiempo.

—Entonces, ¿quién vive con él?

—Nadie, señorita, solo mi familia.

Alis no dijo nada, pero ahora lo comprendía un poco más. La soledad podía ser demasiado monstruosa, aunque tratarla como a un trozo de carne, también lo era. Se dijo que no debía compadecerse por alguien que pensaba que todo podía comprarse, incluso su compañía en Navidad.

Después de alejarse de la ciudad de Reims, atravesaron varios viñedos y parte de la campiña francesa. El chófer se detuvo ante una verja que abrió con un mando a distancia. Continuaron por un estrecho y alargado camino de tierra hasta la puerta de una aristocrática mansión. Allí, la esperaba la esposa de André, una mujer esbelta y vestida con unos vaqueros que acentuaban su delgada figura. Alis pensó que tenía esa elegancia propia de la que siempre hablaba todo el mundo que poseían las mujeres francesas. Ella se sentía torpe y fuera de lugar, a pesar de llevar un abrigo nuevo y unas botas que Marian le

aseguró alargaban la estatura veinte centímetros.

—Bienvenida, me llamo Rose —le dijo la mujer de André, abrazándola al tiempo que le daba cuatro besos en las mejillas.

Marian también le advirtió que esa era la costumbre entre los franceses.

—Gracias.

—Vamos, te enseñaré tu habitación. Gerard ha elegido la más bonita de todas, las vistas dan a los campos de viñedos.

La antigua casa tenía altos y artesonados techos. Un magnífico centro navideño adornaba la entrada de mármol de Carrara y una amplia escalinata conducía a la primera planta.

—Muchas gracias, Rose.

—Estarás agotada del viaje, descansa un rato y no te preocupes por nada más. André subirá tu equipaje y yo te prepararé unos emparedados.

Alis no era capaz de recordar cuándo alguien la había cuidado. Sonrió aturdida por el recibimiento de la francesa.

—Gracias. ¿El señor Chevalier no está?

La mujer enarcó una ceja al nombrar a su cliente de una manera tan formal.

—Tu amigo vendrá en un par de horas. —Rose recalcó la palabra «amigo», luego añadió—: Hasta entonces, puedes recorrer toda esta mansión a tu gusto.

Rose le guiñó un ojo. La verdad es que aquel plan le encantaba. No podía negar que deseaba curiosear cada rincón de esa lujosa casa.

—Claro, tengo tiempo hasta que mi... —se interrumpió Alis sonrojada— amigo regrese.

Rose la agarró por los hombros y la atrajo hacia ella, el abrazo le recordó que aún era una persona. Después, ambas entraron en una habitación. Alis le dio la razón a Chevalier, ese era el cuarto más bonito que había visto nunca. Las paredes estaban pintadas en un suave color gris y todo el mobiliario era blanco. Una enorme cama, con un dosel del que caían unas delicadas cortinas de encaje, destacaba sobre todo lo demás. Alis abrió la boca y Rose la miró antes de preguntarle:

—¿Te gusta?

—Jamás había visto una habitación tan... —Alis no supo qué decir y Rose terminó la frase.

—... romántica.

Marian hubiera dicho lo mismo.

—Te dejo para que descanses. Te subiré la comida y si quieres te acompañaré a ver todo esto.

—Muchas gracias, Rose —dijo—. ¿Puedo hacer una llamada?

Su móvil apenas tenía batería.

—Ahí tienes el teléfono. Llama a quien tú quieras.

Rose salió del cuarto. Cuando estuvo sola, Alis rozó con suavidad la madera del tocador y se sentó en la mullida banqueta. No podía creer que la chica que reflejaba el espejo fuera ella. Tenía las mejillas sonrosadas y no dejaba de sonreír como una idiota por la posibilidad de dormir en aquella habitación. Sus ojos la reprendieron con severidad. No podía olvidar quién era y qué hacía allí. Se aproximó a la ventana y contempló un inmenso y casi infinito campo de viñedos. Marcó el número de la enfermera que había contratado Chevalier para cuidar a su madre, y esperó que en Anglesey nada hubiera sucedido en su ausencia.

A pesar del cansancio por el viaje, las horas pasaron rápidas en compañía de Rose. Durante la charla que ambas mantuvieron, averiguó cierta información de Chevalier y de su familia.

—Entonces, ¿no son hermanos de madre?

—¡Oh! No. Denis, que Dios lo tenga en su gloria, y Lucien eran hermanos, pero Gerard solo de padre.

—¿Se llevaban bien?

—Bueno, Gerard siempre ha sido un demonio —rio la mujer—. Denis era un muchacho tranquilo incapaz de dañar a nadie y aguantaba el carácter irascible de su hermanastro con paciencia. En cambio, Lucien y Gerard son casi de la misma edad y ambos comparten la testarudez de su padre. Según tengo entendido, un hombre autoritario que no valoraba a ninguno de sus hijos. Aferrado a la botella y al juego.

—No tuvo que ser fácil para ninguno de ellos vivir en un lugar como este.

—Claro que no, querida, pero para Gerard fue mucho peor. Reconozco que tu amigo es mi debilidad. Es un chico que intenta ocultar su dolor causando problemas, pero ha sufrido mucho... —Rose no añadió nada más, pero el rostro de Alis la animó a continuar—: La infancia de Gerard fue un calvario. No siempre tuvo todo esto —dijo, y abrió los brazos abarcando en un abrazo

imaginario la mansión y su contenido.

—No la entiendo, Rose.

—Bueno, si André me escuchara me regañaría. Pero, niña, ningún padre ha de diferenciar entre un hijo y otro. Da igual su nacimiento. —Alis asintió—. El conde no reconoció a Gerard hasta siete años después de venir al mundo. Gerard se crio en las calles hasta esa edad, ni te imaginas en qué condiciones. Después, cuando lo trajeron aquí, soportó todo tipo de vejaciones de un padre que lo consideraba muy inferior a sus otros dos hijos. El problema es que el resto de la servidumbre también ayudó en ese inhumano comportamiento, ya me entiende querida.

—¿Y los servicios sociales no hicieron nada? ¿Nadie se atrevió a denunciarle? Aunque tuviera dinero y posición maltrataba a su hijo.

—Eran otros tiempos, querida. —Rose carraspeó al darse cuenta de que había cometido una indiscreción.

Esa historia se la había contado su abuela. Pasaba de generación en generación de inmunes al servicio de Gerard de Chevalier. En la mayoría de sus visitas no permanecía en aquella casa más de unos días y jamás había llevado a una mujer allí. Quizá por fin el chico había encontrado la manera de lidiar con toda aquella soledad que le había convertido en un hombre amargado. Miró a la muchacha, esa joven era perspicaz y ella demasiado charlatana después de haber compartido un *bourgogne* con su amiga durante la comida.

—Deberías prepararte —le dijo Rose a las siete de la tarde cambiando de tema—. Gerard no tardará en venir.

—¿Prepararme?

—¡Oh!, este chico —dijo, moviendo la cabeza con disgusto—. ¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

—Hoy estás invitada a la fiesta del duque Clemont.

—¿Duques? —preguntó Alis, azorada.

Ella era la hija de una enfermera y ni siquiera conocía a su padre. Lo más cerca que había estado de la aristocracia era cuando hablaba con la madre de Marian.

—Mantienen el apellido aristocrático, pero en su mayoría son empresarios

que se dedican al negocio de las antigüedades.

—¿Cómo he de vestirme?

—Es una fiesta de Navidad —dijo Rose, quitándole importancia—. Algo sencillo y elegante será suficiente. —Alis no tenía ni idea de qué había guardado Marian en la maleta. Ante su desconcierto, Rose dijo—: ¿Quieres que te eche una mano?

—Te lo agradecería. No quisiera avergonzar a Gerard. —Se obligó a pronunciar su nombre para evitar cualquier pregunta comprometedor.

—¡Oh, cariño! Tú nunca harías eso. Solo mírate en el espejo.

Rose la tomó del brazo y ambas se dirigieron a su dormitorio. Un rato más tarde, la mujer salía del cuarto y se encontró con la mirada inquisitiva de Gerard.

—Rose —dijo a modo de saludo.

—Gerard —contestó ella—. ¿Cómo están Denis y Lucien?

Gerard, en otras circunstancias, no hubiera respondido a esa pregunta salvo con un gruñido, pero la presencia de Alis era un reconstituyente para su ánimo y un bálsamo para su rencor hacia sus hermanos.

—Lo último que supe de Denis es que disfrutaba de su vida humana al lado de una chica llamada Sara. Lucien sigue batallando a pesar de no pertenecer a ningún bando.

Rose sonrió, se alegraba por Denis, para todo el mundo estaba muerto. Ese joven había sufrido lo suficiente. Todos los inmunes conocían la historia de esos dos hermanos. Antes de que Gerard se escabullera, achinó los ojos antes de decir:

—No la dañes, es una joven encantadora y triste.

Sabía muy bien a qué se refería. Rose pertenecía a la familia de inmunes que le habían servido desde hacía tres generaciones. Conocía muy bien qué era y de lo que era capaz, pero nunca se había atrevido a sugerirle qué hacer hasta ese día. Alis ejercía una extraña atracción en todo el mundo.

—No es mi intención.

—Gerard, los problemas te persiguen allá donde vayas. Te pido que no involucres a una joven como ella.

—Lo intentaré, Rose, te prometo que lo intentaré —dijo, y dio por zanjada la conversación entrando en su dormitorio.

A las ocho en punto, Alis esperaba impaciente y, a la vez, temerosa de que su elección, o mejor dicho la de Rose, no fuera la acertada. Había escogido una falda ceñida de cuero marrón hasta las rodillas, unas botas de caña alta y un delicado jersey rosa de lana de angora. Rose insistió en prestarle una boina, según ella, le daba un toque muy parisino de mujer fatal. Alis casi se atragantó con el sándwich cuando escuchó las palabras de Rose. De todos modos, no discutiría con la única aliada que por el momento contaba en aquella casa. Las dos semanas serían de lo más solitarias si Gerard se ausentaba tanto tiempo y solo lo veía para acudir a fiestas, banquetes o reuniones. Unos suaves golpes en la puerta la alejaron de sus pensamientos.

—Adelante —dijo, creyendo que sería Rose.

Su sonrisa, que dejaba ver dos hoyuelos en las mejillas, se congeló al entrar Gerard. Chevalier vestía un suéter violeta que marcaba cada músculo de su cuerpo y unos pantalones oscuros de un fino terciopelo. Creía ir acompañada por un modelo de una revista de colonia masculina. Alis se puso en pie muy despacio sin saber qué decir.

—¿Has tenido buen viaje? —preguntó él, rompiendo el silencio incómodo en el que se encontraban inmersos.

—Sí, muy bueno.

—¿Estás lista? —preguntó sin dirigirle una mirada.

Alis se acercó al armario y cogió un abrigo. En ese instante, sintió en la espalda cómo los ojos de Chevalier la observaban. Se enfureció consigo misma por permitir que alterara su sensatez, después de haber escuchado a Rose, no podía evitar cierta compasión. Pero se dijo que ya no era un niño por el que sentir lástima, sino un adulto que debía comportarse con cierta cortesía, aunque su relación con ella fuera mercantil. No podía adivinar qué quería si no se lo exponía con claridad.

—La próxima vez, te agradecería que me informaras de los planes que tienes previstos y en los que hayas pensado incluirme. Si no es por Rose, hubieras ido solo a la fiesta.

Gerard alzó una ceja, sorprendido por su actitud. Nadie, en sus quinientos años de existencia como ángel, le había hablado de aquella forma y no lo

consentiría de una mujer a la que habría lanzado a la cama y quitado una graciosa boina.

—Te pago para que me acompañes —sentenció con la voz enronquecida—. Lo menos que espero de ti es que siempre estés preparada. Te informe o no.

Alis apretó la mandíbula y se mordió la lengua. Había sido una estúpida al pensar que no la trataría como a una adquisición por escoger aquel cuarto para ella.

—Tienes razón, pero si no voy bien vestida, entonces no me hagas ningún reproche. —Con el semblante serio, añadió—: ¿Qué se supone que soy? Una amiga, una novia o una compañera.

—Nadie —dijo, molesto más consigo mismo que con sus palabras—. No eres nadie, salvo mi compañía para la fiesta de esta noche.

Alis no se había sentido tan humillada en toda su vida.

—¿Qué esperas de mí en esa fiesta?

—Nada —respondió de nuevo, incapaz de justificar su enfado—. Solo que no me avergüences ni busques clientes entre los hombres que asistan a ella.

Alis le hubiera arrojado a la cabeza el enorme jarrón que adornaba una de las mesas. Suponía que era una cara antigüedad. En su lugar, tomó una bocanada de aire e intentó tranquilizarse. Él la trataba con desprecio e intentó mantener la calma o esa noche terminaría siendo un auténtico suplicio. Se obligó a pensar que todo lo hacía por su madre, por su salud.

—No te preocupes por eso —contestó, y alzó el mentón, orgullosa. Gerard se lo habría bajado, besándola—. Con un engreído, arrogante y estúpido francés ya tengo de sobra.

El rostro de Gerard se ensombreció. Alis se arrepintió de las palabras nada más pronunciarlas. Supuso que Chevalier la metería en un avión directo a Anglesey, y el miedo se reflejó en sus ojos al pensar que él rompiera el contrato, pero en vez de eso lo oyó decir:

—Te espero en el coche.

El caído pegó un portazo al salir de la habitación. Entonces, Alis se agarró al filo del tocador. Debía controlar la lengua o se vería en problemas. Había pagado la primera factura de la clínica y no podría devolverle el dinero.

Un juego peligroso

«El juego es la única pasión que puede competir con el amor».

Alfred de Musset

Gerard ignoraba el porqué de su afán por discutir con Alis. La había herido con sus palabras y ella intentaba disimularlo con una sonrisa desenfadada. Tenía que averiguar si había otros caídos a los que no podía identificar. Ese era el único motivo de acudir a la fiesta de Clemont, quien había escapado de las luchas entre ángeles y caídos para convertir sus propiedades en un país neutral. Un refugio al que acogerse si era necesario.

Gerard observó de reojo su perfil. Esa mujer era muy diferente al resto de mujeres que había conocido, incluso, muy distinta de Casandra. No veía al monstruo, ni al inmortal que habitaba en su interior, pero sí al hombre que un día fue y del que no estaba muy orgulloso.

—Hemos llegado —anunció Gerard.

La casa del duque era un castillo medieval, situado al borde de una colina. Lo bordeaba un bosque de pequeños árboles entre los que destacaban algunos abetos. Unas torres negras se alzaban majestuosas hacia la luna y, pese a haber discutido con Chevalier, apreció su belleza.

—¡Es precioso!

—Sí, lo es —dijo él, aplacando su malestar al ver la fascinación que Alis exhibía en los ojos—. Clemont lo compró hace unos quince años. Los anteriores propietarios no podían mantenerlo —le explicó.

—Es una casa de cuento.

—Según se dice por aquí inspiró la historia de La Bella Durmiente.

—No es difícil imaginar por qué.

Gerard sonrió y le ofreció el brazo. En respuesta, ella esbozó una débil

sonrisa y aceptó el ofrecimiento. Ambos decidieron someterse a un tratado de paz. Alis se sentía una princesa de cuento, en un palacio de cuento y con un hombre... lo miró de reojo y tuvo que reconocer que era el príncipe perfecto. La voz de su conciencia le susurró que la historia no terminaría con «fueron felices y comieron perdices», pero, durante un instante, se miraron con más intensidad de la razonable. Ella fue la primera en apartar la mirada y caminó hacia la puerta. Allí, un empleado los condujo hasta el salón. Alis observó el techo de mármol negro y marrón de adornos dorados, del que colgaba una enorme lámpara de cristal cuyas lágrimas de vidrio brillaban centelleantes.

—Un lugar demasiado recargado para mi gusto.

—Quizá no vaya tan bien vestida... —dudó.

Él la alejó un poco y la miró de arriba abajo. Esa inspección provocó que se sonrojara hasta las orejas.

—Creo que vas perfecta.

—Gracias —contestó, aturdida por su aprobación.

Gerard iba a decirle lo hermosa que la veía, cuando un empleado se acercó y les pidió los abrigos. El momento había pasado y de nuevo se distanciaron.

Alis comprobó aliviada que la fiesta era como cualquier otra. La gente intentaba divertirse o hacer contactos interesantes. Observó a los invitados, mientras Gerard los saludaba. Entre las voces de los asistentes se oyó la de una joven de su misma edad con una minifalda y una adorable melena rubia. Gritó el nombre de Chevalier y se colgó a su cuello.

—¡Cuánto tiempo! ¡Te has portado muy mal conmigo! Ni una llamada ni una nota.

Gerard la separó de él y la besó a la costumbre francesa.

—Chantal, por favor —le recriminó—. Ya no eres ninguna chiquilla.

—Creía que todavía no te habías dado cuenta —dijo ella con picardía, besándolo con mucha más intensidad.

Alis carraspeó dos veces. La situación resultaba incómoda, al no contar con el permiso de su cliente para retirarse.

—*Est ce votre petite amie?* —dijo la rubia, girándose con una mueca de desprecio hacia Alis.

—No seas grosera utilizando un idioma que de sobra sabes que Alis no habla y, segundo, tampoco es mi novia.

—Discúlpame, soy Chantal la sobrina del duque Clemont —dijo la francesa con una falsa cordialidad. No había que tener un posgrado en física nuclear para advertir su animadversión—. Gerard nunca ha venido acompañado a nuestras fiestas y pensé que tú eras diferente.

Alis evitó la mirada inquisitiva de la joven y, entonces, lo vio aparecer. Palideció tanto que incluso Chantal se dio cuenta.

—¿Qué le ocurre? —preguntó a Gerard en francés.

Alis había reconocido a Clemont. La muchacha se aferró a su brazo y le clavó las uñas. Gerard tomó su mano para tranquilizarla.

—Alis, te presento a Daniel Clemont.

—Encantado, señorita Holstein. Gerard me ha hablado mucho de usted y tenía ganas de conocerla.

Alis miró al ángel caído con un engominado bigote y un traje blanco. Su aspecto se asemejaba al de un antiguo actor de Hollywood de los años cuarenta. Por instinto, retrocedió un paso y derramó el contenido de la copa sobre la falda.

—¡Oh! ¡Qué torpe! —consiguió decir—. Perdonadme, tengo que ir al baño a limpiar este desastre.

Alis quería alejarse de allí. El caído la miraba con compasión, no existía en él rastro de agresividad. Repasó una a una las enseñanzas de su abuela y todas la instaban a huir.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Clemont. Sin embargo, Alis escuchó en su mente—. «No le haré daño. Hace mucho que dejé de hacer daño a los humanos. *No se preocupe por Chantal, ella sabe muy bien qué soy y cuál es mi mundo. En cuanto a Gerard, para mí es un buen amigo al que no dañaría nunca. Su abuela era una mujer inteligente y la amaba, pero no siempre tenía razón. Vaya al baño y piense un segundo en mis palabras*».

Sin dejar de mirar los ojos amigables de Clemont, Alis obedeció su sugerencia.

—Te acompaño —se ofreció Chantal ante el silencio tenso que se instaló entre ellos.

—Gracias —dijo, sin prestar atención a la joven.

Su abuela le contó que todos eran monstruos a quienes eliminar, pero no veía maldad en ese hombre. Rose le había mencionado que varios orfanatos

funcionaban gracias a la generosidad de Clemont, incluso había adoptado a una niña. Supuso que Chantal era esa huérfana. Al entrar en el baño, la cara de querubín de la francesa se transformó en una mucho más peligrosa que la de un caído o una sombra.

—¡Zorra! Sé quién eres y lo que pretendes. Gerard es mío, siempre ha sido mío. Y ninguna putita inglesa me lo arrebatará.

Alis comprendió que estaba enamorada de Chevalier. Quiso aclarar que solo eran amigos y, a veces, ni siquiera la consideraría dentro de esa categoría; entonces, Chantal la abofeteó. La entrada de una invitada obligó a la joven a marcharse. Alis recuperó la compostura y se miró en el espejo. Tenía la mejilla enrojecida y otros problemas en qué pensar. Se maquilló para disimular el golpe y regresó a la fiesta.

—¿Estás bien? —Gerard con uno de los dedos le alzó el mentón para verla mejor—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Una de tus enamoradas —admitió.

—¡Chantal! Va a saber lo que es bueno. Estoy cansado de las tonterías de esa chiquilla —aseguró con la voz cargada de venganza.

Alis lo sujetó del brazo y le impidió buscarla.

—No es ninguna niña. —Ella tenía casi la misma edad—. Es una mujer enamorada de ti. No se merece ser humillada —desvió la conversación a otro terreno—. Preferiría una copa.

Gerard comprendió su error, para él Chantal era una de las huérfanas que a lo largo de los siglos Clemont había adoptado como miembro de su familia, a veces, eran primos o sobrinos. La había conocido con pañales, pero ella había crecido cautivada por él. Nunca le había dado esperanzas de nada más, pero la chica era persistente. Hasta ese día le divertía el juego de seducción de la muchacha, pero delante de Alis le irritaba ese comportamiento posesivo y, sobre todo, del todo imperdonable.

—¿Estás segura? —preguntó, y acarició su mejilla dolorida.

El roce de su mano generó en Alis un escalofrío de placer y rechazo, ante lo que podía hacer con su voluntad.

—¿Y Clemont? —preguntó, cambiando de nuevo de tema.

—Ha tenido que ausentarse.

Eso tranquilizó a la joven, quien tomó una bebida que un camarero ofrecía a

los invitados. El champán le agradó. Hasta ese día nunca lo había probado. Chantal quiso acercarse a Gerard, pero una mirada gélida de él le advirtió de que no toleraría su presencia. Entretanto, Alis notó cómo el alcohol la relajaba. También que sus pensamientos eran confusos respecto a quién había comprado su compañía por unos días. La música alegre dio paso a melodías románticas y lentas. Gerard le quitó la copa de las manos.

—Por esta noche, creo que ya has bebido bastante —sugirió con cierta autoridad que insinuaba que no consentiría una negativa.

—No creo que haya bebido lo suficiente para...

—Creo que es mucho para ti —la interrumpió.

Se acercó a ella y la observó con unos ojos dorados, tan posesivos e hipnóticos, que Alis tuvo que parpadear para no dejarse llevar por el deseo de besarlo.

—Yo... —titubeó la joven, al contemplar el magnetismo que Gerard emanaba sin apenas pretenderlo.

Su frente ceñuda le demostraba que estaba dispuesto a hacer su voluntad, pero nunca más asistiría a una fiesta en otro castillo de ensueño. Reunió todo el valor del que disponía, algo en que el exceso de alcohol tuvo mucho que ver y, con voz suave y una sonrisa dulce, lo retó a negarse a aceptar su petición.

—¿Te gustaría bailar? —preguntó, y la duda recorrió el rostro de Gerard.

Durante un par de segundos, Alis apreció un fulgor amarillo en sus ojos. Parpadeó, perpleja, y miró de nuevo a Chevalier. Este sonreía y sus ojos eran de un atrayente color caramelo.

—Pensaba que nunca me lo pedirías —contestó él con una mano en el pecho y otra en la frente, emulando a una dama.

Alis emitió una leve carcajada que ocasionó en el caído una corriente de felicidad. La tomó del talle; por una vez, no estaba en guardia. Desprendía un olor natural que enardecía sus sentidos. Su proximidad lo tentaba a besar esa boca que deseaba desde la noche que la vio comer donuts. Alis era ajena a todas esas sensaciones que causaba en Gerard. Ella se encontraba a gusto entre sus brazos; un refugio cálido que le proporcionaba seguridad. Entonces, el reloj marcó las doce y el hechizo se rompió.

—Deberíamos marcharnos —sugirió él.

—¿Tan pronto?

—Es hora de regresar o todos verán cómo Cenicienta se duerme en mis brazos.

El viaje, la excitación y el alcohol pasaban factura a Alis. Gerard tenía razón, se le cerraban los ojos y muy pronto no se sostendría en pie. La sujetó con firmeza por la cintura y la guio hasta el coche. El alcohol y los tacones la hacían trastabillar una y otra vez. No estaba segura de poder llegar hasta su habitación con esos zapatos sin romperse el cuello en el camino y Gerard se los quitó en el coche. Verse como Cenicienta cuando el príncipe le probó el zapato de cristal aumentó la excitación que había sentido al bailar con él. Pero, Gerard se incorporó deprisa, como si su piel le quemara, y se sentó al volante sin decir una palabra.

Una hora más tarde, la casa de Chevalier apareció ante sus ojos, majestuosa. Descalza, subió la escalinata. Era consciente de que su falta de inhibición se debía al alcohol, pero hallarse bajo una noche estrellada, junto a un hombre de ojos dorados, que le recordaban al caramelo fundido, suponía demasiado para una joven de un pueblo inglés en el que solo había niebla. Alis observó embelesada el cielo repleto de estrellas. Estaba feliz, ya había olvidado qué era tener esa emoción. Se apoyó en una de las columnas de la entrada y admiró la grandiosidad del firmamento. Sonrió a Gerard y él le cubrió los hombros con el abrigo que había dejado en el coche, luego pasó sus firmes manos alrededor de su talle para acompañarla a su habitación.

—Es hora de dormir, mi Bella Durmiente —dijo, e intentó controlar el deseo que Alis le incitaba desde que la conoció.

Su rostro anhelante y confiado lo llenó de una ternura que nunca había sentido por una mujer, ni siquiera por Casandra.

—Antes de acabar el cuento todas las princesas reciben un beso del príncipe.

Alis enrojeció hasta la punta de las orejas al pronunciar esas palabras tan atrevidas. La atracción que Gerard ejercía en ella se multiplicaba por mil cuando no estaba del todo en sus cabales.

—No deberías desear algo de lo que después puedas arrepentirte.

Su intensa mirada atrapó a Alis en un hechizo. Su cercanía convirtió sus entrañas en queso fundido. La subyugaba hasta perder por completo la

voluntad.

—Esta noche no puedo arrepentirme de nada —aseguró, y retó a Gerard a que le concediera su deseo.

Mañana escondería la cabeza en un profundo agujero bajo tierra, aunque esa noche deseaba a ese hombre y no estaba tan bebida para no ver que él también la deseaba. Besaría al engréido, posesivo y caprichoso Gerard de Chevalier y él no sería quien lo habría decidido. Se colgó del cuello de Gerard y se puso de puntillas. Estaba tan cerca que a Chevalier le costó un infierno no apoderarse de sus labios hasta que vio sus pupilas cargadas de pasión. Entonces, se adueñó de su boca. La atrajo con brío hacia sí y la besó de tal forma que Alis casi no podía respirar. Jamás la habían besado de aquella manera. El mundo dejó de ser gris y los colores se desplegaron en su mente igual que un arcoíris. Gerard creía haber amado a una sola mujer a lo largo de sus quinientos años de existencia, pero estaba equivocado. Supo, como si se tratara de una revelación divina, que fuera lo que fuese lo que le produjera Alis era muy superior a lo que nunca había sentido por Casandra. Su imagen se había desvanecido en su corazón igual que la niebla tras el amanecer. En su lugar, Alis destellaba con una intensidad cegadora. Ella emitió un gemido, mientras se aferraba a él con fuerza. Los pensamientos de Gerard se entremezclaban con sus deseos. Quería cogerla en brazos, llevarla a la cama y demostrarle que si jugaba con fuego se quemaría y él ardería gustoso a su lado. Pero Alis había bebido lo bastante para más tarde arrepentirse de su decisión, así que la rechazó con suavidad. Ella lo miró con esos enormes y expresivos ojos negros; las mejillas sonrosadas por la pasión de los besos; los labios hinchados y palpitantes, a la vez que dos hoyuelos en las mejillas mostraban su felicidad y juró que protegería a esa mujer hasta el último de sus días.

—Es hora de que te acuestes —se obligó a decir con un nudo en la garganta.

Esas palabras eran las más duras que había pronunciado en mucho tiempo.

—Gerard... —dijo Alis, y se apoyó en su hombro. Él la cogió en brazos y se encaminó al cuarto con su preciada carga—. Yo...

—Mejor no digas nada, mi Bella —la interrumpió—. Mañana quizá no te guste saber que no besaste a un príncipe, sino a una Bestia.

Al día siguiente, los dos sabían que ella se arrepentiría de esa escena y él se maldeciría por haberse comportado como un caballero.

Falsas apariencias

«Bien mirados, todos nos ocultamos, completamente desnudos, en los
vestidos que usamos.»

Heine

Alis se despertó, aturdida. La luz que entraba por la ventana aumentó su malestar, tenía resaca. Una ducha con agua fría la despejaría, aunque recordar la noche anterior la atormentaba. Necesitaba controlar la vergüenza por su comportamiento con una buena carrera; agradeció que Marian se acordara a la hora de hacer su equipaje que le gustaba correr. Se convenció de que la redención por comportarse como una estúpida la hallaría castigando su cuerpo hasta que no pudiera más o hasta que tuviera la valentía de encararse a Chevalier. Invirtió más de dos horas en recorrer los viñedos y otras dos en regresar. En la puerta, buscó su móvil en el bolsillo de la sudadera y llamó a la enfermera de su madre para asegurarse de que estaba bien. Eso la tranquilizó lo suficiente para tener el valor de entrar en la casa. El silencio la golpeó con ímpetu y llamó a Rose, pero imaginó que se encontraría junto con André en el jardín posterior. Esperaba que Gerard hubiera desaparecido también esa mañana, pero tropezó con su cliente en la cocina. Vestía unos vaqueros y un suéter negro que acentuaba su rostro colérico; también su atractivo. No entendía el motivo de su enfado, pero estaba segura de que pronto se enteraría de la razón. Se dirigió hacia ella tan furioso que a duras penas mantenía el control.

—¿Dónde te has metido? —le gritó con tanta fiereza que Alis retrocedió un paso. La actitud indiferente de ella provocó que la cogiera de los brazos y la zarandeara con fuerza.

—¡He ido a correr! —contestó, e intentó no dejarse llevar por el enfado

ante su actitud despótica e incomprensiva.

—¡A correr!

—Sí —dijo, y recorrió a Gerard de arriba abajo con una mirada devastadora para que retirara las manos de ella. Se sirvió un vaso de agua como si no hubiera sucedido nada—. Me gusta hacer deporte y tú deberías hacer lo mismo —le aconsejó. Se giró para dejar el vaso vacío en el fregadero y Gerard la obligó a darse la vuelta.

—No vuelvas a desaparecer sin decírmelo —ordenó, mirándola a los ojos. En un tono mucho más beligerante, añadió—: ¡Nunca! ¿Lo has entendido?

Alis se soltó de su mano y lo miró retadora. Había comprado su tiempo, no su persona. Su comportamiento irracional era más de lo que podía aguantar esa mañana. Esperaba lidiar con un hombre dispuesto a seducirla, incluso a cambiar alguna cláusula del contrato que habían firmado; no con un déspota carcelero.

—¿Me he convertido en tu prisionera?

La paciencia del caído había superado el límite. Gerard le hubiera confesado quién era y el peligro en el que se veía inmersa, pero no soportaría enfrentarse a su desprecio. Ante la impotencia de ser sincero, apretó la mandíbula y actuó de la única manera que le permitía ocultar su verdadera identidad, como un auténtico miserable.

—No eres mi prisionera, pero sí mi propiedad durante varias semanas. — Gerard extrajo de uno de los bolsillos del pantalón la cartera—. Aquí tienes este dinero por el numerito que montaste ayer. —Sin esperarlo, estiró de su camiseta y le introdujo en el sujetador dos billetes de cien euros—. Podemos repetirlo esta noche. Ayer no estabas en condiciones de satisfacerme, bebiste demasiado. —Se acercó más a ella y le dijo—: Me agradó lo que vi al acostarte.

Nadie le había hecho sentirse como si fuera una basura salvo Chevalier. Sus esperanzas de que él no la viera como a un trozo de carne en venta desaparecieron cuando añadió:

—Me gusta que las mujeres que me aman recuerden por qué lo hacen.

—Dudo que encuentres a alguna tan imbécil para amarte.

Ella intentaba controlar el dolor, la humillación y la rabia que le causaba. Abrió la boca dispuesta a soltar un par de palabras soeces y tan insultantes

como sus asquerosas insinuaciones. En cambio, el orgullo le impidió rebajarse hasta el lugar en el que se había colocado al aceptar su oferta y, sin decir nada más, se marchó. Gerard quería retenerla, disculparse por lo que le había dicho, pero se dio media vuelta y golpeó con fuerza la encimera de la cocina. André debería arreglarla; el mármol se había partido en dos.

—Lucien, ¿qué haces aquí? —preguntó irritado al apreciar su presencia.

—Gabriel viene hacia aquí. No tienes mucho tiempo. Los entretendré todo lo que pueda.

Gerard alcanzó a Alis en las escaleras. Ignoró las lágrimas que intentaba ocultar. La agarró del brazo y la arrastró, desoyendo sus protestas, hasta su habitación.

—¿Qué te has creído qué haces! Te dije que nunca me pusieras una mano encima. Lo de ayer fue un error, un terrible error que no volverá a repetirse.

—Tienes cinco minutos para hacer tu maleta. Ni uno más ni uno menos —dijo, dolido por sus palabras.

—¿Qué... ! —exclamó Alis indignada—. ¡Nuestro contrato era claro! ¡No había nada sexual! El beso de ayer fue producto del alcohol.

—¿No se trata de ningún contrato! —gritó también Gerard.

—¿Cómo no acepto acostarme contigo, piensas meterme en un avión de vuelta a casa? Me alegro de que lo hayamos dejado claro desde el principio, pero no pienso devolverte una libra —dijo ella, colocando los puños cerrados en las caderas—. ¿No creerías que jugaba a hacerme la inocente?

—¿Oh! ¡Cállate y haz esa jodida maleta!

Gerard no disponía de tiempo para dar explicaciones. Emitió tal bufido de rabia que Alis retrocedió un paso, pero no pudo preguntarle nada más porque se había alejado por el pasillo hasta adentrarse en su cuarto. Pateó la puerta furiosa y lo maldijo en todas las versiones idiomáticas que conocía. Si había aprendido alguna cosa a su lado era que conseguía salirse con la suya. Disponía de cinco minutos y habían pasado cuatro cuando lo oyó regresar a la habitación. Aprisa, cogió la maleta de Alis con una mano y a ella de la otra. Sin escuchar las protestas de la joven la metió en el coche y arrancó el motor. Alis clavó las uñas en el asiento por temor a morir en la carretera.

—¿Qué ocurre? —preguntó, asustada—. ¿Alguien quiere matarte? ¡Por qué tú solo vas a lograrlo! ¿Podrías conducir más despacio? —le pidió, aterrada.

Gerard disminuyó un poco la velocidad, pero no tanto como para tranquilizarla.

Alrededor del mediodía llegaron a una cabaña en medio de un bosque. La frondosidad de la vegetación apenas dejaba entrar la luz del sol. Se adentraron en un camino forestal que el todoterreno no tuvo ninguna dificultad de atravesar. A Alis no le agradaba la nueva situación. Saber que pasaría la noche a solas con Gerard la consternaba. De un vistazo comprendió que aquella cabaña destartada y casi en ruinas no le pertenecía.

—Hemos llegado —anunció él, bajándose del coche.

Alis permaneció un instante en el interior. «Debía ser peor de lo que había imaginado», pensó apesadumbrada.

—¿De quién es este sitio? —preguntó con curiosidad.

—¿Cómo has adivinado que no era mío?

—¡Por favor! —Lo miró de arriba abajo—. No es de tu estilo.

—Esta cabaña es de mi hermano —respondió con acritud.

—¿Qué hacemos aquí?

—Una vez te dije que era un monstruo. —Alis asintió con desconfianza—. Aquí podrás conocerlo.

La joven no entendía sus palabras, pero un brillo maligno en su mirada le recordó otras pronunciadas por su abuela: «Primero corre, luego pregunta». Y eso es lo que hizo. Alis huyó sin mirar atrás. Gerard suspiró, lanzó la maleta al suelo y la persiguió sin tregua entre aquella vegetación espesa que persistía en convertirse en un obstáculo para capturarla. A pesar de que Alis era buena corredora no tuvo problemas en atraparla. Se lanzó sobre ella y la tiró al suelo. La chica aterrizó contra un pequeño montículo de hierba húmeda. Le dolió más su orgullo que el golpe. El cuerpo de él presionaba el suyo y ambos quedaron inmóviles un instante. Dicha sensación resultaba tan emocionante que olvidó qué la había llevado a huir, concentrada en los latidos acelerados de su corazón y en la cercanía de su boca.

—¡Suéltame! —consiguió decir para romper el hechizo al que la sometía.

—Vamos —dijo, obedeciendo su petición. Le tendió la mano, en un gesto conciliador, para que se levantara—. No estoy de humor para estos juegos.

Alis agarró la mano que le tendía y tiró hacia ella. Eso lo desequilibró y Gerard aterrizó de bruces en el suelo. Él no tuvo tanta suerte y su suéter

negro se manchó de una sustancia pegajosa que no olía muy bien. La joven vio, en ese momento, la oportunidad para huir de nuevo.

Chevalier se puso en pie y se sacudió los pantalones con grandes manotazos. «Esa mujer era incansable», se dijo mientras sus pupilas se transformaban en un intenso color amarillo. Utilizó sus poderes angelicales y la interceptó antes de que llegara a la cabaña. En esta ocasión, no fue tan considerado y la alzó sobre los hombros, sin importarle que ese olor nauseabundo la dejara inconsciente. Una sonrisa malévola torció la comisura de sus labios al imaginar que así fuera.

—¡Cabrón de mierda! ¡Suéltame!

Alis pateaba con todas sus fuerzas. Él desoyó los improperios que voceaba, pero se vengó de sus insultos acariciando con la mano su trasero. Alis enmudeció un segundo para lanzar otra andanada de insultos dirigidos a todos sus ancestros.

—Si quieres que retire mi mano, compórtate. —Al mismo tiempo, abrió el candado de la puerta de la cabaña y la depositó en el suelo—. No digas ni un insulto más —le advirtió, señalándole con un dedo— o no seré responsable de mis actos.

Alis miró alrededor buscando un arma con la que defenderse, pero salvo una chimenea con un montón de leña quemada, un sillón desgastado con una tapicería de cuadros, una cama a cuyo cabecero le hacía falta una buena mano de pintura y una pequeña cocina sacada de una película del viejo oeste, no existía nada más en aquella confortable choza. Intentó dirigirse hacia la salida y Gerard la señaló con un dedo. Ella se detuvo y, con una rapidez que la sorprendió, salió y la encerró con llave. No sabía qué pensar sobre su extraño comportamiento. Por alguna razón, no temía a Gerard de Chevalier, sino a sus propias emociones.

En el exterior, el caído golpeó un árbol con los puños, este se derrumbó y arrastró consigo a otro en el camino al suelo. Nunca habría pensado que una humana lo trastornara de esa manera, ni siquiera Casandra lo había conseguido. Recogió las maletas y respiró hondo para enfrentarse a Alis Holstein. Al entrar, la encontró registrando los pocos cajones de la cocina. Con las prisas, olvidó la comida. Imaginó que a Alis no le haría ninguna gracia que le llevara una pieza de caza para desollar.

—Iré al pueblo a por provisiones y comida —le anunció, y añadió—: Tú te quedas aquí.

—¿No pensarás dejarme aquí encerrada? —En su tono de voz advirtió que estaba asustada.

—No pueden verte conmigo... sería peligroso.

—¡Peligroso para quién!

No entendía qué sucedía y esa sensación paranoica de Chevalier la irritaba. Gerard no contestó y soltó las maletas. El ruido sobresaltó a la joven. Alis comprendió sus intenciones y se lanzó, aprisa, hacia la salida, pero él fue mucho más rápido y la detuvo de nuevo. Ambos se enzarzaron en una pelea que terminó en la cama, donde el caído ató su muñeca a uno de los barrotes.

—Tardarás unos diez minutos en desatarte.

—¡Eres un bastardo!

Alis se quedó inmóvil al comprender qué le había dicho. Durante un instante, observó como una chispa de cólera atravesaba sus ojos. Le habían dolido sus palabras más de lo que nunca reconocería. En pago a su osadía la besó, con un beso posesivo, furioso, que la dejó sin resuello.

—Lo sé, me lo dicen mucho.

Gerard se puso en pie.

—No tardaré —dijo con un brillo victorioso en la mirada.

Alis, confundida por aquel beso, pateó el suelo de impotencia y deshizo el nudo de la cuerda con facilidad. Aprisa, intentó alcanzarle, pero no fue lo bastante rápida.

—¡Ábreme! —gritó, golpeando la puerta con los nudillos.

Nadie contestó a sus súplicas. Entonces, fue consciente de su terrible situación. Si no regresaba, iba a morir en esa asquerosa cabaña y nadie jamás la encontraría viva. Lo odiaba y si volvía a verle se lo haría pagar de una u otra forma. Se limpió las lágrimas con la manga de la sudadera y se fijó en las maletas. También había entrado la suya, quizá hubiera guardado una navaja de afeitar o cualquier otro utensilio que la ayudara a escapar. Se desilusionó enseguida; solo halló ropa de grandes y caros diseñadores. Una sonrisa torció sus labios dándole el aspecto de la malvada de un cuento. Cogió una de aquellas *preciosas, caras y exclusivas camisas* y se la puso encima de la ropa. De un vistazo advirtió la suciedad. Se dijo que emplearía el tiempo en una

ocupación mejor que en dejarse llevar por la histeria. La cabaña necesitaba una buena mano de limpieza y si pensaba tenerla encerrada allí mucho tiempo, al menos, no sería rodeada de polvo. Así que usó el resto de camisas como trapos. Unas tres horas más tarde, escuchó un coche detenerse en el exterior.

El caído entró con desconfianza, pero no hubiera imaginado en qué había invertido su encierro. Entonces, observó sus camisas y el diablo que desde niño le metía en tantos problemas tomó el control. Su proceder era una auténtica declaración de guerra.

—Aquí tienes estos víveres, mujer.

Dejó varias bolsas y se dirigió al exterior. Esta vez no la encerró, no era necesario. Alis no tenía ni idea de dónde estaba y no era tan estúpida para perderse en medio de la noche en aquel bosque. Gerard recogió una de las camisas y un pantalón que había usado para limpiar la chimenea. Media hora más tarde, apareció con el pelo mojado y vestido con dichas ropas.

—¡Qué porras quieres que haga con todas esas bolsas! —exclamó irritada.

—Mujer, quiero comer. —Si quería batallar, competiría con un digno oponente—. Tengo hambre.

—¡Me importa una mierda lo que tú tengas! —le gritó, restregándose las manos sucias en otra de sus *preciosas, elegantes y exclusivas camisas* en un acto de desafío estudiado.

Gerard avanzó hacia ella con una mirada turbia. Alis reculó un paso por el fulgor peligroso que veía en sus ojos dorados y su trasero chocó contra el fregadero. Su cálido aliento rozó su rostro y, pese a que no la tocaba, casi notaba sus brazos rodear su cintura. Alis clavó los ojos en los suyos y tragó saliva con dificultad.

—Tengo hambre, quiero comer y tú me harás la comida.

Ella alzó la barbilla e intentó disimular que su cercanía la intimidaba.

—Si no, ¿qué piensas hacer?

La joven no esperaba aquella reacción. Gerard la tomó por la cintura y la atrajo hacia él con fuerza. Su cuerpo se estrelló contra su torso y su respiración se aceleró.

—Si no, puedo comer otra cosa —dijo con una sonrisa que a Alis le recordó a un ente maligno—. Tú decides.

Sin más, la soltó y se alejó de ella. Su corazón latía tan deprisa que pensó que estaba muy cerca de un fallo cardíaco. No sabía qué le irritaba más, si que hubiera dado a entender que la besaría o que no lo hubiera hecho. Se retiró unos rizos de la frente de un manotazo. Ese gesto no pasó inadvertido para el ángel. Sus palabras no habían sido un juego. Habría deseado que ella se negara para hacer realidad todos sus ardientes pensamientos.

Una hora más tarde, Gerard contemplaba un plato con un guiso grasiento y medio crudo. No recordaba cuándo había comido por última vez. Al contrario que Denis, se alimentaba de la energía de los humanos y aquella masa grasienta de carne podría matarlo. Miró el plato con desconfianza. Alis había obedecido su orden y preparado la comida, también había omitido un pequeño detalle: debía ser comestible. Enarcó una ceja al observar que el plato de ella estaba vacío.

—Mujer, ¿no comes? —preguntó con una actitud arrogante.

—La compañía me ha quitado el apetito. Te recuerdo que en el contrato no se incluía ninguna cláusula que me obligue a comer contigo —respondió con una falsa cordialidad—. Pero te he preparado un plato típico de Anglesey.

Gerard no le daría el gusto de verle ceder y se tragó, apenas sin masticar, la carne.

—No sabía que cocinaras tan bien —dijo, e incluso rebañó con pan la salsa grasienta.

Alis había dejado la carne casi cruda; puesto más sal de la necesaria; una cantidad de pimienta que hubiera hecho saltar por los aires la cabaña si fuera pólvora y más salsa tabasco que ningún mexicano tomaría durante toda su vida. No obstante, se la había comido y juraría que no moriría durante la digestión.

—Necesito estirar las piernas —anunció, poniéndose en pie—. Espero ver todo limpio y ordenado al volver de mi paseo.

Alis le habría lanzado la olla a la cabeza, pero se contuvo y respondió:

—Gracias por informarme que he pasado a ser tu empleada de hogar.

—Mujer, he sido lo bastante generoso para que también te conviertas en mi amante. Pero podemos discutir tus nuevas funciones a mi regreso.

Alis enrojeció de rabia, se levantó como si su precioso trasero se sentara encima de ascuas encendidas. En el fregadero, masculló mil juramentos

mientras limpiaba los platos. Por su parte, a Gerard le urgía salir de allí antes de devolver sobre la mesa. Con pasos lentos, para disimular su estado, abandonó la cabaña. Cuando estaba unos metros alejado de ella, vomitó.

—Eres de lo más inoportuno —dijo a su hermano, limpiándose la boca con la manga de la camisa.

—¿Qué te ha hecho esa chica? —preguntó, y se echó a reír.

—No quiero hablar de ella —le dijo muy serio—. Ahora mismo soy capaz de matarla. Es irascible, insoportable, cabezota y...

—¿Qué? —le preguntó Lucien, apoyado en uno de los árboles.

—No me teme. Es una sensación extraña cuando alguien te trata como a un igual. Te juro que es perturbador.

Lucien creía que le ocultaba algo más, pero no fue capaz de decirlo porque los gritos de Alis alertaron a los dos.

—¡Lucien! ¡No! —le pidió—. No quiero que te vea.

Gerard entró en la cabaña y se encontró a Alis encima de una silla. No entendía que una chica que se enfrentaba a los perdidos sin dudarle, se asustara de unas arañas.

—¡Sácalas! ¡Por favor! ¡Sácalas!

Empezó a reír hasta que ella lo fulminó con la mirada. Capturó a las arañas y salió de nuevo dónde lo esperaba su hermano.

—¿Todo bien? —Lucien aguardaba en el exterior dispuesto a ayudarlo.

—Sí —contestó con una enigmática sonrisa y le mostró a sus prisioneras—. Me he convertido en un héroe.

Lucien golpeó el hombro de su hermano y desapareció.

Gerard ayudó a Alis a bajar de la silla. Después de un día como el que había vivido, se veía cansada y tan alterada que había montado aquella escena por culpa de unos arácnidos.

—Mujer, no tengas miedo.

—¡Dios! No me llames mujer y... ¿seguro que no hay más? —preguntó sin dejar de buscar nuevas visitantes con la mirada.

—Ninguna más —supuso que una ducha la relajaría, así que le propuso—: ¿Quieres bañarte? —En su rostro se leía que dudaba aceptar por si la visitaban más insectos—. Puedo revisar el baño para asegurarnos de que no hay más arañas —le sugirió ante su indecisión.

—Gracias —dijo Alis, con una gran dosis de culpabilidad por obligarlo a comer una cena tan aborrecible.

—Mujer, para eso está el hombre de la casa. —Le dio la espalda y sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

—¡Deja de llamarme mujer! ¡Pareces un Neandertal! —gritó fuera de sí Alis—. ¡No soy tu mujer! —aclaró a punto de estallar.

Gerard pensó que esa cuestión ya se arreglaría y, con un sentimiento de felicidad desconocido para él, se dirigió a la letrina que había construido su hermano a modo de baño.

Una mala idea

«Cuando la confesión no es espontánea ni impuesta por algún imperativo interior, se la arranca; se la descubre en el alma o se la arranca al cuerpo».

Michel Foucault

Gerard se había tumbado en la cama. Su pelo castaño, con algunas vetas más doradas, le otorgaba un aspecto inofensivo, incluso infantil al mostrar una falsa inocencia. Sin poder evitarlo alargó la mano para acariciarlo. A medio camino, se detuvo, enfadada consigo misma por engañarse de aquella manera. Se obligó a repetir una y otra vez como un mantra que era un egoísta, egocéntrico y un bruto. No reprimió la sonrisa que surgió en sus labios al pensar que junto a él su vida era muy diferente. Pese a su falta de consideración, estar a su lado resultaba excitante, la hacía sentirse viva. Cuando terminaran esas dos semanas, Alis regresaría a Anglesey, a su vida de siempre, a la rutina de siempre y a la soledad de siempre. Se dijo que para él ni siquiera supondría un recuerdo. Lanzó un suspiro y se sentó en la cama.

—Acuéstate —dijo Gerard con una voz cargada de preocupación—. Te prometo que no te rozaré ni un cabello —le dijo con un tono burlesco.

—No tengo sueño —se excusó ella.

Él no la tocaría, pero no estaba tan segura de que ella no lo hiciera. A pesar de toda aquella desagradable situación, reconoció que se sentía atraída por su magnetismo. Se regañó ante la idea de que su cuerpo reclamara su cercanía, pero no podía olvidar cómo la había tratado antes de marcharse de Reims.

—Ha sido un día largo, deberías dormir —insistió él.

—¿Por qué estamos aquí?

Gerard no podía responder a esa pregunta y, para no hacer frente a su mirada, colocó el brazo bajo la nuca y fijó los ojos en el techo.

—No está relacionado contigo.

—No confías en nadie, ¿verdad?

Durante un instante él no contestó. Luego las palabras surgieron de su boca con facilidad como nunca le había sucedido antes.

—Todos me defraudan tarde o temprano. Aprendí pronto que era mejor no confiar en nadie salvo en uno mismo.

—¿Lo aprendiste cuando eras un niño?

Los ojos de Gerard se clavaron en ella. Su rostro no mostraba lástima ni compasión, solo comprensión y ternura. Alis Holstein era un alma pura, cualquiera podía verlo solo con mirarla.

—No tuve una infancia fácil, si te refieres a eso.

—Algo me contó Rose.

—Ya veo que esa mujer no sabe tener la boca cerrada.

—¡No te enfades con ella! Solo me contó que...

Alis dudó, no estaba segura de cómo se tomaría sus palabras.

—... que era un bastardo y mi padre un monstruo que me pegaba un día sí y otro también. Ni siquiera mis hermanos han entendido alguna vez el odio que sentía o la soledad.

—Solo eras un niño y ellos también. El odio solo genera más odio.

—¿No pensarás darme la típica charla de grupo de autoestima?

Alis esbozó una sonrisa.

—No se me ocurriría.

—Te lo agradezco, mi hermano Lucien, el dueño de esta cabaña, también ha intentado que olvide todo ese rencor. Pero Alis, ese rencor es lo único que me hace seguir adelante, lo único que me permite enfrentarme cada día a mis monstruos.

Pronunció aquellas palabras con tanto dolor que la joven sujetó sus manos en un intento de consolarle.

—Gerard, yo...

—Alis, no me tengas lástima, usa tus buenas intenciones con alguien mejor que yo.

Se dio la vuelta y se dispuso a dormir. No soportaría ver la lástima en los ojos de ella. Quería ver deseo y lujuria, pasión y gozo en su mirada, no que le hiciera sentir como un animal herido merecedor de su compasión. Desde que

creyó amar a Casandra no se había permitido ninguna otra emoción, solo el vacío más absoluto. Pero ni siquiera ella rellenó ese hueco profundo y oscuro que anidaba en su pecho desde niño. En cambio, Alis derribaba sus barreras, y colmaba esa punzante emoción con su presencia. Eso lo desconcertaba. Temía confiar de nuevo y ser traicionado, relegado a ese oscuro lugar donde habitaban solo los monstruos; en esta ocasión, no podría aguantarlo.

Entretanto, la joven no se movió. Quería hablar con él, mostrarle que ella era de fiar, pero al ver cómo se cubría la cabeza con la manta, no pronunció una palabra. Alis se preguntó cuánto daño le habían hecho para ocultar sus sentimientos de aquella manera. Odió al padre de Gerard con toda su alma.

Gerard se sentía indefenso ante Alis. Sin embargo, nada de lo que le dijera borraría el hecho de que él era un monstruo y ella, bueno, ella era lo único que lo convertía en un hombre.

Al día siguiente, Alis abrió los ojos y se ruborizó al ver cómo había pasado la noche. Después de que Gerard se tapara con las mantas ella se acostó a su lado. Durante la noche los brazos de él la rodearon y su cuerpo se acomodó al de Chevalier. Despertar de aquella forma la hizo querer enamorarse. Se dijo que sería bonito contar con alguien en su vida. Nunca se había parado a pensar en ello. No tenía tiempo entre el trabajo, su madre, las facturas y los estudios. Desde luego, los chicos no habían sido su prioridad.

—¿Estás despierta? —preguntó Gerard.

—Sí. —Alis quiso levantarse, pero él la retuvo.

—Es pronto —dijo, y la acercó aún más a su cuerpo.

El aroma de Gerard era penetrante, incitaba a dejarse llevar y a entregarse al deseo. El latido pausado de su corazón era una música relajante que provocó en Alis un efecto apaciguador. Gerard apoyaba la barbilla sobre su cabeza. Él aspiró el aroma a cítricos de su pelo, la suavidad de esos mechones rizados que deseaba tocar se impuso a cualquier otro pensamiento.

—Deberíamos levantarnos —sugirió ella.

—Solo un poco más —ronroneó él como un gato meloso—. Te prometo que después cortaré leña, cazaré un animal al que despellejaré antes de dártelo y me comeré otra ración de tu plato típico de Anglesey —terminó por bromear.

Alis le dio un pequeño codazo ante su comentario. Cuando actuaba así, sin

esa arrogancia ni despotismo, tratándola como a un igual, resultaba encantador. Un hombre del que una mujer como ella podría enamorarse. Enrojeció ante dicho pensamiento y lo relegó al fondo de su mente. Eso sería otro problema que añadir a los que ya tenía.

—Necesito un café y tú una ducha —le recordó al ver con la ropa que se había acostado.

—También necesito un beso —se atrevió a decir Gerard.

El silencio se extendió con solemnidad entre ellos. Gerard alzó el rostro de la muchacha con uno de sus dedos. Sus ojos eran un pozo en el que le gustaría zambullirse. Alis lo miró con una intensidad que le cortó la respiración, sin embargo, su corazón se aceleró cuando ella posó sus labios en los suyos. Fue un instante, un leve roce que le colmó de felicidad.

—Gracias —dijo él.

Golpeó con un dedo su nariz y la empujó levemente para que saliera de la cama.

Alis, aturdida, obedeció. En cierta manera ella hubiera deseado mucho más, pero quizá era mejor no jugar con aquel monstruo en una cabaña perdida en medio de un bosque. Lo miró de reojo, sus movimientos eran hipnóticos. Se quitó la camisa. Un tatuaje de una serpiente en el brazo llamó su atención. Durante un segundo creyó que el tatuaje cobraba vida, pero sus ojos se fijaron en las cicatrices que atravesaban su pecho y espalda. Alis contuvo la respiración. ¿Cómo le habían infligido tanto daño?

—Ahora me daré esa ducha.

Ella asintió y vio cómo se dirigía a la letrina. En compensación por liberarla de las arañas le prepararían un buen desayuno. Buscó entre los armarios de la cocina y encontró un par de cuencos que llenó con cereales e hizo café. Una hora más tarde, Gerard no había regresado. Lo buscó en la letrina y salvo sus zapatos no había rastro de él. Gerard no se hubiera ido sin el móvil ni la cartera, sin las llaves del todoterreno y quería creer que sin ella tampoco. Se sentó delante del desayuno que nadie probaría y pensó en lo sucedido en los últimos días. Se preguntaba una y otra vez qué le impedía huir, la respuesta era sencilla y aterradora. No podía escapar sin saber qué le había sucedido. Las horas pasaron con lentitud y alrededor del mediodía, escuchó unos pasos acercarse. Sus sentimientos eran contradictorios. Quería lanzarse a sus

brazos, agradecida de que hubiera vuelto, incapaz de comprender qué había hecho durante tanto tiempo, pero también le habría dado una bofetada por aquella espera agónica. Disimuló su enfado y alivio fregando los platos del desayuno.

—Ya era hora, creí que habías construido un baño nuevo. Si pensabas... — Alis enmudeció al girarse.

No se trataba de Gerard, sino del pelirrojo que conoció en la boda de Tom. Su consternación aumentó al comprobar que la chica que lo acompañaba, de apenas diecisiete años, vestida con unos ceñidos pantalones negros, era la propietaria de una enorme sombra que se apoyada en sus hombros con ganas de lanzarse sobre ella. Su compañero, un chico con sobrepeso que mostraba las señales de un resistente acné, poseía una sombra menos aterradora. Ambos arrastraban a Gerard. Le habían golpeado hasta dejarlo inconsciente.

—¿Jugando a las casitas? —preguntó el pelirrojo con sorna a escasos centímetros de Alis.

—¿Dónde dejamos a esta escoria? —intervino su compañera, cuya sombra se impacientaba.

—Joy, te he dicho muchas veces que no interrumpas a los mayores —le regañó el pelirrojo.

La joven agachó la cabeza molesta.

—Damián, deberíamos atar a este bastardo antes de que despierte —sugirió el muchacho que los acompañaba.

—Es una estupenda idea. —Damián la miró—. Dudo que a él le guste nuestra compañía y la falta de comodidad.

Esteban y Joy sentaron a Gerard en una de las sillas. Alis quiso comprobar que se encontraba bien, pero Damián la retuvo del brazo.

—Quiero que vengas conmigo.

—¡Estás loco si crees que voy a acompañarte!

Damián apretó con más fuerza su brazo.

—De acuerdo... —la amenazó. La soltó y se miró las uñas con desgana—. Joy desea alimentarse y Esteban, bueno, que no te engañe su apariencia. Es un sádico con la navaja.

La muchacha pateó el pecho de Gerard con sus botas de hebillas metálicas. Alis se lanzó a ayudarlo y Esteban cerró sus enormes manazas alrededor de

su cuerpo. La presión del abrazo le impedía respirar; derrotada, aceptó que para sobrevivir debía acompañar a ese monstruo.

—¡Basta! —gritó Alis—. ¡Te acompañaré! —exclamó con dificultad—. Ordena a tus matones que no le hagan daño —dijo, tomando una bocanada de aire para recuperar el aliento.

—¡Chicos! Ya la habéis oído, pero si nuestra pequeña amiga no colabora, tenéis permiso para divertirlos.

—¿Cómo sé que cumplirás tu palabra? —preguntó Alis sin confiar en él.

—No lo sabes —dijo, y apoyó la espalda en la puerta en una actitud despreocupada, luego se dirigió a Esteban—: Convéncela de que es el mejor trato que va a conseguir.

El chico torció los labios en un amago de sonrisa. A Alis le dolían las costillas, y jamás volvería a dejar que ese perdido se le acercara. Miró por última vez a Gerard y salió de la cabaña. Su corazón sufría por su suerte y se juró que si ese demonio le hacía daño, ella misma lo enviaría al infierno.

Después de conducir durante más de cuatro horas, llegaron al centro de París. Durante ese tiempo Damián no se había detenido en todo el trayecto. Era casi medianoche y no tenía ni idea de adónde la llevaba. El pelirrojo estacionó el coche junto a un parque en una calle céntrica. Los edificios eran centenarios y muchos necesitaban ser restaurados. Damián la agarró del brazo para ayudarla a bajar, también le recordó que si intentaba escapar ordenaría a Joy que torturara a Gerard. Alis siguió sus pasos en silencio. Se fijó que la mayoría de los bajos de los edificios tenían pintadas. Abrió la puerta de uno de ellos y el olor a humedad y moho le dio la bienvenida al entrar. Una escalera, de altos peldaños de madera con una barandilla de hierro forjado de elaborados dibujos, demostraba que en algún momento de su existencia aquel edificio centenario había vivido mejores épocas. También vio carteles anunciando cotillones de Nochevieja.

—¡Sube! —le ordenó Damián.

Alis notaba sus ojos clavados en la espalda, mientras ascendía por la

escalera en forma de caracol hasta la planta superior. El perdido la obligó a detenerse ante una puerta marrón con una enorme mirilla ovalada de bronce, la abrió y la empujó al interior. Era consciente del grave error que había cometido al acompañarlo. Durante el viaje tuvo tiempo de estudiarlo con detalle. Damián era un tipo alto y musculoso. No dispondría de muchas posibilidades de sorprenderle una segunda vez. La condujo hasta una habitación donde habían instalado un ordenador sobre una mesa. Un mareante papel sesentero, con dibujos psicodélicos de un estridente color naranja, aparecía arrancado en varias zonas de las paredes y todo lo dominaba un fuerte olor a enfermedad y falta de ventilación. Hacía frío y a Alis le castañearon los dientes. De un golpe la sentó en una silla y le ató las manos con cinta aislante a la espalda.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, intentando mantener la calma. A pesar de la situación, no dejaba de pensar en Gerard y en si se encontraba bien.

—Deja de preocuparte por ese bastardo —dijo su secuestrador al leer sus pensamientos. Damián acarició con un dedo el rostro de Alis—. Yo me preocuparía por mí.

—¡No me toques! —exclamó ella, y se retiró todo lo que pudo de sus manos.

Damián tiró de su pelo, luego, la besó con fuerza. En respuesta, Alis le escupió. Él se limpió el rostro mientras la miraba con una sonrisa que motivó que la joven temblara y, esta vez, no por el frío.

—No te lo tendré en cuenta, ya que tenemos mucho tiempo para conocernos. —Damián encendió el ordenador y aparecieron varias fotografías—. Primero, trabajaremos; después, nos divertiremos. Y te aseguro, princesa, que no vas a disfrutar.

Alis ignoraba a qué se refería con lo de trabajar. Las imágenes eran de varias personas realizando diferentes tareas ordinarias: llevaban niños al colegio, eran empleados de banco, profesores o médicos.

—¿Y bien? —preguntó el perdido con cierta ansiedad en la mirada.

—¿Bien, qué?

—¿Alguno de ellos es un ángel?

Alis abrió los ojos al comprender al fin qué pretendía de ella, quería que identificara a los ángeles para matarlos. De esa forma se convertiría en el

arma de uno de esos bandos.

—Ninguno de ellos.

Damián de un puntapié empujó la silla y cayó al suelo. El golpe le dislocó un hombro y gritó de dolor.

—Esto solo será el principio si no colaboras.

Alis respiraba con dificultad. El hombro le causaba un sufrimiento punzante que Damián aumentó al agarrarla por los brazos. Después, quedó temblorosa y sin fuerzas.

—Princesa, podemos hacerlo fácil o muy difícil. —La agarró de la barbilla y la obligó a que lo mirara—. ¿Empezamos otra vez?

El perdido pulsó unas teclas en el ordenador y le mostró nuevas imágenes. Alis identificó a dos ángeles, tres caídos y dos perdidos. Delataría a las sombras, al menos, eso le daría tiempo para que alguien la ayudara. La verdad es que nadie acudiría a salvarla y ante aquella realidad solo quería estar en los brazos del arrogante señor Chevalier.

Entretanto, Gerard había despertado. A pesar del dolor de cabeza recordaba que le habían atrapado en la letrina antes de quitarse los pantalones. De un vistazo comprobó que Alis no se encontraba en el interior de la cabaña, tampoco ese malnacido de Damián. Permaneció inmóvil para que los dos esbirros del perdido no descubrieran que estaba consciente. Enseguida se comunicó mentalmente con Lucien. Su hermano apareció como si fuera un mago y la cabaña un escenario en el que representar su truco de ilusionismo. Igual que un depredador, atacó al chico, su cuello emitió un chasquido y el ruido le advirtió que había muerto. La chica se movió con una rapidez impresionante, incluso para el experimentado Lucien, y se colocó tras Gerard. Amenazaba con cortarle el cuello con un puñal de fuego que habría robado a un ángel.

—No es buena idea —le aconsejó el caído.

—Si te acercas, mataré a tu hermano —le amenazó.

—No la escuches. —Gerard lo miró enojado—. ¡Olvídate de mí y busca a

Alis!

—No imaginas qué le hará Damián a esa zorra.

Joy emitió una horrenda carcajada. Gerard hubiera destrozado a esa cría, pero solo ella conocía dónde se ocultaba esa escoria.

—¿Damián prefiere divertirse con una humana antes que contigo? —insinuó Lucien con un tono de voz malvado—. No te quiere mucho.

—¡No digas estupideces! —contestó furiosa la perdida. No hacía mucho que se había convertido y le costaba controlar la voracidad de su sombra—. Damián y yo somos inseparables.

—Ya lo veo. —Lucien se apoyó en la pared y cruzó los brazos sobre el pecho—. Se va con la chica guapa y a ti te deja con este tío.

—Es trabajo —argumentó Joy.

—Si es lo que quieres creer. —A Gerard no le gustaría lo que iba a decir, pero no tenían tiempo y no andaría con sutilezas—. ¿Sabes a lo que se dedica Alis?

—¿Eso qué tiene que ver con Damián?

—Creía que los perdidos no eran tan estúpidos. —Lucien apreció en la actitud belicosa de Joy que sus dardos envenenados habían acertado en la diana—. Alis es una prostituta. Es guapa y sabe qué decir para dominar la voluntad. Quien está en peligro no es ella, sino tu querido Damián. —Lucien observó la mirada sanguinaria de su hermano. Ignoró sus ganas de destrozarlo y continuó hablando—: Pregúntale a Gerard.

—¿Es verdad?

—Sí —gruñó—. Así se gana la vida. A mí me ha sacado suficiente para pagarse la universidad.

La joven sombra apenas contenía la furia al comprender que quizá su amado Damián la había utilizado para poseer a esa humana.

—En la *Via Rue* número 12, apartamento 3.

Joy no pudo decir nada más. Lucien la estrelló contra la pared dejándola inconsciente.

—¡Date prisa! —gritó Gerard al ver cómo se preparaba para asestar un golpe mortal a la perdida.

Ante la agitación de su hermano, Lucien olvidó a la chica y desató a Gerard. Dos segundos más tarde, ambos aparecieron cerca de un parque

frente al edificio número 12.

—Gerard —dijo Lucien, y lo sujetó del brazo—. Si quieres liberarla, mantén la cabeza fría.

El caído no podía prometer tal cosa. Si Damián la había tocado, nada le haría cumplir dicha promesa. Los dos se presentaron en el salón del apartamento tres. En la penumbra, Gerard divisó a Alis atada a una silla, su cabeza descansaba sobre el pecho y su melena de rizos negros le cubría el rostro. Su inmovilidad le alarmó y temió lo peor.

—Aún está viva, ocúpate de ella. Vigilaré por si aparecen Damián o Gabriel —dijo Lucien al apreciar la angustia en el rostro de su hermano.

Gerard se acercó con cautela por temor a que Damián hubiera preparado alguna trampa.

—¡Alis! —Le desató las ataduras de los brazos—. ¡Por favor! Háblame —rogó desesperado.

Jamás había implorado a Dios ni siquiera cuando luchaba en las más sangrientas batallas. Sin embargo, rezó con tanta aflicción que su corazón casi se partió apesadumbrado. Lucien nunca lo había visto tan preocupado por alguien en toda su vida. A la mujer la habían golpeado y exhibía una palidez cadavérica. Tenía los labios amoratados y unas profundas ojeras negras marcaban sus mejillas. Su hermano tomó la cabeza de Alis entre las manos y le retiró los rizos de la cara con delicadeza, temeroso de hacerle daño.

—¡Alis! —gritó Gerard aterrado. Por primera vez en su vida, tenía miedo. Miedo de que Alis no despertara.

La joven entreabrió los ojos y el dolor apareció reflejado en su rostro.

—¡Mi brazo! —musitó sin fuerzas.

Lucien se aproximó a ellos y Alis al verle, gritó:

—¡Es un monstruo!

—Cálmate —le pidió Gerard. Cuando dijera su parentesco, ella comprendería la verdad, pero había llegado el momento de confesarle quién era—. Es mi hermano.

La cruda realidad

«La única verdad es la realidad».

Aristóteles

Gerard recordó otro instante, uno que significó mucho para él. El día que le confesó a Casandra quién era. Al igual que aquel día, esperaba que Alis lo aborreciera y se alejara de él, pero jamás hubiera imaginado que lo abofeteara.

—Nunca. ¿Has entendido? Me mientas —terminó por decir mientras lanzaba fuego por los ojos. Luego, perdió la consciencia.

—Esta chica te costará más de un disgusto —dijo Lucien, conteniendo la risa.

Gerard, sorprendido y feliz, abrazó a Alis con mucho cuidado y los tres aparecieron en un hospital.

—No puedes dejarla aquí —le advirtió Lucien—. Gabriel no anda muy lejos y la próxima vez no tendrás tanta suerte.

—Deben curarle el brazo. Después, me la llevaré a un lugar seguro.

—¿Adónde irás?

—A casa de Denis. Está alejada y pocos conocen su existencia.

—Cuídate, hermano. —Le abrazó Lucien y con burla en la voz antes de desaparecer, añadió—: Temo por ti, más que por ella.

El parte médico consiguió que Gerard apretara los dientes. Si tenía la oportunidad de coincidir con Damián, ese perdido pagaría muy caro cada golpe. Alis tenía el brazo dislocado, contusiones en las costillas y varios hematomas en los brazos y en el rostro.

—¿Dónde estoy? —preguntó Alis al abrir los ojos, y quedar cegada por la luz fluorescente del techo.

—¡No te muevas! —Gerard se acercó a la cama—. Has tenido un accidente y estás en el hospital —mintió.

Había instalado ese pensamiento en todos los médicos y enfermeras que la trataban.

—¿Un accidente? —Su último pensamiento la situaba en una habitación con un pelirrojo no en la carretera—. ¿Cómo sucedió?

—Te subiste a mi moto, un animal se cruzó en la carretera y derrapé —mintió Gerard.

Se comportaba como un cobarde, pero no tenía el valor de enfrentarse a su rechazo. El breve espacio de tiempo en que pensó que había muerto comprendió que lo que sintió por Casandra era un simple enamoramiento, una sombra de amor, una ilusión pasajera. Alis era mucho más. Ella era el fuego que prendía en su interior y que amenazaba con abrasarlo. No sabía cómo lidiar con las emociones que había padecido cuando la vio en aquel estado. Habría arrasado aquella ciudad solo para cazar a ese bastardo que la había herido. Esbozó una sonrisa triste al darse cuenta de que aguantaría su propio sufrimiento sin emitir una queja, pero se comportaba como un niño asustado ante el de ella. Alis se removió y emitió un leve quejido. Gerard juró que haría cualquier cosa por protegerla. Empezó por borrar los recuerdos de los últimos dos días referentes a Damián o su confesión.

—Lo siento —dijo, tan arrepentido que no se atrevía a mirarla a la cara.

—¿Tú estás bien? —preguntó.

—Sí, he tenido mejor suerte.

Alis se incorporó para asegurarse de que sus palabras no ocultaban una mentira. Se relajó al comprobar que no parecía herido.

—No puedo pagar todo esto —confesó, preocupada.

—Tranquila, yo me haré cargo de todos los gastos médicos. Solo debes descansar y recuperarte.

Un médico interrumpió la conversación. El diagnóstico los alegró. Alis podría abandonar el hospital al día siguiente. Cuando el doctor los dejó a solas, la joven se escondió bajo una coraza de silencio. Tenía la extraña sensación de que había ocurrido un hecho transcendental en su vida, y no recordarlo la atormentaba.

Gerard la ayudó a sentarse en una silla de ruedas y la llevó hasta el coche. Entre ambos levantaron un muro silencioso que Alis no podía soportar. Sus pensamientos se entremezclaban con sus sentimientos; un cóctel Molotov dispuesto a explotar en cualquier momento. Quería lanzarse a sus brazos. Por alguna razón que desconocía, Gerard la liberaba del terror que siempre había sufrido a causa de su don. Sabía muy bien que se trataba de un hombre inalcanzable. Tan solo seguía a su lado porque se creía culpable del accidente de tráfico. Durante todo el trayecto, continuó callada y él siguió su ejemplo.

Gerard la miró de reojo y comprendió que Alis era un problema, un grave problema para todo el mundo. Nunca había amado de esa manera a ninguna mujer, incluida Casandra. Se concentró en la carretera y juró que cambiaría lo suficiente para que ella no lo viera como a uno de sus monstruos. No dejaban de resonar en su mente las palabras de Alis al confesarle quién era, se aferraba a ellas como a un talismán. La idea de que recobrarla la cordura y huyera de él le atemorizaba. A lo largo de su existencia siempre lo habían rechazado por su nacimiento, después por su condición de inmortal y, sobre todo, por su carácter. Alis lo aceptaba sin más, en cada una de esas facetas. Su calidez aumentaba su amor por ella y reconoció que, si algún día lo apartaba de su lado, nada impediría que se transformara en el monstruo que no podía ver.

—Hemos llegado —anunció Gerard con un tono de derrotismo en la voz.

Alis abrió los ojos y contempló una casa de piedra gris, austera y carente de adornos, rodeada de un jardín con árboles centenarios. Rose la esperaba en la puerta, la abrazó y la condujo despacio hasta una de las habitaciones. Esta vez, se trataba de un cuarto con muebles funcionales y modernos. Rose la ayudó a desnudarse y la acostó. Antes, llamó a la enfermera que cuidaba a su madre para confirmar que todo estaba en orden.

—Necesitas descansar —ordenó cuando la chica colgó el teléfono, con una autoridad que no permitía ser desobedecida.

La mujer salió de la habitación y Alis fijó la vista en el techo. Pronto sería el día de Reyes Magos y sintió que su tiempo se acababa junto a un hombre que la desconcertaba. A veces tenía la impresión de que le ocultaba un hecho

importante. Le dolía la cabeza y se tomó un par de analgésicos. Al final, tras varias vueltas en la cama se durmió con un sueño intranquilo que desencadenó en una pesadilla. Estaba prisionera de una sombra, el miedo le impedía respirar y gritó el nombre de Gerard. Él era lo único que le hacía sentirse segura.

—Tranquila —susurró Gerard, acariciando su rostro.

Rodeó su cuerpo con los brazos y poco a poco dejó de llorar para emitir unos sollozos intermitentes que él calmó con suaves caricias en la espalda. Verla en ese estado le rompía el alma, si es que hubiera poseído alguna.

—Debo estar horrible —admitió ella con una triste sonrisa, cuando él le alzó el mentón y la miró a los ojos.

Gerard negó sus palabras con un lento movimiento de la cabeza. Esa mujer ignoraba que había visto en sus ojos el amor que le profesaba, un amor que ella no se atrevía a confesar y que él no podía consentir. Alis esbozó una sonrisa cargada de ternura ante la intensa mirada de Gerard. Él conservaría para siempre ese instante en la memoria y habría entregado gustoso sus alas a don Ángelo o a Gabriel por borrar sus pesadillas. Lo habían despertado sus gritos. El pánico a que fuera atacada lo llevó a acudir a su dormitorio sin ponerse los pantalones. Después de matar a un inmune, necesitaba dormir, un inconveniente con el que no había contado durante sus quinientos años de existencia. Aún no había perdido las alas, pero las plumas se volvían grises y más débiles cada día. Se preguntaba con cuánto tiempo contaría antes de perderlas.

Cuando logró tranquilizarse, Alis observó una enorme cicatriz en el costado de Gerard. Le costó mucho no preguntar cómo se la había hecho y temió que fuera producto del maltrato infantil que había sufrido. Había algunas más pequeñas y maldijo al hombre que se las había infligido. Gerard podía leer con facilidad qué pensaba, pero era mejor que creyera que todas aquellas heridas eran consecuencia de su infancia a restos de batallas celestiales que Gerard ya había olvidado.

La joven recorrió con la yema de los dedos una de sus viejas heridas y los músculos de Gerard se tensaron por el leve contacto. Irradiaba tal atracción sobre ella que pensó que sacrificaría todo y acataría su voluntad sin dudar. Quería que la besara, igual que la noche de la fiesta. Sus labios le habían

mostrado que el mundo estaba repleto de colores. Colocó la mano en su cuello y sus dedos se enredaron en el cabello de su nuca. Gerard respiraba con dificultad, resistiéndose con todas sus fuerzas a poseer esa boca que anhelaba con todo su ser. En vez de dejarse llevar por lo que deseaba, como hubiera hecho con cualquier otra, tomó sus brazos y los depositó sobre su regazo.

—Es tarde, deberías descansar —le aconsejó—. Me quedaré hasta que te duermas por si tienes otra pesadilla.

—Gracias, no será necesario —contestó, dolida por el rechazo—. Si no te importa, prefiero estar sola.

Gerard advirtió el dolor en su mirada. Invirtió todo su autocontrol para no estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que comprendiera que la necesitaba a su lado. El caído se marchó en silencio, pero antes de cerrar la puerta se giró para mirarla una vez más. En la oscuridad, Alis vio cómo los ojos de Gerard brillaban con un terrible fulgor amarillo.

Hasta dos días más tarde, Alis no abandonó el cuarto con la única intención de no encontrarse con Gerard. De nuevo la había rechazado y su orgullo se sentía lastimado. Por su parte, el caído agradecía su comportamiento. No sería capaz de no aceptar una segunda vez una oferta de aquella magnitud. Nunca se comportó como un caballero, ni pretendió nunca serlo, pero había jurado no destrozar la vida de Alis. Se comunicaban a través de Rose. Gerard se conformaba con saber que estaba segura y se recuperaba de las heridas.

Esa tarde ya había tomado tres copas de *whisky* de Killarney cuando Lucien apareció en su habitación. Había sufrido algunas heridas que no paraban de sangrar.

—¡Maldita sea, hermano! ¿No podrías entrar por la puerta? —le recriminó Gerard, malhumorado—. Así no me mancharías las alfombras de sangre.

—Veo que no estamos de buen humor. —Lucien le puso una mano en el hombro—. ¿Cómo está?

—Sus heridas curan bien —contestó con sequedad.

—¿Y?

Gerard se movió inquieto en la habitación, cargada de retratos de santos en pleno martirio. A Lucien aquel cuarto le parecía oscuro y opresivo. Su hermano le dio una toalla que sacó de un cajón del armario para que se

limpiara. Su silencio le advirtió de que no se encontraba bien. Entonces, comprendió sin necesidad de explicaciones que había borrado la memoria de Alis.

—No recuerda nada, me he encargado de que así sea —afirmó ante la pregunta no pronunciada de Lucien.

—Gerard... —terminó al fin por hablar—: No recordará a Damián y eso puede ser peligroso para ella.

—Apenas puede dormir. Tiene pesadillas terribles de esos días incluso sin recordar qué sucedió y, según Rose, no quiere comer.

—¿Estás seguro de que todo es por Damián? —preguntó Lucien con prudencia, ante el desconocimiento que dominaba a Gerard.

—¿A qué te refieres?

—He visto cómo te mira y... —se interrumpió. Ambos detectaron la presencia de la joven al otro lado de la puerta.

Unos minutos antes, Alis se había acercado a la habitación de Gerard, donde creyó oír voces. Ignoraba a quién pertenecía la segunda, pero sí escuchó con nitidez cómo Gerard contestaba a su visita.

—¡No seas estúpido! Alis no es nada para mí. Es una pueblerina con una cara bonita a la que he pagado una pasta para que me acompañe durante unas semanas. Estoy dispuesto a darle el doble, si es cariñosa conmigo cuando se recupere. —Gerard atravesó con la mirada a Lucien para que no interviniera—. Ya me entiendes. Luego, podrás disfrutar de ella. Por lo que he visto no me defraudará ni a ti tampoco. No dejaré que otro gane el trofeo, si puedo pagarlo.

Había sido una necia al pensar que podía sentir el más mínimo sentimiento por ella. Se dirigió a su habitación mientras intentaba no hundirse en la desesperación. Le quedaba una semana de contrato, cumpliría con lo estipulado y regresaría a casa, aunque nada uniría los trozos de su corazón roto. Ahora, entendía que un mundo los separaba y él se lo había demostrado con aquellas palabras.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Lucien al advertir que Alis ya no los escuchaba.

—Déjame solo, por favor —le pidió Gerard. El caído le dio la espalda. Deseaba enfrentarse al mundo, pelear para expulsar la rabia, el dolor y la

impotencia que habitaban su interior. Si Lucien permanecía más tiempo en su compañía, se convertiría en su diana y, en esa ocasión, no ganaría la pelea—. Si alguna vez me consideraste un hermano, hoy es el momento de demostrarlo. Nos veremos dentro de dos horas. Te ayudaré con esos perdidos que nos siguen los pasos. Necesito pelear y esta noche seré tu mejor guerrero.

—Gerard...

—Por favor, quiero estar solo —le interrumpió.

Lucien desapareció del cuarto. Gerard había pronunciado aquellas palabras consciente de que Alis lo escuchaba. Era su modo de protegerla. Le había proporcionado la posibilidad de tener una vida, una familia y un hombre a su lado. Al pensar en ello, su cuerpo se tensó al imaginarla en otros brazos. Casandra había alimentado los deseos de arrebatar a Denis su más preciada posesión, en cambio, Sara fue tan solo un medio para dañarlo. Pero Alis se había adueñado de su corazón. No la condenaría a una existencia junto a él. La dejaría libre, y la única manera de lograrlo consistía en ser tan despreciable a sus ojos que no soportara siquiera oír su nombre. Disponía de muy poco tiempo para conseguir que lo odiara, un tiempo en el que preferiría convertirse en piedra, castigado por la maldición de Denis, a provocar una sola lágrima de la mujer que amaba.

Nunca llames a las puertas del infierno

«Uno no se enamoró nunca, y ese fue su infierno. Otro sí, y esa fue su condena».

Robert Burton

Alis permaneció en su habitación mascullando todas las maldiciones que recordaba. Necesitaba tiempo para construir una barrera que disimulara el daño que le había creado su confesión. Nunca había actuado con cobardía, pero sentía tanto dolor que ni las enseñanzas de su abuela la ayudarían a lidiar con ese monstruo. Si la consideraba tan indigna, eso es lo que obtendría hasta que terminara el contrato. Rebuscó con rabia en el armario. Sacó una falda corta, de cuero, que se ceñía a sus caderas marcando cada centímetro del trasero. Se enfundó las piernas en unas medias negras y se calzó unos tacones altos. Decidida a darle una lección, se soltó la melena de rizos y el cabello cayó sobre sus hombros con libertad. No sabía qué reflejaba el espejo, pero desde luego, no era la chica que había comprado Gerard en Anglesey. Esta era mucho más letal y jugaría sus cartas. Al terminar el día, le suplicaría que lo besara y, entonces, le anunciaría que renunciaba al contrato. Daba igual si tenía que trabajar toda la vida para devolverle el dinero. Había hablado con el médico de su madre, el nuevo tratamiento no funcionaba y recomendaba que volviera a casa. Esa noticia aumentó sus ganas de vengarse de Gerard. Sabía que su comportamiento era infantil y peligroso, tratándose de un tipo de la calaña de Chevalier, sin embargo, la otra opción era clavarle un puñal en el pecho. Apretó los puños ante la idea de que no terminaría sus días en una cárcel.

Entre tanto, Gerard, ajeno a la voluntad de Alis, regresaba de participar en una escaramuza contra los perdidos que los habían rastreado hasta allí. El

resultado le había costado una costilla rota y un profundo dolor de cabeza. Había olvidado su nueva condición al ofrecerse a ayudar a su hermano, quien había descubierto un asentamiento de esos malnacidos muy cerca de ellos. Ya no era un caído y empezaba a experimentar el dolor, síntoma de que a pesar de no haber perdido las alas del todo, su cuerpo intentaba convertirse en una sombra. La sensación era estremecedora y apretó los dientes para resistirlo. A pesar del sufrimiento, su estado de ánimo era mucho mejor que hacía un par de horas. No encontró a Rose ni a André por ninguna parte; entonces, recordó que tenían el día libre. Se dirigió primero al frigorífico. Necesitaba hielo para bajar la hinchazón de las manos. Cuando vertía el contenido de la bandeja en una servilleta, escuchó el sonido de unos tacones. La chica que se acercaba a él, de una manera tan insinuante, no podía ser Alis.

—Hola, Gerard —dijo con una voz suave cargada de sensualidad. Estaba tan arrebatadora y diferente que él respondió con un gruñido al tiempo que se obligaba a retirar los ojos de ella—. Cualquiera diría que te ha atropellado un camión.

Alis se sentó en la encimera de la cocina exhibiendo sus esbeltas piernas.

—Es una buena explicación —masculló Gerard, consciente del efecto devastador que producía en su temperamento.

—¿Puedo ayudarte?

Alis colocó sobre la mano de Gerard la servilleta. Su proximidad lo alteraba.

—No es necesario —contestó con brusquedad, y se alejó de su lado.

Hubiera sido muy fácil atraerla hacia él, pero no tenía ni idea de qué pretendía con aquel juego y tenía curiosidad por averiguar qué se traía entre manos.

—Te has arreglado mucho, ¿he olvidado que íbamos hoy a un sitio especial? —Esta vez sus ojos recorrieron el cuerpo de Alis con descaro.

—Eso depende de ti. Tú eres mi cliente y yo solo cumplo tus deseos.

Nunca había hablado de él en esos términos y sabía lo difícil que le resultaba mencionar su trabajo.

—No quiero ir a ningún lado —respondió con voz dura.

—Entonces, podríamos pasarlo bien de otro modo. —Alis se bajó de la encimera y acarició su mejilla con un dedo—. Solo tienes que pedírmelo.

—¡Basta! —gritó Gerard, y atrapó su muñeca, incapaz de rehusar mucho más aquel juego de seducción.

Ignoraba a quién se enfrentaba, si lo hubiera sabido no habría cometido aquella estupidez. Pero le daría una lección que le ayudaría a odiarle. La chica se soltó de su mano, pero él la empujó contra la encimera para amedrentarla. Lejos de asustarla, ella le sonrió con un gesto travieso, que produjo en Gerard ganas de besarla. Alis adivinó sus intenciones y retiró la cara justo cuando sus labios estaban a punto de rozarse. Ninguna mujer se había resistido a su atractivo durante cientos de años y resultaba frustrante haber encontrado a una a la que no podía dominar.

—Eso te costará unas libras más —dijo ella con una voz tan gélida como el peor invierno de Siberia.

Alis contuvo la respiración al pensar que había llegado el momento de la venganza. Él le pediría besarla y ella rompería el contrato delante de sus narices, pero Gerard guardó un silencio intimidatorio.

El deseo insatisfecho motivó que el caído frunciera la frente y emitiera otro gruñido de frustración. Había recibido lo que se merecía. Se apartó de ella con la idea de que necesitaba ir a un lugar público, donde controlar su temperamento o se arrepentiría de su conducta. Alis desconocía lo que era capaz de hacer si no contenía su enfado.

—Iremos a cenar —terminó por decir con una mirada tan despectiva como feroz. Antes de marcharse, añadió—: Esta noche vas a ganarte hasta la última libra que te he pagado hasta ahora.

La joven no esperaba aquella reacción y sintió miedo, tanto, que tuvo que sujetarse a la encimera para no huir de aquella casa.

Unos treinta minutos más tarde, Gerard apareció vestido con un traje chaqueta gris, tan formal y elegante que contrastaba con el aspecto llamativo de Alis. La joven vio en sus ojos que le haría pagar caro el atrevimiento del que había alardeado. La noche prometía ser un fastidio o una lucha entre quién de los dos ostentaba el poder sobre el otro. Chevalier poseía el dinero suficiente para corromperla, y ella la belleza para seducirle. No obstante, Alis ignoraba que él solo intentaba hacer lo correcto, pese a que cada minuto comportándose de aquella manera era un suplicio para él. Dos horas después, se detenían ante la puerta de uno de los mejores restaurantes de París.

—¿Vamos a cenar aquí?

Alis tiró de la tela de su minifalda con la intención de alargarla unos centímetros.

—Por supuesto —respondió Gerard con una sonrisa que ella hubiera borrado a golpes—. Me lo puedo permitir.

La joven intentó, de nuevo, bajarse la falda. Él la miró con tanto deseo que la hizo pensar que iba desnuda. La ropa que había escogido era tan vulgar que presentía que su vergüenza solo había comenzado.

—No te preocupes por tu elegante falda —dijo. Su tono sarcástico provocó en Alis que apretase los dientes—. Creo que es la adecuada para una chica con tus cualidades —acarició su cintura y bajó con lentitud hasta su trasero, con voz engolada añadió—: y trabajo.

Dos segundos más tarde, y sin esperarla, entró en el restaurante sin comprobar si la seguía. Durante un instante, Alis se sintió como un perro atado a la puerta por su dueño. La rabia se apoderó de ella y se obligó a continuar con la farsa que había iniciado por despecho. Se tragó su orgullo, que él había pisoteado una vez más, y respiró hondo dispuesta a restregarle de algún modo sus repugnantes palabras. Se sentó en silencio, sin levantar la vista del plato. Podía leer en las miradas de la clientela masculina qué pensaban de ella. Alis le hubiera clavado a Chevalier el tenedor en la frente, ante la mirada de satisfacción que mostraba. En cambio, le demostraría que no se dejaría humillar y entabló una conversación ensalzando las virtudes de vivir en una ciudad como París solo para calmar su inquietud.

—¿Vas a parlotear toda la noche?

—Es lo único que puedo hacer sin llamar la atención en este lugar —respondió con una falsa sonrisa.

—Creí que te gustaría este restaurante. Es el más caro de París y no ha sido fácil conseguir mesa en estas fechas —dijo con malevolencia—. Gracias a tu ropa, nos recordarán durante mucho tiempo.

Alis no contestaría a sus dardos envenenados, sino con otros más infectados. Sin pensar en las consecuencias de su acto, llamó al camarero.

—Mi cliente desea que sirvan champán al resto de comensales. Quiere celebrar que es tan rico que necesita comprar a una chica de mi clase para no estar solo en Navidad.

El camarero la miró azorado ante la desvergüenza de la mujer. Luego su mirada se dirigió a Chevalier sin saber qué decir y esperó la reacción de Gerard. El caído asintió con un leve movimiento de cabeza y el hombre anunció lo que Alis le había dicho. Los clientes enmudecieron. A pesar de su arrojó, ella enrojeció hasta la médula. Creyó que Chevalier impediría al camarero su petición, pero por lo visto no cedería un ápice de terreno en esa batalla. Gerard alzó la copa como si brindara por la paz mundial. Después de eso, Alis no aguantaba más el bochorno que ella misma había originado, agachó la cabeza y no pronunció una palabra durante el resto de la cena. Su plan de fastidiar a Chevalier se había vuelto contra ella.

—Ya que no tienes apetito, podemos marcharnos —dijo él al fin—. Antes de regresar a casa quiero que conozcas a un par de amigos.

Alis desconfiaba de su sonrisa, pero no podía negarse. Cuando salieron del restaurante era más de medianoche. Estaba cansada, le dolían los pies por sus inquisidores zapatos y tenía las mejillas tan sonrojadas por la vergüenza que ni siquiera notó el frío, aunque había olvidado el abrigo en casa. Él necesitaba castigarla todavía más. Bajó del coche con los puños apretados y la barbilla alta. El portero, tras unos minutos de espera, los dejó pasar.

—Señor Chevalier, ¡cuánto tiempo!

—Es verdad, Antón, hace mucho que no vengo por aquí. Esta noche he traído compañía. —Gerard posó la mano en la cintura de Alis.

—Siempre es bienvenido, con o sin compañía —contestó el empleado, y miró de arriba abajo a la joven. Ella se encogió y volvió a tirarse de la falda.

—¿Están todos?

—Sí, señor, están todos.

Gerard empujó con suavidad a Alis hacia el ascensor y pulsó el número cuatro. La puerta se abrió dentro de un piso y se encontró con un grupo de jóvenes alrededor de una mesa jugando una partida de cartas. Respiró aliviada. Hasta ese momento, había imaginado cientos de cosas que podría hacerle y ninguna la tranquilizaba.

—Chevalier —dijo un jugador con el pelo negro y muy rizado—. Te hemos echado de menos.

Luego sus ojos se dirigieron a Alis y después a Gerard.

—Te presento a Alis Holstein, es británica.

—Hola, sé bienvenida.

—Gracias —musitó ella con desconfianza.

El hombre la miró de nuevo mostrando qué pensaba de ella y su sonrisa la incomodó. Sin pretenderlo, se ocultó detrás de Gerard. El caído apreciaba sus emociones y tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no sacarla de allí y alejarla de los pensamientos lascivos que esos bastardos tenían sobre ella.

—¿Hay sitio para un jugador más? —preguntó Gerard.

—Para ti siempre hay sitio, pero las apuestas esta noche son altas y en metálico.

Gerard sacó su cartera y le enseñó el dinero que llevaba.

—¿Con esto será suficiente?

—Lo siento, amigo mío, esta noche no. Las apuestas son cuatro veces más que eso.

—¿Aceptáis otra cosa aparte de dinero?

—¿Qué propones?

Alis no esperaba que la empujara hacia delante. La furia se apoderó de ella de tal forma que le hubiera arrancado los ojos.

—Por mí está bien. —Aquel tipo quiso tocarla y Gerard le atrapó el brazo en el aire.

—Eso será si ganas —dijo con tal ferocidad que no daba lugar a equivocaciones—. Mientras, ella es mía.

Alis creía que se ahogaría en su propia indignación. Sin decir una palabra, se dirigió al ascensor. Necesitaba la clave y ninguno de esos hombres se la facilitaría. Entonces, Gerard la tomó de la mano y la llevó hasta una silla. Su mirada arrepentida era una súplica que no atravesó su indiferencia. Su actitud le hizo odiarle aún más y cruzó los brazos sobre el pecho a modo de protección. Sintió los ojos de todos aquellos jugadores clavados en ella, pero Alis solo fijó los suyos en Gerard y su mirada era tan fría como el hielo que cubría los polos.

Durante dos horas que le parecieron dos siglos, jugaron a las cartas y no le prestaron atención. Al fin, Gerard ganó la partida y le hizo un gesto para que se acercara.

—Señores, ha sido un placer. —Agarró a Alis por la cintura, y la besó.

El resto de hombres lanzaron palabras soeces y ella procuró mantenerse

ajena a esa habitación que olía a tabaco, alcohol y dinero. A continuación, la condujo al ascensor, manteniendo un total silencio. Alis reconoció que Chevalier la había vencido y humillado tanto que solo deseaba alejarse de él y de su vida.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —preguntó cuando llegaron a casa. Alis le obsequió con una mirada cargada de odio y se giró dispuesta a marcharse. Gerard la retuvo de un brazo—: Una vez le dije a una chica que nunca llamara a las puertas del infierno.

—Al menos en el infierno solo hay demonios. Tú eres mucho peor que cualquiera de ellos.

Alis se liberó con brusquedad de su mano y, con toda la dignidad que aún disponía, subió las escaleras para ir a su habitación. Al entrar, abrió el armario y arrancó de las perchas la ropa, sin prestar atención a lo que guardaba o no en la maleta. Con una ingenuidad infantil había creído durante un tiempo que podía compensarle por todo ese sufrimiento que padeció en su infancia. Había sido una necia estúpida, en Gerard no había nada que salvar. Escribió una nota en la que le decía que rompía el contrato y le pagaría el resto conforme dispusiera.

Alis abrió la puerta. No podía ser cierto. Sorprendida, soltó la maleta. Delante de ella un ángel había extendido unas enormes alas blancas.

La palabra de un caballero

«Un caballero es quien hace, no lo que quiere, sino lo que debe hacer».

Haruki Murakami

El ángel la obligó a dirigirse a la escalera. Alis intentó escapar, pero no lograría soltarse de esas manos que la sujetaban con firmeza del brazo. El ruido de lucha llegó hasta ella. Rogó para que Gerard no hubiera sufrido ningún daño. A pesar de su carácter y cómo la había tratado, no tenía la culpa de ser así. Había leído algún artículo sobre niños maltratados y la manera en que condicionaba su vida de adulto. Entonces, una realidad mucho más atroz se mostró ante sus ojos. La figura que ascendía por la escalinata era un ángel terrible que había desplegado unas enormes alas de tonalidades grises. Nunca había conocido a uno de ellos. Sus ojos dorados se habían convertido en dos iris amarillos que brillaban con un salvajismo destructivo. Y las manos se habían transformado en dos garras afiladas y peligrosas. Su rostro no había cambiado demasiado, pero mostraba una agresividad que aterró a Alis. Se sobrepuso a la impresión de averiguar quién era, mientras Gabriel observaba divertido la escena.

—¡Gerard! —pronunció ella.

Él sostuvo su mirada, avergonzado por primera vez de lo que era. No contestó y se giró hacia el arcángel.

—Teníamos un trato —dijo Gabriel, y avanzó unos pasos.

—Nunca cumplo mis tratos —respondió Gerard.

Sin esperarlo, ni ella ni el ángel que la sujetaba, se abalanzó hacia ellos y, de pronto, Alis se vio lanzada a varios metros de distancia. Un fuerte dolor atravesó su hombro; había frenado con una pared. Intentó incorporarse, pero las piernas no le respondieron. Estaba aturdida, pero no lo bastante para no

ver cómo varios ángeles, siguiendo el mandato de Gabriel, rodeaban a Gerard. Tras un instante de confusión, en el que no fue capaz de distinguir quién ganaba, sintió los brazos de Gerard rodear su cintura y ayudarla a levantarse, al tiempo que la protegía con su cuerpo. Ambos se miraron, los ojos amarillos del caído suplicaban su aceptación. Ella sonrió, y acarició su rostro. Solo fue una décima de segundo, pero el suficiente para que el corazón de Gerard se hinchara de amor por esa valiente mujer. Hubiera querido confesarle su amor, cuánto deseaba hacerla feliz y cómo lograría que sonriera todos los días a su lado. Hubiera querido besarla, pero la voz a su espalda de Gabriel lo devolvió a la realidad.

—Bastardo —dijo—. De todos tus hermanos, tú eres el único que no cumples los tratos, por eso yo tampoco lo haré esta vez.

Los ojos de Alis se agrandaron de terror al comprobar cómo a la espalda de Gerard se materializaban dos ángeles. Ambos empuñaban espadas de fuego y estaban dispuestos a matarlo. El arcángel, con su palabrería e insultos, mantenía a Gerard distraído.

—¡Gerard! —gritó ella.

Chevalier se dio la vuelta y antes de recibir el ataque de uno de ellos tuvo tiempo de clavarle en el pecho su espada. Tres ángeles más lo rodearon, uno de ellos consiguió alcanzarle en una pierna y Gerard cayó de rodillas. Ahora no era un caído del todo, y sus fuerzas se agotaban con más facilidad. Tampoco poseía la misma resistencia, era consciente de que muy pronto esos malnacidos acabarían matándolo. Miró a Alis y esbozó una sonrisa. La muchacha estaba tan asustada que podía ver cómo le temblaba el cuerpo. Un segundo ángel avanzó para matarle. Se incorporó dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre para evitar que se la llevaran, pero Gabriel hizo una señal y dos nuevos ángeles aparecieron, sumándose a sus compañeros. Dos de ellos se abalanzaron hacia el caído y lo hirieron en la espalda y el pecho. En esta ocasión, los cortes eran más profundos y Gerard no podría aguantar mucho más tiempo. Uno de ellos miró a Gabriel y este asintió con un leve movimiento de cabeza. Había dado la orden de que lo mataran. El arcángel desvió la mirada hacia ella, en su rostro podía vislumbrarse una sonrisa de triunfo. Alis se dijo que no podía ganar, que no permitiría que ese monstruo asesino matara al hombre o ser al que amaba. En ese momento en que había

descubierto la verdadera naturaleza de Gerard había comprendido por qué la alejaba de ella, solo intentaba protegerla. Ese estúpido y cabezón creía que era una damisela en apuros. Así que ese monstruo, por muy celestial que fuera, no tendría la última palabra. Sin pensar en su seguridad se dirigió hacia Gerard y lo abrazó, interponiéndose entre la espada de fuego y él. Entonces, recibió la estocada mortal en la espalda. Un amor como el suyo solo podía terminar de ese modo, pero muy pronto moriría y debía confesarle que lo amaba. Gerard emitió un grito desgarrador y la tomó entre los brazos.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó, regresando a su forma mortal.

Si querían matarle le daba lo mismo. Alis era su única razón para seguir en este mundo, sin ella nada tenía sentido. Si para un ángel una herida causada por una espada de fuego suponía un peligro, para un mortal solo desencadenaba la muerte.

—Odio las mentiras —respondió ella, y acarició su mejilla. Dolía tanto, pero debía confesarle sus sentimientos—. Nunca me importó que fueras rico —dijo, y esbozó una débil sonrisa.

—Podemos evitar todo esto —intervino Gabriel.

—¡Sálvala! —pidió Gerard con desesperación.

—¿A cambio qué me darías?

Gerard no sabía qué ofrecerle salvo su propia vida.

—Mis alas.

—En otro tiempo hubiera bastado, ahora no es suficiente. Creo que empiezas a perderlas, ¿verdad?

Alis apenas respiraba, muy pronto su vida se desvanecería. No podía pensar con claridad, quizá no lo perdonara jamás, pero no dejaría que muriera, no si él podía evitarlo.

—A ella, puedes llevártela. No haré nada para buscarla y mataré a todo ser que intente quitártela.

—No me fío de ti.

—Por favor —le rogó Gerard—. No le queda mucho tiempo.

El caído extendió las alas y Gabriel, con un mandoble de su espada de fuego, las cortó. A continuación, posó la mano sobre el pecho de la joven y, durante un instante, Gerard olvidó el dolor que producía convertirse en sombra para respirar aliviado, cuando vio cómo el color reaparecía en el

rostro de Alis. Ella abrió los ojos y contempló a Gerard retirarse de su lado.

—Chevalier ha hecho un trato: sus alas y tu vida.

Alis tenía el corazón destrozado, el cuerpo dolorido y una gran culpabilidad por todo lo que había sacrificado Gerard para salvarla. Se preguntó qué sentía por ella ese caído que había perdido sus alas grises.

Lucien se encontró a su hermano desvanecido en el suelo. Perder las alas para un caído era muy doloroso, pero para alguien que no debería tenerlas, suponía una agonía mayor. Sin embargo, ahora nada retenía su alma para convertirse en una sombra y Lucien sabía que sería la más peligrosa.

—Gerard —dijo Lucien, mientras movía con suavidad a su hermano para despertarlo.

Gerard entreabrió los ojos y poco a poco se incorporó, dicho esfuerzo le hizo apretar los dientes para resistir el dolor.

—¿Tienes alguna noticia de ella?

—No, lo siento, hermano. Gabriel la ha ocultado muy bien.

Gerard guardó silencio. Él la había entregado a Gabriel. Conocía los métodos del comandante para hacer hablar, los había padecido, pero se dijo una y otra vez que no tuvo otra opción. Lucien leía en los ojos de su hermano todos sus sentimientos.

—No te tortures de esa forma —le aconsejó—. Le has salvado la vida.

—¿De verdad crees que lo he hecho? —preguntó Gerard con acritud—. Creo que la he condenado a la peor de las existencias.

—No digas eso. Tomaste la mejor decisión. Está viva y de paso Gabriel ha mostrado sus cartas. Desea tanto como ese malnacido de Damián convertirse en el amo del castillo —le aseguró Lucien, y lo ayudó a sentarse—. Pero no imaginé que fueras capaz de comportarte como un caballero y cumplir tu palabra —le insinuó Lucien.

Gerard torció los labios dándole a su semblante una expresión extraña.

—Tienes toda la razón. —Gerard le apretó el hombro, y añadió—: Nunca fui ningún caballero.

—Ni jamás cumpliste tu palabra —dijo Lucien, dándole un golpe amistoso en la espalda—. ¿Crees que hoy es el día de empezar?

—Por una vez, estamos de acuerdo.

Lucien ayudó a Gerard a ascender los escalones. Intentaría averiguar alguna información de dónde se escondía Gabriel. Varios ángeles le debían un par de favores y había llegado el día de que pagaran la deuda.

Entretanto, Alis llegó a una mansión tan suntuosa que creyó una aberración que un ángel disfrutara de una casa con esas excentricidades y riquezas.

—Sé lo que estás pensando, pero la manera de vivir de los mortales no es responsabilidad mía.

—Ya veo —contestó con desprecio la joven.

—Estar a las puertas de la muerte cansa demasiado, deberías descansar —dijo con la intención de recordarle por qué seguía con vida—. Es inútil que intentes huir. Te recuerdo que Gerard también pagará dicha decisión.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en lo que Gerard había sacrificado. Se obligó a tragárselas para que ese monstruo no la viera llorar.

—Está bien —reconoció—. Tienes razón, necesito descansar.

—Cristóbal —dijo a un ángel que aparentaba poseer unos cuantos años menos que Alis—. Acompaña a nuestra invitada a su habitación.

—Sí, señor.

La joven siguió a Cristóbal. El ángel era tan joven que quizá utilizaría su inexperiencia en su beneficio. Ángel o no, Alis había descubierto que tenían sentimientos y deseos humanos. Aplicó todas las dotes de seducción que había aprendido de Marian.

—¿No eres demasiado joven para ser alguien tan importante?

El ángel la miró orgulloso y Alis pensó que iba por buen camino.

—No mucho más joven que los Chevalier —respondió.

Alis lo agarró por el brazo y el cuerpo de él se tensó por su contacto.

—Es verdad, no eres más joven, pero sí más atractivo —dijo ella. Alis apoyó las manos en el torso desnudo del muchacho y recorrió con la yema de

los dedos parte de su pecho. El ángel se mantuvo rígido, pero no era inmune al atractivo ni a las caricias de Alis—. Quizá podríamos divertirnos un rato —le sugirió—. Gerard no fue muy amable conmigo y solo soy una pobre chica a la que le gusta divertirse.

Alis dibujó en su rostro unos pucheros que la hacían más atractiva y a la vez más seductora. Para Cristóbal era la primera misión que le encomendaba Gabriel. No podía traicionar al comandante, sin embargo, siendo mortal, no había besado a una chica. La humana estaba dispuesta a ser complaciente con un ángel. Una de las normas de los defensores era no yacer con mortales, pero él no pensaba llegar tan lejos.

Alis siguió acariciando a Cristóbal, al tiempo que se ponía de puntillas y lo besaba en los labios. El chico respondió con torpeza, pero se obligó a pensar que ese beso le gustaba de verdad. Era consciente de que todos esos monstruos leían la mente.

—Tienes que aprender muchas cosas —dijo con picardía. El ángel se sonrojó, y Alis, para no enfurecerle, añadió—: Yo seré tu maestra.

Agarró su mano y lo condujo hasta la cama. Si su plan no salía bien, se vería en un serio problema.

—Hoy no podrá ser, asistiré a la reunión del comandante.

—¿Qué reunión? —preguntó ella sin soltarle las manos.

—No debería contarte nada de esto —dijo el ángel, retirando la vista de ella.

—Por favor, ¿a quién podría contárselo? —Alis lo besó en el cuello y también en el pecho.

—Tienes razón —admitió—. Pero...

—¿Tienes miedo a Gabriel? Ese viejo es tan serio. —Alis se giró enfadada.

Cristóbal no había tratado a muchas chicas y fue incapaz de adivinar su juego, así que la miró con una súplica.

—No, claro que no —dijo envalentonado, y Alis continuó con su seducción sentándose sobre sus rodillas y rodeando su cuello con los brazos—, pero perdería mis alas si el comandante se entera de que estoy aquí.

—Son tan bonitas. —Alis actuó con la mayor simplicidad y atolondramiento—. ¿Puedo tocarlas?

El chico las extendió orgulloso. Ella las acarició y comprendió por la

expresión de su rostro que le provocaba un gran placer.

—No es justo que por una reunión tan aburrida tengas que abandonarme. Estaré tan triste sin nadie con quien divertirme.

—No se trata de una reunión aburrida.

—¿No? Entonces, ¿es un baile o una fiesta?

—¡Claro que no! —rio el chico—. Es un intercambio.

Alis sospechaba qué cambiarían esa noche.

—Dime, ¿qué pensáis intercambiar? —El chico besó el cuello de Alis.

—No creía que las humanas olieran tan bien.

El ángel la besó en los labios con escasa pericia y Alis se obligó a seguir jugando para retomar la conversación que le interesaba.

—No todas, pero algunas sí.

—Ahora debo irme. Se preguntarán por qué tardo tanto en regresar.

El ángel se apoderó de nuevo con torpeza de su boca y la abrazó con tanta fuerza que el dolor le atravesó el esternón. Alis emitió un quejido y Cristóbal la soltó. El chico mostraba una preocupación verdadera que aprovecharía en su favor.

—Me has hecho daño —se quejó.

—Lo siento —dijo apesadumbrado—. No era mi intención.

—Lo sé —sonrió Alis, luego desvió la conversación al tema que le interesaba—. ¿Vendrás esta noche a consolarme?

—No sé a qué hora terminará la reunión.

—El intercambio —puntualizó Alis.

—Pase lo que pase no te mereces nada de lo que te ocurra.

—¿Qué va a pasarme?

Cristóbal comprendió demasiado tarde su error. La cara angustiada de Alis lo obligó a confesarle qué le sucedería.

—Vendré antes de que te entreguen a los perdidos. Prometo que intentaré ayudarte.

Cristóbal abrió la puerta para marcharse. El ángel había recuperado su autocontrol y nada le haría hablar. En su mirada había vislumbrado que no tenía ninguna intención de ayudarla.

—Te estaré esperando —mintió también ella, desalentada.

Alis se sentía atrapada y ahora, además, aterrada. No dejaba de pensar cuál

era el auténtico motivo para que Gabriel la cediera a los perdidos. De pronto, lo vio con claridad: Gabriel destruiría a los caídos y los perdidos ampliarían sus filas sin apenas esfuerzo. Luego el arcángel aniquilaría a las sombras.

Una petición arriesgada

«Hay que haber vivido un poco para comprender que todo lo que se persigue en esta vida solo se consigue arriesgando a veces lo que más se ama».

André Gide

Alis se atrevió a avanzar unos pasos hasta llegar a la escalera. Allí, se detuvo al oír las voces de Gabriel y Damián. Aguzó el oído y escuchó atenta la conversación que provenía de la planta baja.

—¿Quién más sabe que ella está en tu poder? —preguntó Damián.

—Los Chevalier y mi gente, aunque ellos no se irán de la lengua.

—No sé por qué razón no mataste a Gerard —le recriminó el perdido.

—Eso no te incumbe.

La verdad es que en el último momento había tenido compasión de ese chico que tanto le recordaba a él. Aún tenía la esperanza de que pudiera redimirse y volver a ser el guerrero que antaño fue, pero también sabía que era una esperanza vana.

—¡Todo en este maldito asunto me incumbe! —gritó el pelirrojo.

—Jamás vuelvas a levantarme la voz, pedazo de escoria —contestó Gabriel con un tono amenazador. La joven no pudo presenciar cómo el viejo comandante elevaba por el cuello a Damián, en cambio, escuchó el ruido de muebles destrozados—. Te sugiero que seas más respetuoso o lo lamentarás.

El arcángel lo había arrojado contra la pared. La sombra de Damián estaba presta a atacar, pero el chico la detuvo.

—Veo que no eres ningún estúpido —aseguró Gabriel, y se sentó en uno de los sofás que había resistido el enfrentamiento—. Ahora que conocemos nuestras posiciones, hablemos de negocios.

Durante un instante, Alis no escuchó nada más. Entonces, las voces volvieron a elevarse lo suficiente para oírlas.

—Será esta noche. Ella vendrá conmigo y tú podrás iniciar tu ascenso, tal y como deseabas —vaticinó Damián.

—Eso espero y no olvides que si tocas a uno solo de mis ángeles te destrozaré con mis propias manos.

—Lo sé —dijo el perdido de un modo conciliador—, pero eres tú quien olvida una cosa.

—Es verdad, di mi palabra. —Gabriel guardó silencio, consciente de que la joven los escuchaba—. Mataré a los Chevalier. Esta noche será su última noche en esta tierra.

Damián guardaba un odio atroz a esos hermanos; por su culpa había perdido las alas. Intentó convencerles de las posibilidades que suponía una rebelión contra Gabriel, pero en vez de contar con su ayuda lo traicionaron. No tenía la capacidad para matar a Lucien, pero casi lo había logrado con Gerard. El viejo comandante le ahorraría el trabajo de hacerlo.

Alis se mordió el puño de la mano para no gritar. Debía escapar y avisarle del peligro que corría, pero Gabriel apareció a su lado y el mundo se derrumbó por completo a sus pies.

—Mi pequeña Alis, vas a iniciar una nueva vida —dijo, y la agarró del brazo.

—¡Suéltame! ¡No te ayudaré si lo matas!

Ella se revolvió con todas sus fuerzas, pero el comandante le propinó un golpe en la mandíbula y la dejó inconsciente. Cuando Damián la vio desvanecida en los brazos de ese arrogante ángel no pudo reprimir sus palabras.

—Serías un buen aliado para nuestras filas.

—Nunca formaría parte de los perdedores.

Gabriel se la entregó y Damián desapareció de allí con el arma más mortífera que nunca hubiera imaginado; una chica de veinte años capaz de acabar con los perros de Dios.

Lucien apareció de nuevo ante su hermano. Gerard se había vendado el costado y a duras penas soportaba el dolor. Tras más de quinientos años sin padecerlo, aquel martirio resultaba una prueba inhumana. Su alma cada vez tenía menos remordimientos. Había pensado mil formas de aniquilar a Gabriel; otras tantas, de poseer a Alis. Ambas lo alarmaban porque en ninguna de ellas existía un ápice de compasión.

—Lucien —confesó, y en su voz podía detectarse el miedo—. El proceso ha comenzado. Pronto no podré ayudarte.

—No digas eso.

Había visto cómo la serpiente se movía por el brazo de Gerard. No le quedaba mucho tiempo para transformarse en un perdido.

—Si intento dañar a Alis —dijo, y en sus ojos había implícita una súplica—. Impídemelo.

—Tú no le harías daño —dijo, quitándole importancia a la petición de su hermano.

—No estés tan seguro. —Retiró la mirada e insistió—: Prométemelo —perseveró con sus palabras—. Si intento dañar a Alis detenme de cualquier forma. ¿Lo has entendido?

Lucien notaba a Gerard cambiar por minutos. El monstruo que ocultaba en el interior emergería convertido en una sombra de ojos llameantes capaz de destruir cualquier cosa en este mundo, incluso lo que más amaba.

—Tienes mi palabra.

Gerard suspiró aliviado y continuó vendándose el costado.

—¿Has averiguado algo sobre Alis?

—Sí, y no te va a gustar. —Gerard alzó una ceja a la espera de que hablara—: Ni siquiera entiendo qué razones le han llevado a Gabriel a actuar de esta forma.

—¿Qué no me va a gustar? —preguntó Gerard, receloso.

—La ha entregado a Damián.

—¿Por qué Gabriel se comporta así? No es propio de él. ¿Ese malnacido intentó una rebelión contra él y ahora son amigos? No me gusta, hermano.

—Eso también me lo he preguntado y solo hay una respuesta.

—¡Matarnos! —dijeron los dos a la vez.

Ninguno de los bandos veía con buenos ojos a los ángeles de alas negras. Si

su gente desaparecía, tanto unos como otros lucharían para dominar el Purgatorio. La tierra de los mortales sería aniquilada en una batalla como nunca se hubiera conocido.

—¡Maldita sea! —exclamó Lucien—. ¡Debería haberme dado cuenta mucho antes! Gabriel ha entregado a Alis a los perdidos para que identifique a nuestra gente.

—¡Silencio! —dijo Gerard—. ¿Lo notas?

—Han venido a por nosotros.

Gerard puso su mano sobre el hombro de Lucien antes de decir:

—No siempre me he comportado como un hermano... pero hoy...

—Hoy lucharemos juntos y ganaremos a esos bastardos —le interrumpió Lucien, y abrazó a Gerard. No imaginó que volverían a comportarse como hermanos, y menos aún, que se lo agradecería a la única chica del planeta que tendría que estar muerta.

Alis despertó en el asiento trasero de un coche junto a Damián. Otro de los perdidos conducía.

—No te asustes de mi sombra, no te hará daño.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Nada que no sepas ya —dijo, y al ver su mirada desconcertada, comprendió que ignoraba de qué hablaba—. Ya veo que nuestro amigo común te ha borrado la memoria. Esto va a ser mucho más divertido. —Alis intentó abrir la puerta—. Es inútil, esta vez no escaparás de mí. Él no se merece tus lágrimas. —Damián le alzó el mentón hasta que los ojos de ambos se encontraron—. Yo puedo ser mejor compañero y Marian me ha contado muchas cosas interesantes de tu vida.

—¡Marian! —exclamó asustada.

—Tu amiga ha sido un pasatiempo muy entretenido mientras te esperaba. Me resultó tan fácil corromper su alma que pensó que debía liberarte de la esclavitud de una madre como la tuya. Ella ha comprendido la carga tan pesada que recaía sobre tus hombros y ha matado sin saberlo a un inocente y,

con ello, ha contribuido a su condenación eterna.

Alis no podía creer que sus palabras fueran ciertas, si era así, además de Gerard, su madre también había muerto. Su dolor creció tan rápido que creía que estallaría y, sin medir las consecuencias, se lanzó contra Damián. Él le devolvió el ataque y la cabeza de Alis se estrelló contra la ventanilla del coche, quedando aturrida. Quería abrir los ojos, aunque el dolor le impidió ejecutar dicha orden.

—Princesa, hemos llegado.

Damián la sacó a la fuerza del coche y la condujo a empujones hasta una fábrica abandonada. Después abrió una puerta y la introdujo en unas sombrías escaleras que descendían al mismo infierno. Cuando llegaron al final, gritó aterrada, Marian estaba encadenada a la pared. El dolor por la muerte de su madre le impedía pensar con claridad, pero ver a Marian en aquel estado le provocó una inmensa tristeza. Había matado a su madre, pero no podía odiarla. No había sido ella, sino ese monstruo manipulador el verdadero asesino. Las lágrimas caían por sus mejillas y las piernas apenas la sujetaban.

—Aún vive —le dijo tras leer su mente.

La arrastró hasta a una silla y la ató de nuevo con cinta aislante.

—Princesa, es hora de trabajar y por tu bien y el de tu amiga, espero que colabores.

Alis observó a Marian, su pelo rubio le cubría el rostro, pero sus brazos mostraban quemaduras de cigarrillos y sus piernas estaban manchadas de sangre. No se movía y en su interior temió quedarse sola. Sola en aquel mundo aterrador, sin Gerard, sin su madre, sin Marian. El temor se reflejó en sus ojos, vivir solo para aniquilar almas no era vivir.

—Si me ayudas, yo te ayudo.

—¿Cómo?

—Salvando a tu amiga.

Alis miró a Marian, era la única persona que le quedaba en el mundo.

—Entonces, a qué esperas —le recriminó.

Había perdido todo lo que amaba, y se vengaría de cada uno de ellos. Si para hacerlo tenía que delatar a los caídos, eso es lo que haría.

La promesa

«Prometemos según nuestras esperanzas y cumplimos según nuestros temores».

François De La Rochefoucauld

Los ojos de Alis se desviaban de la pantalla a Marian. Temía por su vida. Damián le había mostrado imágenes de esos monstruos y estaba tan cansada que cuando la puerta se estrelló contra la pared, ni siquiera fue capaz de reaccionar. La figura que se mantenía inmóvil en la entrada era la chica que pateó el pecho de Gerard en la cabaña. La sombra se mantenía sobre sus hombros con la intención de lanzarse sobre el objetivo que su dueña escogiera. Alis la miró sin comprender qué pretendía. Marian estaba fuera de juego y ella no lucharía.

—¿Y Damián? —preguntó Joy. Alis no advirtió cuando se marchó—. No volveré a preguntártelo —amenazó, y tiró de su cabello—. ¿Dónde está Damián?

—No sé dónde está esa escoria —respondió Alis con sus últimas fuerzas.

Joy seguiría a Damián y haría cualquier cosa que le pidiera, sin cuestionarse si le convenía o no, pero no aceptaría que la engañara. Después de que los hermanos Chevalier liberaran a la mortal había ganado una batalla importante. Pero no hubiera adivinado nunca que Damián capturara de nuevo a Alis Holstein. No le había contado por qué esa mujer era tan importante para él, sin embargo, los celos eran mucho más porfiados siendo una sombra. Viendo los ojos de ese demonio, Alis creyó que al fin llegaba su hora, al menos, hallaría la paz. Había perdido a su madre y a Gerard... No tenía nada más que perder; por el contrario, si moría ganaría el descanso eterno. Ser el verdugo de tantas almas era un peso demasiado insoportable para la

conciencia.

—¡Hazlo! —le retó—. ¡Me lo habéis quitado todo!

—Aún no —respondió, presionando su cuello con un puñal—. Cuando Gerard sea una sombra, entonces sabrás qué es perderlo todo.

El corazón de Alis brincó en el pecho. Ese monstruo le aseguraba que Gerard aún vivía. Debía verle cuanto antes, pero ignoraba dónde se encontraría. Temió que la apuñalara por la espalda, en cambio, notó el frío metal romper las cuerdas.

—¿Por qué? —preguntó, mientras se masajeaba las muñecas doloridas.

—¿Qué no harías por amor? —respondió la chica.

Gracias a los celos de la perdida tenía una oportunidad de ayudar a Marian.

—Está muerta —dijo como si hubiera leído sus pensamientos.

—¡No! —exclamó Alis, y se acercó a su amiga.

Retiró el pelo de su rostro con ternura. Era su culpa, ella la había conducido a ese mundo de monstruos. Su maldición había acabado con todo lo que amaba. No tenía sentido escapar.

—¡Mátame! ¡Por favor! —gritó, y cayó de rodillas sin dejar de llorar.

Ya no podía luchar más, no podía resistir tantas muertes sobre su conciencia. Ella era la causante y era incapaz de aguantar tanta culpabilidad.

—¡Estás loca! Me juego el cuello por sacarte de aquí. Así que mueve ese puto culo y vayámonos cuanto antes.

—Ella no tenía que estar aquí —dijo, y sujetó su mano.

—Ninguno de nosotros tendría que estarlo —sentenció—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que nos encontramos en medio de una guerra?

Lucien se tomó una copa de vodka en un antro de carretera. Gerard nunca compartió dicha pasión, en cambio, a él le agradaban los bares atestados de perdedores. Se aficionó a esa bebida en Rusia hacía más de trescientos años. Los recuerdos le entristecieron. Muchos camaradas sucumbieron en esa batalla y otros acabaron convirtiéndose en sombras. Le preocupaba su hermano, tras la escaramuza en la que había participado junto a él, comprobó

que ya no era el mismo. Su indiferencia ante su propia seguridad, combatiendo con una ciega locura que algunos habían denominado valentía y él solo pura imprudencia, le demostró que su hermano se oponía a sus demonios y no lo hacía con éxito. Debía asegurarse de que no albergara una idea descabellada en la que, con seguridad, más de un inocente saldría perjudicado.

—¿Qué quieres? —preguntó Gerard cuando advirtió su presencia en la habitación.

No se había cambiado desde la última vez que se vieron, lo supo por las manchas de sangre.

—Saber cómo te encuentras.

Los ojos dorados de Gerard se convirtieron en dos iris amarillos y salvajes.

—Con ganas de destruir a quien se interponga en mi camino. Así me encuentro. Sé lo que estás pensando —confesó—. Hazlo mientras aún tenga la voluntad para permitirte. Después me enfrentaré a ti hasta que uno de los dos haya muerto. Si lo haces perderás tus alas, y si no, muchas almas sucumbirán al mal que profesaré dentro de poco. Solo te pido ver una vez más a Alis.

—Lo que me pides no es posible.

—El proceso ha empezado. Tú y yo lo sabemos. A lo largo de mi vida te he pedido pocas cosas. —Gerard le dio la espalda para que no le viera el rostro.

Lucien sabía que cometía un terrible error, pero cumpliría la última voluntad de su hermano.

—Está bien —contestó—. Haré todo lo que esté en mis manos.

Lucien no tenía ni la menor idea de cómo realizar dicha promesa. El tiempo jugaba en su contra. Conforme pasaba las horas, Gerard era cada vez más uno de esos bastardos y también su enemigo.

Joy guardó el cuchillo de nuevo en la cintura. La joven se movía con inquietud por la habitación y su sombra no dejaba de vigilarla.

—¿Qué quieres de mí? —consiguió pronunciar Alis y su voz le sonó

extraña. Tan cansada que no la reconoció.

—No puedo matarte o él se enfadará y me alejará de su lado, pero sí ayudarte a escapar. ¿Me prometes que nunca sabrá que fui yo?

Alis entendió que aquella perdida, apenas una niña, se comportaba con una ingenuidad infantil. Creía que al alejarla de Damián, él la amaría. Dudaba que ese hijo de perra fuera capaz de amar, ni a ella ni a nadie, salvo a sí mismo. Tras un momento de enajenación recuperó en parte el juicio. Sí, lo había perdido todo, pero aún podía hacer algo por todos ellos y era sobrevivir. Gerard había sacrificado sus alas por salvarla. Marian había perdido la vida por su amistad y su madre había sido un medio para dañarla en lo más profundo. Se juró vivir por todos ellos y vengarse de todos esos monstruos. Se puso en pie y dijo:

—Tienes mi palabra de que jamás lo sabrá por mí.

Joy le lanzó un abrigo grande y oscuro.

—Ponte esto. No quiero que te reconozcan —aclaró.

Alis obedeció. Antes de salir, miró por última vez a Marian. Creía que Damián la retenía en lo que habría sido la sala de reuniones de la fábrica abandonada. La luz de sol que entraba por los grandes ventanales rotos la cegó unos segundos. Estaba cansada, apenas había dormido y daría cualquier cosa por despejar su mente y pensar con frialdad. Necesitaba idear un plan o su suerte no duraría mucho.

—Toma —le dijo Joy, y le arrojó un casco de una moto.

—Te llevaré a casa de tu novio. —Abrió la boca para protestar y, enseguida, la cerró. Era estúpido discutir en ese instante si era o no la novia de Chevalier—. Sé que sigue en esa casa.

—Gracias por liberarme de Damián —musitó Alis.

—No me lo agradezcas —respondió con una expresión malévola—. No te gustará comprobar en qué se ha convertido tu chico.

Cuando Joy aparcó delante de la casa de Gerard, a Alis le pareció de lo más tenebrosa. La luna se había ocultado y una espesa niebla, igual que un frío sudario, se elevaba desde el suelo.

—La próxima vez que nos veamos, te mataré —prometió la perdida antes de marcharse.

—Seguro que eso no será necesario —respondió Alis, pero sus palabras las

escuchó el viento. La moto de la pérdida se alejaba a una velocidad infernal y no oyó a la joven.

Alis miró la puerta, temía encontrarse con Gerard. Saber cuánto había sacrificado por salvarle la vida no la ayudaba a tranquilizarse. Le daba igual si se transformaba en un monstruo. Ella lo amaba. Llamó al timbre con manos temblorosas. Después de unos minutos nadie le abrió. El miedo se instaló en su pecho al descubrir que la puerta estaba abierta.

—¡Gerard! —gritó.

Nadie contestó, pero Alis vio a una figura inmóvil al final de la escalera.

—Gerard, ¿eres tú? —titubeó.

La joven intentó encender la luz para averiguar quién se ocultaba en la penumbra, pero no funcionaba. Escuchó el sonido de cristales rotos cuando avanzó unos pasos; habían destrozado todas las lámparas.

—No deberías haber venido —respondió una voz dura y áspera a la que a Alis le costó identificar como la de Gerard.

—Sé qué has sacrificado por mí y...

—Pues debería cobrármelo —la interrumpió él—. A fin de cuentas aún tenemos un contrato.

Alis subió un par de escalones y entonces lo vio. Vestía un traje propio de otra época, casi como una pintura del siglo diecinueve. Le quedaba muy bien y, si Alis se hallara en otra situación, hubiera jurado que era el hombre más atractivo que había conocido en su vida. También le produjo un terrible desasosiego que aumentó cuando las luces de las velas del candelabro que sostenía dibujaron unas extrañas sombras en su rostro. Sus ojos dorados emanaban tal malignidad que contrajo el corazón de Alis.

—Gerard, yo...

—Querida, seguro que has pensado cómo compensarme —sugirió con una sonrisa tan seductora como cruel.

A la joven no le concedió la oportunidad de contestar, ya que Gerard se dirigió a una de las habitaciones. Alis tenía la certeza de que lo que estaba a punto de hacer era una mala idea, tan mala que se arrepentiría el resto de su vida. Pero una fuerza muy superior a la razón la empujó a seguirlo.

Confesión y castigo

«Las palabras están llenas de falsedad o de arte; la mirada es el lenguaje del corazón».

William Shakespeare

Alis se adentró en un cuarto iluminado por numerosas velas. Varios candelabros, de distintos tamaños, se habían dispuesto en una procesión sin sentido sobre los muebles. Gerard le lanzó un vestido de seda rojo que ella alcanzó al vuelo.

—Póntelo —le ordenó.

Al principio, un deseo de rebelarse cruzó por su mente, sin embargo, no le había seguido para pelear. No deseaba enfrentarse en una batalla que seguro heriría a ambos. Se quitó la blusa y se dejó los vaqueros. El vestido desprendía un mareante olor a jazmín. Presentía que verla vestida con aquella ropa era importante para él.

—Suéltate el pelo —le pidió.

Su voz revelaba una tensión contenida que Alis temía contradecir. La joven obedeció la petición. Los ojos dorados, enrojecidos, del hombre que la miraba con un odio reprimido, le provocaron retroceder un paso.

—¿Tienes miedo? —le preguntó con una sonrisa que a la luz de las velas era tan demoniaca que Alis se estremeció—. Haces bien en temerme. —Se bebió el contenido de una copa, y añadió—: Casandra, arrodíllate.

Ignoraba quién era Casandra, pero los celos quemaron su corazón igual que carbones encendidos.

—¡No! —exclamó, y alzó la barbilla en actitud desafiante.

Gerard apretó tanto la copa que resultó un milagro que no la rompiera.

—Casandra, ¿qué has dicho?

—No me llamo Casandra y no, no pienso arrodillarme.

Gerard avanzó hasta ella y la sujetó con fuerza por los hombros. Su rostro estaba tan cerca de Alis que olió el vino que había bebido. Intentaba controlar el pavor que estaba segura reflejaba su mirada al ver cómo una enorme sombra negra pugnaba por salir de él.

—Arrodíllate...

—¡No! —repitió decidida.

Gerard cerró los ojos y apoyó la frente en la de ella. Alis deseaba consolarlo por todo lo que sufría.

—Gerard... —susurró como si le hablara a un niño.

Notaba el esfuerzo al que se sometía para mantener encerrado al monstruo que habitaba en su interior. Un esfuerzo que le supuso una visible agonía.

—Lo siento, de verdad que lo siento tanto —confesó Alis.

Era consciente de que toda esa situación la había generado ella, en cambio, él lo había sacrificado todo para salvarle la vida. Las lágrimas descendieron por sus mejillas y quiso abrazarlo, pero no se atrevió. Solo podía ofrecerle la verdad, aunque no le sirviera para borrar esa terrible realidad. Alis tomó su rostro entre las manos y lo obligó a que la mirara directamente a los ojos.

—No me importa en qué te conviertas. Un día me dijiste que eras un monstruo, yo amaré a ese monstruo —le dijo.

Por un instante, Alis vio en él al hombre con quien bailó en Reims. Acercó los labios a su boca y lo besó. Las manos de Gerard aprisionaron sus brazos y le causaron un dolor agudo. Comprendió que él ya no estaba a su lado, quiso separarse de la sombra, pero la retenía con fuerza. Chevalier o lo que quedaba de él, la arrastró hasta la cama. Alis forcejeaba para liberarse, mientras el dolor por la pérdida del hombre al que amaba amenazaba con ahogarla. Consiguió deshacerse de los brazos de Gerard gracias a una patada en su entrepierna. La sombra la miró con odio y sus ojos llameantes con ganas de devorarla. Disponía de una oportunidad para huir y para lograrlo debía dañar a Gerard. Cogió un candelabro y se dispuso a combatir a la bestia. El vestido dificultaba sus movimientos, pero no se dejaría apresar de nuevo o la mataría, aunque antes, saciaría su venganza dañándola.

—Vamos, pequeña —la retó, al tiempo que se despojaba de la chaqueta y desprendía de la camisa. El tatuaje de su brazo incluso parecía mucho más

aterrador.

—Quiero irme.

—¡Oh! No, no puedes irte. Eres un trozo de carne muy apetitoso y el viejo Gerard pagó mucho por tu compañía.

El perdido tomó una fusta que había sobre uno de los muebles. Alis se había enfrentado a muchos perdidos, sin embargo, este era diferente. No vislumbró un ápice de compasión en su proceder cuando la lanzó al suelo de una patada. El dolor le impidió respirar, luego le arrojó el candelabro con todas sus fuerzas. Su improvisada arma se estrelló contra su pierna, el dolor hizo que Gerard le lanzara unos cuantos insultos y varias promesas que harían temblar al más valiente. Se arrastró hasta una de las paredes sin perder de vista a ese monstruo que ocupaba el cuerpo del hombre que amaba.

—¿Nunca te enseñaron modales? —preguntó él, golpeando amenazante la fusta contra la cama.

Alis alzó el mentón con valentía, pero un grito se escapó de su garganta con el primer latigazo. Un profundo dolor se extendió por su brazo, desde la muñeca hasta el hombro. Agradeció las capas de seda que la protegerían de los siguientes golpes.

—¡Maldito bastardo! —gritó, reteniendo las lágrimas.

—Gracias por recordarme mis orígenes, aunque eso no te salvará de tu castigo.

Gerard la tomó de la cintura y sin esfuerzo la condujo otra vez a la cama. Alis ya no tenía fuerzas para resistirse. Él le lamió la mejilla y ella giró el rostro, incapaz de aceptar lo que le haría.

—Disfrutarás o, al menos, yo lo haré. —Sin ninguna consideración le rasgó el vestido.

Alis nunca hubiera imaginado ese desenlace. No era ella la que estaba en esa cama ni la que recibía las brascas caricias de ese ser que ya no era Gerard. De pronto, Lucien apareció en la habitación. Observó la escena entre perplejo y entristecido. Su hermano ya había dejado de serlo.

—¡Aléjate de ella! —le ordenó.

—Tan solo estoy enseñando modales a esta ramera.

—No volveré a repetirlo.

Los ojos de Lucien relucieron de rabia. Gerard no era la persona que le

hablaba, se había perdido en lo más profundo del abismo. Su sombra quería lanzarse contra él, pero su carcasa humana se lo impedía. Pretendía enfurecerlo lo suficiente para que perdiera la voluntad y se peleara con su hermano.

—Sé qué intentas cumplir tu palabra.

El perdido besó el cuello de Alis y acarició la piel desnuda de los hombros.

—Hice una promesa.

—Lo sé —contestó Gerard, y sus manos agarraron con brusquedad la barbilla de Alis. La joven se estremeció por su contacto, miró a Lucien y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No puedo romper una promesa.

—Una pena, hermanito, el antiguo Gerard quiso ser un caballero con esta dama —dijo, y mordió el hombro de la joven. Continuó con el discurso, mientras vejaba a la única mujer que había amado—. Pero, no nos engañemos, ni él ni yo seremos nunca unos caballeros.

—No me obligues a matarte —amenazó Lucien.

—Tendremos que dejar esto para más tarde —dijo Gerard, y la besó.

Alis se revolvió como una serpiente atrapada y mordió sus labios. En respuesta, él la lanzó a los pies de Lucien.

—No te muevas de aquí —le dijo el caído, y la ayudó a incorporarse.

—Conmover. —El perdido aplaudió con desgana la escena—. Gerard estaría orgulloso de ti.

—¡Cierra la boca, maldita escoria! —gritó Lucien.

La pérdida de su hermano lo había enfadado lo bastante para destrozar al engendro perverso que ahora habitaba en su lugar. Ambos se lanzaron a una lucha feroz. Lucien con sus poderosas garras consiguió herirle. Dirigió un golpe devastador a Gerard y este cayó inconsciente al suelo. Colocó la rodilla sobre su pecho y amenazó con degollarle. La sombra se alejó asustada a un rincón de la habitación cuando Gerard yacía inerte a merced del caído.

—Lo siento —dijo Lucien—. No he podido cumplir la promesa que le hice a madre.

Alis no sabía a qué promesa se refería, pero le impediría matarlo.

—¡No! —gritó desesperada—. ¡No puedes hacerlo!

Alis no permitiría que ese cabezota de Gerard la dejara sola. Arrastraría

hasta ella a su engraido culo desde el mismo infierno, pero no la abandonaría.

—He de hacerlo —aseguró Lucien. La mujer, durante la lucha, se había cubierto con la chaqueta de su hermano—. Ni te imaginas en qué lugar tan horrible se encuentra.

—Debe existir otra solución —exigió Alis entre lágrimas—. No puedes matarlo. Haré lo que tú quieras, iré adónde me digas y te diré quién es un ángel o un perdido. Pero, sálvalo. Ese tonto que tienes por hermano no va a dejarme sola —le dijo con los ojos inundados de lágrimas.

Alis se arrodilló y acarició el pelo de Gerard. El verdadero ser del que se había enamorado se encontraba en algún lugar, oculto tras la sombra que intentaba destruirlo. Después de aquella declaración la muchacha empezó a susurrar palabras de amor que incluso conmovieron a Lucien. El caído miró los ojos negros de la humana. Había pronunciado esas palabras con ferocidad, comprendió cuánto lo amaba, tanto como para sacrificarse por él.

—Si hubiera alguna forma —vaciló un segundo— lo intentaría.

Alis no estaba dispuesta a dejarse derrotar por las circunstancias así que exigió una solución.

—¡No quiero que lo intentes! ¡Quiero que lo hagas! —Se puso en pie sin dejar de temblar y llorar al mismo tiempo—. ¡Me has oído!

Lucien asintió con conformidad, aunque dicha tarea no sería nada fácil para ninguno de los tres.

El fuego siempre ha sido peligroso

«La única ventaja de jugar con fuego es que aprende uno a no quemarse».

Oscar Wilde

Alis, al ver salir a Lucien de la habitación, pensó que su esperanza de ayudar a Gerard se desvanecía con él. Intentó aceptar la situación y rodeó a Gerard con los brazos, quien parecía dormir un plácido sueño. Entonces, la mano del caído se posó sobre su hombro.

—Apártate de él.

Había regresado y traía consigo una cuerda. Sentó a Gerard en una silla y lo ató.

—Alis. —La joven parecía no hallarse en ese lugar, sino muy lejos de allí. De nuevo la llamó por su nombre—. ¡Alis!

—Sí... —contestó, consciente de que no sabía qué le había dicho.

—Debo hablar con alguien. No puede convencerte para que lo liberes. ¿Lo has comprendido?

—No te preocupes, ninguna sombra conseguirá que lo suelte —aseguró con una convicción que alegró a Lucien.

—Es muy importante que hagas lo que te pido. Si lo liberas, él te matará. Y si crees que puede escaparse... —dudó un instante, pero tenía que advertirla del peligro—, debes matarlo, para lograrlo apuñala su serpiente.

Alis clavó los ojos en los de Lucien cuando le entregó un puñal de fuego.

—Sé cuál es mi obligación y espero que tú conozcas la tuya —le recriminó, aunque con esas palabras solo pretendía salvarle la vida.

Lucien sonrió por la valentía de la humana y deseó que los dos no tuvieran que arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

Lucien nunca habría confiado en un perdido. Eran seres traicioneros, volubles y capaces de destruir a cualquiera que se interpusiera entre ellos y su beneficio. Durante su existencia mortal había sido un hombre honorable, pero ahora, solo vendería su servicio al único que pudiera ayudar a su hermano. Gabriel estaba descartado, no movería un dedo por Gerard. En cambio, las sombras siempre buscaban buenos negocios. Los despreciaba tanto que disfrutaba de unos minutos de felicidad en su eterna existencia cuando enviaba al infierno, de donde no debían haber salido, a esos monstruos. Don Ángel era uno de los más peligrosos, también el más antiguo y poseía el poder necesario para recuperar el alma de Gerard. El precio no sería justo, es más, estaba convencido de que pactaría el trato más peligroso que había sellado en sus quinientos años de existencia. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era su edad ni tampoco su procedencia. Su nombre indicaba que sus orígenes eran italianos, pero Roma fue un imperio grande y tan extenso que cualquiera podía ser su país. Hablaba idiomas de civilizaciones ya extintas y actuaba a veces con una actitud propia de otras épocas mucho menos civilizadas. Don Ángel se bajó de un coche oscuro con los cristales tintados. Su abrigo verde ribeteado en pieles blancas le otorgaba la apariencia de un jefe de un clan escocés. Sus casi dos metros de estatura convertían al caído en un chiquillo ante su presencia.

—Cuánto tiempo —dijo a modo de saludo.

—No el suficiente —contestó Lucien, y casi se atragantó con las palabras.

El señor de los perdidos apenas había cambiado desde la última vez que se vieron. Seguía siendo un tipo grande, cualquier humano creería que se encontraba en la plenitud de su vida, pero era tan viejo como el mismo infierno.

—Siempre fuiste un chiquillo demasiado serio, ¿lo sabías?

Se aferró con firmeza de su brazo y empezaron a caminar. El perdido le había pedido verle en la plaza de San Marcos. Jamás abandonaba Venecia, salvo que su aparición fuera necesaria en otro lugar.

—Y bien, ¿qué te ha traído por mi hogar?

—Mi hermano.

—¡Oh! Entiendo. ¿Qué puedo hacer yo por tu hermano? —preguntó, y se detuvo contemplando el vuelo de una paloma sobre sus cabezas.

—Recupere su alma para devolverle su mortalidad y yo... —El arcángel esbozó una sonrisa— yo le entregaré a Gabriel.

Don Ángelo reanudó el paseo sin soltar el brazo de Lucien.

—Reconozco que sería un trato justo. —El perdido señaló con el dedo a una paloma y esta se lanzó en un vuelo suicida contra el suelo. El ruido del choque tensó la mandíbula de Lucien—. Aunque me pregunto para qué querría a Gabriel.

—Damián y él han hecho un trato.

Don Ángelo se detuvo y, esta vez, su boca se contrajo en una mueca muy peligrosa.

—¿Puedes ilustrarme con tus conocimientos sobre el tema? Sería una buena manera de iniciar nuestras negociaciones —sugirió con una falsa amabilidad que escondía a un lobo con piel de cordero.

Lucien odiaba los modales decimonónicos que tenía de hablar. No obstante, le siguió el juego si quería conseguir su ayuda.

—Por supuesto, espero que vea con esto mi buena voluntad.

—Claro, mi querido niño...

Hizo un gesto con la mano para que hablara. Un enorme anillo con un rubí lanzó unos destellos rojizos que, durante un segundo, cegaron a Lucien.

—Damián y Gabriel intentan capturar a una joven, quien tiene el don de ver a ángeles, perdidos o caídos cuando nos mostramos con nuestra carcasa humana.

Don Ángelo miró la lejanía como si pensara, después, dijo:

—Muy interesante. Hasta ahora creía que solo se trataba de una leyenda.

—Una leyenda que en manos equivocadas puede ser muy peligrosa.

Don Ángelo asintió.

—Entiendo tu preocupación, pero por qué debería preocuparme yo.

—Damián y Gabriel pretenden que identifique a los caídos. De esa forma, Gabriel tendrá más posibilidades de dominar el Purgatorio y Damián también.

—Ese chiquillo estúpido de Damián piensa que puede hacer un pacto con Gabriel. Es un inconsciente que ha firmado su sentencia de muerte, pero

ambos desencadenarían una guerra —dijo pensativo.

En esta ocasión, la fachada de indiferencia del perdido se resquebrajó con tanta facilidad que hasta Lucien pudo ver el verdadero ser que se ocultaba tras él.

—No creo que eso ocurra —se obligó a continuar—: Dudo que Gabriel permita que Damián obtenga ningún beneficio de ese juego.

—Comprendo, si Gabriel se alza con el Purgatorio, nosotros careceremos de almas a las que corromper y, por lo tanto, nos veremos inmersos en el olvido. —Don Ángel indicó con un gesto una cafetería para sentarse—: Damián ha sido un chico estúpido, pero el problema de Gabriel es su ambición. Mi querido niño, la avaricia debe ser comedida o de lo contrario se volvería contra nosotros.

—Tiene razón.

—Tengo mucho más que razón —aseveró disgustado—. Damián no será un problema: será eliminado en breve. Gabriel está fuera de mi alcance, salvo que tú me hagas llegar hasta él.

—Esa es la cuestión.

El perdido esbozó una sonrisa aterradora.

—Entrégame a Gabriel y yo te serviré en bandeja de plata el alma de tu hermano.

Sus palabras no gustaron a Lucien. Le recordaba a un pasaje de la Biblia con un pésimo resultado para su protagonista.

—¿Tengo su palabra?

Don Ángel reconoció que le gustaba ese muchacho. Hubiera deseado que ya formara parte de sus filas, pero disponía de todo el tiempo del mundo para convencerlo. Además de un as en la manga que todavía no era tiempo de desvelar.

—Por supuesto. Soy hombre de palabra, querido niño.

El perdido se levantó y reanudó el camino hacia su coche.

El sueño venció a Alis, pero el ruido que hacía Gerard al desatarse, la

despertó. Sus manos se aferraron con fuerza al puñal de fuego que Lucien insistió en que utilizara contra él si la situación lo requería.

—¡Suéltame, ahora mismo! —gritó, y sus ojos la fulminaron con la mirada.

—No puedo.

—¡Maldita zorra!

Alis no respondió a sus insultos. Lucien le advirtió que sería desagradable, así que permaneció callada, mientras Gerard se retorció en un intento por liberarse.

—Por favor, tengo sed —suplicó. Su tono de voz fue mucho más normal, y aún así, no la engañó su falsa amabilidad—. ¿Podrías darme agua?

—No.

—¡No! —dijo enfurecido con una calma que heló la sangre de la joven—. A Gerard le gustabas, ya me entiendes, quería pasar un rato agradable contigo, pero no te amaba. Según él eras una chica sin principios, pobre, con problemas. En fin, un cuerpo al que deseaba. —Alis se mantuvo en silencio, no caería en sus provocaciones, aunque escuchar esas palabras de boca de Gerard o de su sombra era doloroso—. Yo pienso de otra forma —terminó por decir.

—Eres muy amable —respondió Alis con sarcasmo.

—Los dos pertenecemos al mundo de los marginados. ¿Crees que la vida de una sombra es fácil?

—Me imagino que no.

—¡No tienes ni idea! No soy libre de hacer mi voluntad.

—Ya veo que tu vida es una verdadera pena.

Los ojos de Gerard se achinaron y dibujó una sonrisa que curvó su labio superior concediéndole una apariencia diabólica.

—Pero tú y yo podríamos vivir como quisiéramos. Puedo ofrecerte dinero, una vida fácil y tener todo aquello que alguna vez has deseado.

—Ni lo sueñes —concluyó Alis para dar por zanjada dicha conversación—. Prefiero morir en la indigencia antes que pactar contigo una gota de agua.

Gerard emitió una risa sobrecogedora que intimidó a Alis.

—Nunca juegues con fuego y tú lo has hecho.

Lucien había subestimado el poder de su hermano. Gerard no era un perdido ni tampoco un caído, pero fuera lo que fuese, aún poseía más fuerza

que ninguno de ellos. Rompió la cuerda y, de pronto, Alis se encontró prisionera entre sus brazos y, lo que era mucho más aterrador, en su cama. Nada podría ser peor que aquello, pero se equivocaba.

Fichas negras o fichas blancas

«Quien no asume un riesgo nunca ganará una partida».

G.M.P. Keres

Lucien comprendió el trato que había hecho con don Ángel, tan solo deseaba que el plan diera resultado. Primero, debía convencer a Gabriel, y después, en fin, después no tendría muchos lugares donde ocultarse si algo salía mal. Pensó en Gerard, se merecía una oportunidad y él había jurado dársela. Su *Harley* ronroneó como una gata bien alimentada y aceleró hasta dejar atrás la plaza de San Marcos. La entregó al servicio de transportes, firmó los papeles y entró al baño. A continuación, apareció en la casa de Denis. Todo parecía en orden hasta que escuchó los gritos de Alis. Esperaba esta vez no tener que cumplir su promesa. Tras todo lo que había sacrificado para concederle una posibilidad a su hermano no quería terminar matándolo.

En el dormitorio de Gerard, ambos forcejeaban, pero la chica le dio un puñetazo en la mandíbula y Gerard intentó devolvérselo. La muchacha había aprendido algunos trucos sucios para defenderse; uno de ellos era agarrar ciertas partes de la anatomía masculina que Gerard querría conservar intacta.

—¿Necesitas mi ayuda? —Se ofreció a intervenir si se lo pedía.

—Creo que me las apaño bien yo sola. Gracias.

—Ya lo creo. —Lucien se apoyó en la pared.

—¡Gerard, suéltame o no volverás a usarlas! ¡Te juro que esta vez no me pondrás una mano encima!

—Yo si fuera tú, le haría caso. Parece muy dispuesta a defenderse — intervino Lucien.

Gerard levantó un puño y Alis apretó la mano con fuerza. Un gesto de dolor atravesó el rostro del perdido y alzó las manos en señal de paz.

—Está bien... —pronunció entre dientes.

Lucien lo agarró de un brazo y, de nuevo, lo sentó en una silla. Lo ató de tal manera que esta vez no habría forma humana o divina que rompiera sus ataduras.

—No fui yo quién lo dejó escapar.

—Gerard siempre ha sabido escabullirse de situaciones comprometidas.

—Chicos, gracias por hablar de mí con tanta cortesía, seguid como si no estuviera. —Sus ojos se dirigieron a Alis—: Te juro que si tengo oportunidad de seguir con lo que hacíamos, no te gustará.

La rabia la incitó a abofetearlo con ganas por esas asquerosas palabras. En respuesta, Gerard sonrió.

—No es él, lo sabes, ¿verdad? —dijo Lucien, apesadumbrado por el comportamiento de su hermano.

—Sí, pero sus palabras... —Alis sabía que aquel hombre no era Gerard, sino un perdido malnacido, pero temía que sus palabras contuvieran una gran dosis de verdad.

—Vamos, mírala. Nunca fuiste demasiado delicado en tus elecciones.

Lucien asestó un puñetazo a su hermano y este quedó inconsciente.

—Duelen —respondió a Alis—. Esto lo mantendrá callado durante un buen rato.

Ella asintió entristecida, antes de preguntar con inquietud:

—¿Cómo ha ido?

—Creo que bien.

—Ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Esperar.

—¡Esperar!

—¿Sabes jugar al ajedrez?

Alis no hubiera imaginado jamás enfrentarse a una partida de ajedrez contra un ángel con alas negras. Durante unas horas, permanecieron concentrados en el juego hasta que la curiosidad le obligó a hablar.

—Lucien, ¿puedo hacerte una pregunta? —El caído alzó una ceja y esperó a que ella continuara. Alis dio por aceptación su silencio—. ¿Cómo era Gerard de niño?

El caído achinó los ojos, pero supo sin necesidad de leer la mente de la

chica que sabía el tipo de infancia que había vivido su hermano.

—Solitario, testarudo, vengativo, huraño...

—... infeliz —añadió ella.

Lucien hizo un movimiento sobre el tablero y asintió sin emitir una palabra.

—¿Por qué?

—Porque era el hijo bastardo del conde de Chevalier. Eso era suficiente pecado para convertir su vida en un infierno.

El rostro de Lucien parecía revivir todas aquellas vivencias tan dolorosas.

—¿Por eso intentas ayudarlo ahora, para compensar lo que siendo niño no pudiste solucionar?

—Te refieres a todos los maltratos. —Alis asintió—. No era el único que recibía una buena dosis de golpes por parte de mi padre, pero sí el único al que nunca se le perdonaba cualquier equivocación. Mi padre no era indulgente con ninguno de los tres, pero con él era mucho más exigente que con Denis y conmigo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre era una mujer enfermiza, pero albergaba el amor suficiente para incluir a Gerard y considerarlo uno de sus hijos. El chico encontró en ella a la madre que nunca había conocido hasta que mi padre decidió que no era merecedor del amor de su esposa y le prohibió acercarse a ella.

—¡Eso es tan cruel! Solo era un niño que buscaba amor.

—Mi madre nunca acató del todo sus órdenes y fui testigo de muchos encuentros en los que ella le contaba historias o le cantaba.

—Me hubiera gustado conocerla —dijo Alis. Le recordaba mucho a la suya, quien también tenía un corazón hermoso. El recuerdo le provocó un dolor agudo en el pecho. Ni siquiera había podido llorarla como se merecía, ni despedirse de ella ni dejar una flor en su tumba. Pero no podía dejarse llevar por el duelo, ahora no, antes debía salvar a Gerard.

—Sí, creo que le hubieras caído muy bien.

Alis sonrió, hablar la distraía de su dolor y, de nuevo, le preguntó:

—¿Quién es Casandra?

Lucien alzó la vista del tablero y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Gerard me llamó de esa manera.

—Es la dueña del vestido que llevabas puesto. —Ante el silencio de la joven continuó—: Mi hermano Denis se prometió con ella, iban a casarse, pero Casandra conoció a Gerard y ambos, bueno, ambos terminaron amándose. Gerard quiso comportarse con honorabilidad, no es uno de sus fuertes —ambos sonrieron—, sin embargo, la chica se asustó al averiguar quién era y prefirió lanzarse por una ventana. Eso supuso una rivalidad insuperable entre mis hermanos.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Ella consideraba a mi hermano Denis un hombre íntegro y sincero que no se merecía aquella traición. En cambio, Gerard pensó que para Casandra la sinceridad era importante y por primera vez en su vida confió en alguien. Se sentía amado y aceptado, pero se equivocó y escuchar cómo ella le llamaba monstruo, lo destrozó. —La miró a los ojos, y añadió—: Desde entonces, ha sido un ser vengativo, cruel, incapaz de confiar en nadie, hasta ahora.

Alis se sonrojó al comprender las palabras de Lucien, quien hizo un movimiento en el tablero y dijo:

—Gabriel, has tardado mucho.

—No ha sido fácil dar contigo —respondió el viejo comandante.

—Jaque a la dama —sonrió Lucien.

Alis le miró a los ojos y él le guiñó uno de los suyos. Se puso en pie y se encaminó al encuentro de Gabriel.

—Ardo en deseos de averiguar por qué me has citado aquí.

Lucien, con una tranquilidad que amedrentó a Alis, se dirigió al mueble bar y vertió en dos vasos una cantidad generosa de una de las botellas. Ofreció una al comandante y ambos quedaron a una corta distancia.

—Es el mejor *whisky* de Escocia.

—Es cierto —aseguró Gabriel tras beberse por completo el vaso—. A pesar del buen *whisky* y tan agradable compañía. —Señaló a Alis—. No tengo mucho tiempo para estos juegos estúpidos. Pensé que el jugador en tu familia era el bastardo.

El joven caído tensó un músculo de la mandíbula y omitió hacer ningún comentario ante el insulto.

—Tiene toda la razón. Tan solo Gerard es el verdadero jugador de la familia. —Colocó el vaso sobre el mueble bar—: Hasta hoy.

Gabriel arqueó una ceja ante las palabras del caído.

—Tú dirás.

—Sé lo que tramás y también lo sabe don Ángelo.

Gabriel tensó los músculos de la cara al oír el nombre del perdido. Ambos tenían una vieja cuenta qué saldar.

—Comprendo —afirmó—. Veo que me ayudarás a tomar una decisión.

—Así es. —Esta vez fue Lucien quien arqueó una ceja—. Siempre que el pago sea el adecuado.

—¿Qué quieres? —preguntó el comandante sin más rodeos.

—El alma de mi hermano para obtener su mortalidad.

Gabriel se rio y Alis miró preocupada a Lucien. Él ni siquiera se giró para tranquilizarla.

—Eso es imposible, aunque don Ángelo te haya prometido lo contrario —pronunciar su nombre le dolía—, puedo asegurarte que no lo lograré.

—Dadas las circunstancias, creería al mismo Dios si me prometiera lo mismo.

Gabriel esbozó una sonrisa forzada y evaluó la situación. Ese viejo zorro no descansaría hasta alzarse con el poder en el Purgatorio. Damián estaba muerto y él no caería en desgracia, solo porque esos malditos hermanos Chevalier hubieran descubierto sus planes a causa de la humana.

—Señorita Holstein, supongo que debo agradecer su intervención en estos lamentables cambios de acontecimientos.

—Supone bien. Le prometo que si no me devuelve el alma de Gerard les facilitaré a don Ángelo y a los caídos el nombre de todos los ángeles que le sirven. Le aseguro que en menos de un mes estará solo.

—Siempre supe que el amor era la mayor de las estupideces —terminó por claudicar el arcángel, arrellanándose en el sofá—. ¿Y cómo suponéis que vais a obligarme a recuperar el alma de ese bastardo? Podría obligarla a que me ayudara y Lucien no podría impedirlo.

—No, no podría —dijo Alis—, pero le aseguro que antes de que me ponga una mano encima Lucien me mataría. Tiene orden de hacerlo. No le ayudaré. Supongo que la guerra puede durar otros milenios más.

Entonces, una presencia que, hasta ese instante, había pasado inadvertida para todos fue la que sació la curiosidad de Gabriel.

—Señorita Holstein, un placer conocerla —dijo un hombre que emanaba una sensualidad avasalladora, portaba un enorme bastón y vestía con un abrigo de pieles. Alis lo identificó como a un perdido y su sombra era escalofriante. En un comportamiento propio de otra época, le besó la mano —. Me han hablado mucho de usted y por sus ojos sé que nada de lo que me han contado era falso. Lucien —dijo, e inclinó la cabeza a modo de saludo—. Gabriel.

El comandante apretó los dientes y guardó silencio, pero su cuerpo mostró su desagrado ante el nuevo invitado a la reunión.

—Entiendo, querido hermano, que te sorprenda mi comparecencia, pero no está bien hacer trampas en el tablero que Dios nos ha proporcionado. — Señaló el tablero de ajedrez, donde unos minutos antes Lucien y Alis jugaban y cogió una figura—. Como en este majestuoso juego, nuestros dos bandos luchan en una batalla infinita.

—Déjate de tu palabrería decimonónica y arcaica —le acusó Gabriel, y se movió inquieto en el asiento—. Ni te imaginas lo que me aburres.

—Por favor, ¿después de tres siglos eso es lo único que tienes que decirme? —Se sentó frente a su hermano mucho más relajado y con el rostro risueño, añadió—: Esperaba unas palabras más amables.

—Púdrete en el fuego del infierno del que no tenías que haber salido nunca. Lucien carraspeó para interrumpir el duelo entre ambos hermanos. No quería que esa reunión se le fuera de las manos y si seguían discutiendo, es lo que sucedería.

—Señores —intervino—. Entiendo que sus disputas familiares sean importantes, pero no estamos aquí para discutir.

Alis no podía imaginar que aquella escena estuviera sucediendo. Eran como dos críos de colegio compitiendo por un trozo de pastel. Pensó que la reunión desembocaría en muerte y desolación, pero solo estaba presenciando una pelea familiar y su paciencia estaba a punto de llegar al límite. Cuanto más tiempo pasaba menos le quedaba a Gerard. Y ese par de estúpidos vejestorios no le impedirían rescatar al hombre que amaba del maldito infierno en el que se encontraba inmerso.

—¡Basta! —gritó, y los tres la miraron asombrados—. Mi novio... — Lucien alzó una ceja, pero guardó silencio—. Mi novio es una de sus sombras

y quiero que vuelva. Ayudaré a aquel que sea capaz de devolvérmelo.

Lucien se dijo que no lo hubiera expresado mejor ni con menos palabras. Esa chica le arrancó una sonrisa y pensó que si Gerard regresaba, su vida sería de todo menos aburrida.

—Disponen de una hora para decidir quién de ustedes ganará el premio — concluyó el discurso y salió de la habitación.

—Todo un carácter —dijo don Ángelo y hasta Gabriel ratificó sus palabras con un movimiento de cabeza.

Alis temblaba cuando ascendió por la escalera que conducía hasta la habitación donde Gerard seguía atado. Cuando entró, la sombra la miró con los ojos furiosos, pero su dueño aparentaba estar sumido en un profundo sueño. Alis se sentó de nuevo balanceándose de delante hacia atrás para controlar su desasosiego. En una hora asesinaría a cientos de almas. Tragó saliva y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Sin embargo, cuando los ojos de Gerard se clavaron en silencio en los suyos, se dijo que hacía lo correcto. Lo amaba como nunca había amado a nada ni a nadie en su vida.

—Alis —dijo una voz que la sacó de la abstracción en la que estaba sumida.

Se trataba de Lucien, el caído la sacudía con suavidad para que despertara.

—¿Ya han decidido qué hacer?

Alis miró una última vez a Gerard y salieron del cuarto. En la biblioteca, don Ángelo se levantó al verla entrar. El arcángel se había retirado y por la expresión del perdido suponía que este disfrutó de su momentánea victoria sobre su hermano.

—Mi querida niña, no tengas miedo —dijo al ver cómo los ojos de Alis se agrandaban de terror al contemplar la sombra que yacía inmóvil sobre sus hombros.

—No le temo —contestó Alis.

El perdido esbozó una ligera sonrisa de satisfacción.

—En otro tiempo, no me lo habría tomado como un cumplido, pero

viniendo de ti, lo consideraré un halago. —La tomó del codo y la condujo al sillón—. Me gustaría hablar sobre nuestra futura colaboración. —Dio dos palmaditas en el asiento para que se acercara más a él—. Mi hermano nunca ha sido un hombre de palabra. Al igual que las ratas, siempre es el primero en abandonar el barco. No me interesa acabar con los ángeles. El juego sería muy aburrido y entonces, ¿qué haría mi gente? No, pequeña —aseveró con la cabeza—, todo tiene un motivo de ser y no necesito más poder. Soy viejo —aseguró, y cogió la mano de Alis. Ella no la retiró para no ofenderlo—, muy viejo y no tengo la avaricia que ostentaba en otros tiempos. Tú me recuerdas a mí hace mucho. ¡Oh!, sí, también sé lo que es el amor. —Esta vez, palmeó la mano de Alis y continuó con su discurso—: Gabriel intentará mataros a los dos.

—¿Y Gerard? Su alma...

—Él ha regresado. Compruébalo tú misma.

Alis se levantó de un salto y miró a Lucien, quien respondió con una leve sonrisa. Ella abandonó la habitación y subió las escaleras de dos en dos. Necesitaba asegurarse de que era cierto lo que le había dicho.

—¿Tengo tu palabra? —La voz de don Ángelo sonó tan árida como una sierra mal afilada al cortar la madera.

—La tiene —afirmó Lucien—. Dentro de dos días, le entregaré a Gabriel.

—Eso espero o ella morirá y tu hermano agradecerá no haber nacido —dijo, y desapareció.

Entonces, Lucien rezó para que solo el alma de Gerard hubiera regresado del infierno.

Una dolorosa verdad

«De cualquier forma los celos son en realidad una consecuencia del amor:
os guste o no, existen».
Robert Louis Steveson

Alis se acercó a Gerard con cautela. Temía que nada de lo que le había contado don Ángelo fuera cierto. Sin embargo, respiraba con normalidad, la sombra de ojos llameantes había desaparecido de sus hombros y dormía en un apacible sueño. Acarició su pelo y delimitó con suavidad el contorno de su rostro con la yema de los dedos. Alis se sobresaltó al escuchar abrirse la puerta.

—¿Se ha ido? —preguntó a Lucien sin girarse.

—Sí.

Alis tensó los hombros. No era tan ingenua para no ver que Lucien le ocultaba información que no se atrevía a decir.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—¡No me tomes por estúpida! Sé muy bien que ocultas algo.

El caído suspiró, resignado, antes de confesarle la verdad.

—Quizá sea mejor que lo sepas. Don Ángelo no te quiere a ti, sino a Gabriel, pero si no se lo entrego no podré protegeros de su ira. ¿Comprendes?

Omitió contarle que cabía la posibilidad de que el alma de Gerard no fuera la que hubiera regresado.

—¿Qué vas a hacer?

—Gabriel es un viejo zorro, así que iré de caza.

—¿Crees que se dejará atrapar sin más?

Lucien sonrió y después emitió una carcajada que desconcertó a Alis.

—¡Espero que no o no será nada divertido!

Alis odiaba el sentido del humor de los hermanos Chevalier, pero ella también sonrió presa del nerviosismo de esa noche.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Lucien.

—¿A dónde iremos?

—A casa de Clemont. Nadie se atreverá a atacarnos en casa del duque.

Lucien le cogió la mano y la acercó a la silla donde Gerard continuaba durmiendo. También tomó la de su hermano y los tres aparecieron en el salón del duque. El viejo caído no se sorprendió, más bien actuó como si fuera lo más normal del mundo.

—Buenas noches, Lucien, señorita Holstein —dijo Clemont—. Veo que Gerard no está en muy buenas condiciones. —Con un gesto, señaló la puerta—. Seguidme.

Lucien depositó con cuidado a Gerard sobre la cama de uno de los cuartos de aquella majestuosa mansión. Entonces, Clemont le levantó los párpados y le tomó el pulso.

—Soy médico, bueno, lo fui —contestó a Alis a pesar de que ella no formuló la pregunta.

—¿Está bien?

—¡Oh!, sí, muchacha. Necesita descansar y recuperar fuerzas.

—Pero, su sombra... —Alis dejó la pregunta en el aire.

—Su sombra ya no está —aseguró Clemont.

La joven sonrió aliviada, sin embargo, ambos caídos se miraron durante una décima de segundo y lo que vio en sus ojos la alarmó.

—¿Qué le ocurre?

—Creo que será mejor que se lo digas.

El hermano de Gerard asintió en silencio.

—Alis, puede que nunca despierte.

—¿Está en coma? —preguntó con un hilo de voz casi sin atreverse a hablar.

—Para los humanos sería un estado similar —intervino Clemont—. Cuando un caído recupera el alma, su forma mortal soporta un fuerte impacto, tanto físico como emocionalmente. Olvida su existencia anterior, quizá incluso, ni

siquiera te recuerde al despertar. Pero no siempre despiertan e incluso pueden morir.

Ninguno de los dos se atrevió a confesarle que también otra alma podía ocupar el cuerpo de Gerard. En su silencio tácito los dos consideraron que eso sería demasiado para la comprensión de Alis.

—¡No es verdad! —exclamó perpleja y necesitó sentarse.

Había pasado por algo similar con su madre, no resistiría padecerlo con Gerard.

—¿Estás bien? —preguntó Lucien al verla tan pálida.

—¿Hay alguna cosa que podamos hacer para ayudarle a despertar? — consiguió preguntar, y miró con una súplica a Clemont.

—Ahora, solo podemos esperar y confiar en que la fortaleza de Gerard le ayude a recuperarse. Tú también deberías descansar.

Clemont la tomó del brazo y con suavidad la condujo a una habitación. Alis se dejó llevar con mansedumbre. Ni siquiera advirtió que una mujer con uniforme de doncella la rodeaba por los hombros.

—Ayude a la señorita Holstein, por favor, Marie.

—Sí, señor —respondió la joven.

Alis siguió a la chica hasta el baño sin protestar. Había vivido con una madre que la mayoría de los días apenas recordaba quién era, no soportaría enfrentarse de nuevo a una situación mucho peor. Marie la dejó en la bañera y Alis, por primera vez desde la muerte de su madre y Marian, lloró, y las lágrimas se convirtieron en el mejor bálsamo para sus heridas.

Entretanto, en la biblioteca, Lucien se sirvió una copa generosa de vodka.

—Ponme también una —le pidió Clemont—. Sé qué piensas hacer y es una locura que te conducirá a un problema aún mayor.

—No dispongo de ninguna otra forma de ayudarle.

—Sacrificándote no será la mejor forma de conseguirlo.

—Hice un juramento y no pienso romperlo.

Clemont cogió la copa y pensó que, con seguridad, no volvería a verle.

—¿Ella lo sabe?

—Que tengo que matar a Gabriel. Vender mi alma a don Ángelo y asesinarla después, todo ordenado por ese viejo zorro. Lo peor es que no estoy seguro de si es mi hermano quien ha regresado del infierno —sonrió

entristecido antes de contestar—: No, no he tenido el valor de contárselo.

Colocó las botas de hebillas metálicas sobre una mesa de centro de estilo francés y original de la época de María Antonieta. Clemont no dijo nada, pero en sus ojos se encendió una llama de furor que advirtió a Lucien de que retirara aprisa los pies de la mesa.

—Bueno, visto desde ese punto de vista, solo te queda una opción. — Lucien alzó una ceja sin comprender—: Hijo, beber hasta al amanecer.

Ambos emitieron una carcajada y el joven caído alzó la copa en señal de asentimiento.

El silencio que la rodeaba en esa habitación, lejos de tranquilizarla, le provocaba mucho más desasosiego. Necesitaba asegurarse de que Gerard se encontraba bien y se dirigió a su cuarto. Al entrar, le alegró ver que estaba despierto, casi se lanzó hacia él, cuando advirtió la presencia de Chantal. Gerard tomó a la francesa por la cintura y se apoderó de su boca con un beso que contrajo las entrañas y el ánimo de Alis. La joven ya había visto demasiado, cerró la puerta y se marchó a su habitación. Su vida estaba en peligro, pero su corazón lo estaría mucho más si seguía en la misma casa que esos dos. Se metió en la cama y mordió la almohada de impotencia.

A la mañana siguiente, Alis apareció en la cocina con unas ojeras tan negras que destacaban sobre su pálido rostro, en cambio, Chantal exhibía una felicidad hiriente. Alis le hubiera arrancado la bonita trenza rubia que caía a su espalda. Todo en ella resultaba perfecto esa mañana, mientras que hasta los rizos de Alis se rebelaban contra su dueña, quien había firmado un tratado de rendición ante el espejo, dejándolos a su libre albedrío.

—No tienes muy buen aspecto.

Chantal esbozó una sonrisa falsa y carente de amabilidad. Alis se limitó a dibujar otra forzada. Una empleada se adelantó a sus deseos y le sirvió una taza de café. Contempló el jardín desde la ventana e ignoró por completo a Chantal y sus insinuaciones. No soportaría una batalla dialéctica con aquella chica sin derrumbarse ante lo que había visto la noche anterior.

—Gerard ha despertado —le anunció—. No te recuerda, pero a mí sí. Anoche me llamó a su lado. Supongo que sabes qué significa.

Sin darse la vuelta, para que no la viera llorar, se tomó de un sorbo el café y puso su mejor cara de actriz para encarar a Chantal.

—Entonces, felicidades a los dos. Espero que seáis muy felices.

—¡Oh!, gracias. Ayer me confesó que había sido un estúpido al no darse cuenta de cuánto me amaba. Incluso me regaló esta joya familiar. —Enseñó un sello que afianzó en Alis la necesidad de marcharse lo antes posible de allí.

—Una declaración muy bonita —respondió Alis—. Ahora, si me disculpas, tengo que hacer unas llamadas. —No escucharía una palabra más sobre Gerard y ella.

—Por supuesto —contestó Chantal, satisfecha con el dolor que causaba a esa zorra inglesa.

Aquellas palabras eran más de lo que podía soportar, necesitaba salir de allí o explotaría, así que abandonó la casa y emprendió aprisa la huida. El aire en el rostro la impulsaba a correr más deprisa. Sus zapatos no eran los mejores para iniciar una carrera olímpica, pero no le impedía avanzar con mayor rapidez. Le faltaba la respiración y las lágrimas amenazaban con ahogarla, pero no se detuvo. Se dijo que no lloraría más por ese engreído y desagradecido Gerard de Chevalier.

Alis ignoraba que él la había visto salir desde la ventana. Sus recuerdos eran confusos, pero ella aparecía con claridad en su mente. Apretó los puños al recordar el dolor que había visto reflejado en sus ojos cuando lo vio besar a Chantal. Pero un impulso malicioso le obligó a realizar tal acto. Desde que había despertado se encontraba extraño y muy diferente respecto a Alis. Por un lado quería protegerla, confesarle qué sentía por ella, pero la necesidad que había surgido en él de alejarla de su lado en cierta forma le aliviaba; para ello dio esperanzas a Chantal. Si era sincero consigo mismo quería destruir el amor que poco a poco había nacido en Alis. Emitió una carcajada y profirió un improperio hacia su persona. Observó su reflejo en el cristal y comprendió que no estaba solo.

Alis regresó exhausta, sin embargo, el tiempo pasado en el exterior le sirvió para construir una coraza que la protegiera. Al menos eso pensaba hasta que vio a Gerard en la escalera.

—Hola —le dijo sin atreverse a mirarlo—. ¿Cómo estás?

—Como si me hubiera enfrentado a un tritón. —Alis esbozó una triste sonrisa—. Aunque no soy tan viejo para eso.

—Claro —contestó, incómoda.

—¿Te importa acompañarme a dar un paseo? —le pidió.

Alis habría querido negarse. Permanecer a su lado no sería la mejor cura para su desamor. Sin embargo, no fue capaz de rechazar la invitación.

—¿Te encuentras bien para caminar?

—Si permanezco más en esa cama, te juro que me volveré loco.

Gerard bajó despacio los escalones y se aferró a su brazo. La tensión de Alis ante su contacto fue evidente para él y vergonzoso para ella. No recordaba su vida anterior y, por la reacción de la joven, supuso que no la había tratado muy bien mientras fue un perdido y esa idea le atormentaba. El haberle hecho daño lo carcomía por dentro.

—Alis —su voz vaciló un instante al hablar—. Necesito saber si te hice daño.

—¿Daño? —Alis hubiera respondido que le había destrozado el corazón, arruinado la vida y casi aniquilado su existencia. Pero sabía a qué se refería—. No mucho —dijo, y en su rostro mostró una leve sonrisa al recordar—. Nunca me habían pegado con una fusta —confesó.

Gerard mostró un color ceniciento, casi verdoso que la preocupó.

—¿Estás bien?

—No —consiguió responder—: No me gusta lo que me cuentas.

—Olvídalo. —Alis agarró su mano para consolarlo—. No creas que dejé que fueras más allá. —Gerard la miró sin comprender y ella continuó—: Tus partes más íntimas tenían los días contados si hubieras seguido por ese camino.

—Me alegro de que así fuera, aunque tampoco me agrada pensar que una parte de mí, y una tan importante, hubiera desaparecido.

Ambos esbozaron una sonrisa, pero de pronto, un silencio tenso y doloroso se extendió entre ellos.

—Alis, yo...

—No digas nada —lo interrumpió—. Mañana me voy, necesito... alejarme de ti. —Colocó un dedo en sus labios para acallarlo.

Gerard no recordaba los motivos que la habían llevado a tomar aquella decisión, pero en su interior sabía que era la correcta.

El precio de la despedida

«No pocas veces ya he dicho adiós; conozco las horas desgarradoras de la despedida».

Friedrich Nietzsche

Tras la propuesta de Alis, Gerard permanecía en silencio sentado en el sofá de la biblioteca, mientras Chantal jugueteaba con sus dedos entrelazando los suyos una y otra vez. Clemont no disimulaba su enfado. Tenía demasiados años para guardar los sentimientos bajo una correcta capa de sociabilidad. De todos modos, el viejo caído respetaba su decisión. No obstante, dejó muy claro que no la compartía y su ceño fruncido así lo demostraba.

—¡Muchacha! ¡Creo que cometes una auténtica estupidez! —terminó por decirle.

El viejo duque se sirvió una copa y tendió un vaso a Gerard. Este la cogió y lo bebió sin percatarse de cuál era el contenido.

—Si Alis quiere marcharse, no podemos impedirselo —intervino Chantal con un tono de voz dulce que no engañó a ninguno de los presentes en la habitación.

—¡Oh! ¡Cállate! —le increpó Clemont—. ¿Crees que soy tan viejo para no darme cuenta de qué tramas?

La joven enrojeció de vergüenza o de rabia. Alis no estaba muy segura de cuál era la emoción que pugnaba por ganar en esa batalla de autocontrol que se libraba en la mente de Chantal. Pero si las miradas desintegraran, ella ya sería un charco de agua en medio de una valiosa alfombra.

—No discutáis —se apresuró a decir Alis. Con el rabillo del ojo observaba la impasividad de Gerard ante su comentario y no fue agradable presenciarlo. Decepcionada, se obligó a continuar—: Nada cambiará mi opinión.

Gerard miraba el vaso y era el único que aún no había pronunciado una palabra a favor o en contra de su decisión.

—¿Tú estarás de acuerdo conmigo en que es una locura? —le preguntó Clemont.

Esperaba que ese muchacho le devolviera la cordura a la joven, pero no sería su aliado en aquella empresa.

—No importa qué piense —respondió, y bebió de un trago la copa sin ni siquiera mirarla—. Alis es libre de tomar sus propias decisiones.

—La encontrarán —le recordó el duque, y fijó los ojos en los de él. No podía leer su mente, aunque no era tan necio para no ver qué pretendía.

El antiguo caído evitó la mirada inquisitiva de Clemont y dirigió la atención a Alis, quien mantenía una sonrisa que intentaba mostrar seguridad, pero tan falsa que no engañaría ni a un niño de pecho.

—Sé cuidarme sola, hasta hoy lo he hecho bastante bien. Además, quiero visitar la tumba de mi madre.

Clemont alzó los brazos en señal de derrota. Se sentó de nuevo ofuscado por el disparate que esa joven cometería pero, sobre todo, le irritaba la pasividad de Gerard al permitirselo.

—Alis, espero que tengas suerte, todos intentarán darte caza. Ahora, si me disculpáis, un anciano como yo ha de retirarse a descansar. —Clemont le guiñó un ojo, había visto en su mirada la necesidad de despedirse de Chevalier—. Chantal, ¿podrías acompañarme esta noche? Necesito que alguien me lea un rato antes de dormir.

—Pero yo... —protestó la chica, indecisa.

—¿Tienes otra cosa mejor que hacer que leerle a tu anciano tío?

—No, claro que no —se resignó Chantal pero, al levantarse, besó a Gerard en los labios.

Cuando los dos se marcharon, el silencio fue tan opresivo que Alis creía que no podría respirar. Gerard se levantó despacio y se encaminó al mueble bar para servirse otra copa. No estaba segura de que fuera lo mejor, había tomado varios analgésicos y la mezcla con el alcohol no sería muy recomendable. Ahora solo era un hombre y como tal tenía limitaciones; por el contrario, las pasiones eran mucho más intensas. Alis notaba su presencia cerca de ella. Su mente la urgía a marcharse sin más, pero irse sin decirse

adiós, sin pronunciar una palabra de despedida resultaba desolador y no pudo obedecer ese pensamiento racional.

—Gerard... —se atrevió a decir sin girarse.

Él no respondió. Durante un instante creyó hallarse sola. Asustada ante el hecho de no verle más se giró y tropezó con él. La miraba con tal intensidad que Alis se olvidó de respirar. Él lanzó al suelo la copa de cristal y milagrosamente no se rompió, luego la abrazó. No esperaba aquella reacción, Gerard la besaba con urgencia, su lengua recorría el interior de su boca con el ánimo de quien busca el mayor de los tesoros. El cuerpo de Alis reaccionó con absoluta entrega y un gemido escapó de su garganta. Deseaba sus besos embriagadores que dejaban en ella el gusto del alcohol que había bebido. También ansiaba que continuara con sus caricias. Sus manos eran tan cálidas que el calor atravesaba la blusa y quemaba su piel. Sería la última vez que estarían juntos. Los últimos instantes en que su corazón no lloraría la distancia. Como un condenado ante el pelotón de fusilamiento, Alis aceptó su destino y pidió un último deseo. Sin embargo, después se alejaría de él o ambos se destruirían.

—Gerard... —pronunció con un hilo de voz.

No le importaba que no la amara. Aunque no podía ocultar que la deseaba. No se engañaría creyendo que entregarse al deseo cambiaría las cosas, pero guardaría un recuerdo de un amor que nunca podría ser.

—Alis..., no...

La joven rozó sus labios con la yema de los dedos y él olvidó su prudencia, todo lo que arriesgaban y la besó con ansiedad. Las manos de ambos recorrieron sus cuerpos, carecían de tiempo y se entregaron a satisfacer su propio placer. La alfombra persa los recibió con calidez. Rodaron como niños en un mar de arena solo para unirse más aún y entrelazar sus cuerpos hasta convertirse en uno. Sus respiraciones agitadas eran lo único que se escuchaba en el salón. Los brazos de Gerard eran el refugio que Alis necesitaba y se entregó sin reservas. Durante un segundo, los dos se mantuvieron inmóviles, conscientes del amor que no se atrevían a confesar y que sus cuerpos relataban sin tapujos con cada beso o caricia. Alis era incapaz de describir con palabras la felicidad que la invadía en ese momento. Una felicidad que la consumía por dentro. Gerard acarició sus labios y ella mordió su pulgar con

una sensualidad que enardeció todos los sentidos del antiguo caído. En sus quinientos años de existencia jamás había sentido una pasión tan intensa por una mujer. La abrazó con tanta fuerza que temió dañarla, pero nunca hubiera imaginado que no lo rechazase por lo que había sido y, sobre todo, por lo que ahora era. Al fin había encontrado la paz, lo supo cuando se introdujo en su interior y la hizo suya.

Las sombras dieron paso a una ligera luz del alba. No se habían levantado de la alfombra y se resistían a separarse.

—Gerard... —pronunció casi en un susurro, por el esfuerzo de romper el hechizo que la hacía temblar de pies a cabeza.

—No te vayas —le pidió él, mientras besaba su frente y respiraba el aroma de sus rizos negros. Una voz en su mente emitió un alarido de dolor. «¡No! Ella estaría en peligro junto a él».

—¿Por qué?

—Siempre con tus porqués —respondió él, y volvió a besarla. Gerard se preguntó quién de los dos entes que pugnaban por apoderarse de su cuerpo le había pedido aquello.

—¿Y Chantal?

—No es nada para mí, pero tú eres especial y quiero que te quedes.

Alis hubiera dado media vida por oír otra respuesta. Sí, la necesitaba, pero solo porque la deseaba. Estaba acostumbrado a tener todo aquello de lo que se encaprichaba y ella era su nuevo juguete. Se preguntó cuánto duraría la ilusión, cuánto tiempo pasaría antes que la desterrara de su vida. Ni Chantal ni ella habían conquistado su corazón. No soportaría ser una más. Había sido una estúpida. Había luchado tanto por un amor que solo ella sentía que le costó mucho contener las lágrimas.

—No puedo quedarme —logró contestar sin traicionarse.

Gerard, al oír su negativa, se apartó de ella. Observó a Alis y ella lo retó con una mirada gélida. No tenían nada más que decirse.

—Despidámonos como amigos. —Ella le tendió la mano.

—Como amigos —respondió él, incorporándose del suelo.

Alis siguió su ejemplo y recogió las ropas diseminadas por todo el cuarto vistiéndose en silencio. Su frialdad le había diseccionado el corazón, pero se dijo que ella debía actuar de igual manera. Justo cuando se marchaba, Chantal

entró y le lanzó una mirada cargada de rabia con la que pretendía fulminarla allí mismo.

—Mi amor, te has dejado el talón. —Lo agarró del brazo y le extendió el cheque a Alis.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella sin dejar de mirarlo.

—Una recompensa por tus servicios.

Alis lo hubiera abofeteado, de hecho, tuvo que clavarse las uñas en la palma de la mano para no hacerlo. Todo lo sucedido había sido premeditado. Solo había satisfecho una necesidad y ahora pagaba por ella.

—Ya has sido bastante generoso —se obligó a decir, ocultando la vergüenza y la humillación.

Ella no solo le había entregado su cuerpo esa noche, también todo su amor y él se lo pagaba de aquel modo. Necesitó mantener toda su compostura para no dejarse llevar por la rabia.

—Gerard ha pensado —intervino Chantal— que no trabajes durante un tiempo. No deja de tener su riesgo y no sería bueno para nadie que anduvieras con malas compañías.

Los ojos negros de Alis estallarían de un momento a otro si no salía pronto de allí. Gerard no dejaba de mirarla y su voz le sonó articulada al decir:

—Te agradezco que pensaras en mi seguridad, pero no será necesario.

—Acéptalo Alis —insistió, y para ella en ese instante el mundo se hundió a sus pies—. Por una vez, servirá para algo bueno.

Alis no sabía qué decir. Gerard se giró y salió por la puerta que conducía al jardín.

—¡Maldita zorra! Si no te vas mañana te juro que yo misma te entregaré a don Ángel. ¿Me has entendido?

A Alis le daban igual las amenazas de Chantal, solo estaba inmersa en la tristeza que sentía al alejarse de Gerard. Se dio la vuelta y supo que en Reims dejaba una parte de sí misma, una que jamás podría recuperar.

El tiempo en una botella

«El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad».

Victor Hugo

Había pasado una semana interminable en la que Alis intentó recuperar su vida. Los servicios municipales se encargaron del sepelio de su madre. Una lápida de granito gris atestiguaba que nada había sido irreal. Su amiga Marian sin lugar a dudas la había asesinado; la noticia se publicó con todo lujo de detalles en todos los periódicos. En el fondo sabía que no fue su mano la que la ejecutó, pero le era difícil perdonarla. Durante esos días había adelgazado y en las noches en que podía dormir, soñaba con Gerard y entonces una punzada dolorosa le atenazaba el pecho. Se marcharía de allí al día siguiente, era lo único que podía hacer para que no la encontraran. Además, la soledad que rodeaba su casa como un frío sudario la obligaba a realizar cada día caminatas más largas. Llegaba hasta el faro, ese lugar se había convertido en una rutina que necesitaba cada vez más para obtener un poco de paz. Entró en casa empapada, se dirigió a la cocina y al pasar por el comedor un grito escapó de su garganta. Alis se quedó inmóvil, incapaz de reaccionar.

La chica había cambiado. Su sombra era aterrador, sin embargo, conseguía dominarla no sin gran esfuerzo por su parte.

—Desea tanto la venganza que será difícil controlarla —aseguró sonriendo y señaló a la sombra.

—¿Qué haces aquí?

Los ojos de Alis se desviaron al cajón del mueble de la cocina. Esperaba conseguir un arma para defenderse de aquel monstruo.

—Saldar una vieja cuenta.

Alis se adelantó un paso y Joy se puso en pie.

—Nunca le confesé a nadie que me ayudaste.

—Pero lo han matado y todo por tu culpa. La chica del don especial, la zorra que le ayudaría a ser el rey del inframundo. Te salvé la vida y cómo me lo has pagado. ¡Matándolo! —gritó fuera de sí.

Entonces, la sombra saltó a la mesa. Tenía los ojos llameantes, la lengua roja y sangrienta entre la que asomaba unos enormes dientes afilados. Aquel monstruo no dejaba de mirarla con ganas de arrojarse sobre ella. Alis se abalanzó hacia el cajón y Joy ordenó a la sombra que atacara. No fue lo bastante rápida y unos dientes afilados atraparon su tobillo y atravesaron la carne. La joven emitió un alarido de dolor.

—¡Basta! —ordenó Joy. La sombra, con un gruñido de disgusto, se retiró a un rincón.

La perdida la agarró del pelo y le alzó la cabeza. Alis intentaba escapar, pero el tobillo le dolía tanto que creía haber perdido el pie. Joy tiró de su cabello arrastrándola hasta el comedor. A pesar de sacarle bastantes centímetros de altura, era una chica muy fuerte; no le concedería una muerte rápida. Respiraba con dificultad, al tiempo que la sombra contenía el hambre; por ahora, se contentaba con lamer su sangre.

—Alis, Alis, Alis —repitió su nombre Joy, acompañando sus palabras con un gesto de cabeza que no pronosticaba nada bueno para ella—. ¿Qué voy a hacer contigo? Cuando te buscaba, pensé en varias posibilidades para vengarme de ti, pero me parecen demasiado simples.

—¡Acaba de una maldita vez! —le gritó, y Joy reaccionó estrellando su rostro contra la mesa. Por un instante, el golpe la dejó aturdida y un hilo de sangre salió de su nariz.

—No me interrumpas —le susurró colérica—. He visto a Chevalier.

Alis tragó saliva, esperaba que no le hubiera dañado, pero las palabras de Joy fueron tan perniciosas como un bisturí oxidado rasgando su pecho.

—Lo acompañaba Chantal Clemont. —Alis apretó los labios y Joy añadió —: Anunciaban que se habían comprometido, lo hicieron en la fiesta de cumpleaños de la chica. Todo un evento en el que Clemont no escatimó gastos.

—Felicítalos de mi parte.

—No se te da nada bien mentir. —Emitió una carcajada y sacó un cuchillo enorme—. Tú y yo vamos a divertirnos un buen rato.

Alis cerró los ojos, aterrada, por lo que pasaría. Joy le rompió la manga de la camiseta. El puñal brillaba con intensidad. Acercó la afilada hoja de metal a su piel y realizó una incisión, la sangre brotó de inmediato y los gritos de Alis inundaron la habitación. La sombra se movía impaciente, agitada por la sangre y el sufrimiento de Alis. Por el rabillo del ojo observó cómo le costaba controlarse, mientras Joy continuaba con el laborioso trabajo de marcar cada centímetro de su brazo con pequeñas incisiones, provocándole un intenso daño. Tenía ganas de vomitar y el dolor del tobillo se extendió por la pierna hasta la cadera.

—¿Piensas estar todo el día haciéndome esto? —preguntó Alis con los dientes apretados.

—No te hagas la valiente conmigo, sé que esta tortura te está matando. —Tiró del pelo de Alis—. Tengo todo el tiempo del mundo para hacerte sufrir —le aseguró con una terrible sonrisa—. No lo olvides.

Alis conocía la verdad; antes de matarla, le haría padecer y mucho. Joy continuó con su meticuloso trabajo de torturarla. El sudor y las lágrimas descendían a la vez por el rostro de la joven. Después de casi una hora, le ardían el brazo y la pierna. Se había quedado afónica de tanto gritar y había vomitado dos veces. El dolor era insoportable, pero cuando le rompió la camiseta por la espalda, supo que lo peor aún no había llegado.

—¿Cuántos años crees que tengo? —le preguntó, mientras le ataba las manos.

—No lo sé —susurró Alis confusa por el miedo.

—Tengo más de trescientos años —sabía que era cierto—. En mi época el castigo se impartía según el delito cometido en la plaza del pueblo. La mayoría de las veces el ladrón perdía una mano, el asesino era ahorcado, también se quemó a alguna mujer acusada de brujería, pero primero se les azotaba y después se ejecutaba el resto de la pena. Eso, amiga mía, te espera. Además, cuando estés muerta iré a por Gerard —le recordó con saña—. Cada vez que sientas uno de los latigazos piensa que él muy pronto correrá tu misma suerte.

—¡Dios! ¡Cállate de una jodida vez! Puedo aguantar tu tortura, pero no tu

palabrería.

Alis temía derrumbarse e implorarlo. Un pensamiento la tranquilizó: Deseaba acabar con todo aquello cuánto antes y, sobre todo, deseaba dormir y no despertar.

Gerard sintió un escalofrío. Inquieto y temeroso caminó de un lado a otro del cuarto sin una razón aparente. Chantal le saludó desde el jardín y él correspondió con la mano. Se sirvió un par de copas y bebió con ansiedad el contenido. Clemont apareció en el cuarto y al mirar su rostro adivinó que le contaría malas noticias.

—¿Qué ocurre?

—Alis.

Gerard se dio la vuelta. Su semblante mostraba la lucha que pugnaba en su interior. Una lucha de la que Clemont no podía ser testigo. Tras un esfuerzo que lo dejó exhausto, consiguió desterrar en un agujero profundo de su mente a la otra alma que se había pegado a la suya cuando lo sacaron del infierno.

—¿Qué le ha pasado? —consiguió preguntar.

—¿Te encuentras bien?

Clemont advirtió su palidez, el joven apretaba los puños y tenía la frente perlada de sudor.

—Sí, dime —lo miró con desesperación. Clemont lo observó con fijeza, durante un segundo casi había creído que sus ojos eran los de un extraño—. ¿Cómo está?

Gerard se acercó hasta el duque y en su actitud había una dolorosa angustia.

—La han encontrado cerca del faro.

—¿Sufrió mucho? —preguntó con un nudo en la garganta—. ¿La torturaron?

—Sí.

—¿Tardó en morir? —preguntó Gerard, con la voz enronquecida por el dolor.

En ese instante, había tomado la decisión de unirse a ella en el más allá. La

buscaría aunque tuviera que ir al mismo cielo y enfrentarse a Gabriel. No disponía de mucho tiempo, la otra alma exigiría su posición y le impediría hacerlo. Pero en ese momento, aún era Gerard de Chevalier. Sacó un pequeño puñal, le dio la espalda a Clemont para que no se lo impidiera y se llevó la fina hoja al cuello.

—¿Morir? —respondió incrédulo Clemont—. ¡Muchacho! ¿Quién te ha dicho que ha muerto?

El cuerpo de Gerard tembló y una lágrima descendió por su mejilla. Nunca había llorado, ni siquiera de niño cuando recibía las palizas de su padre. Se mordía los labios hasta sangrar, pero jamás había llorado. Soltó el puñal y agarró los brazos de Clemont.

—¡Vive!

—Deja de sacudir a un viejo de esa forma y sí, aún vive.

—¡Gracias al cielo!

Ambos se miraron con una sonrisa. Clemont tomó la mano de Gerard y los dos aparecieron dentro del ascensor de un hospital.

—Clemont... —dijo Gerard—. Chantal...

—Muchacho, sé qué sientes por Alis —le interrumpió el viejo caído—, y Chantal también, pese hacerse falsas ilusiones. He visto lo que estabas dispuesto a hacer si ella hubiese muerto. Un amor así no es fácil de olvidar ni de sustituir.

—Gracias por todo —le dijo antes de que la puerta del ascensor se cerrara.

Gerard se encaminó a la enfermera que se encontraba en recepción. No volvería a dejarla sola, si tenía que morir, ambos lo harían juntos. La mujer, con una afable sonrisa, esperó a que hablara.

—¿La habitación de Alis Holstein?

—¿Es un familiar o un amigo?

—Soy su novio —dijo Gerard, y pronunciar esa palabra le resucitó el alma.

—Entonces, se alegrará de verlo. Ha estado repitiendo su nombre una y otra vez. ¿Usted es Gerard?

—Sí.

La enfermera emitió de nuevo una sonrisa y le dijo:

—La habitación es la 204. Siga derecho por ese pasillo y vaya hasta el final.

—¿Le importa que tome prestada esta flor? —preguntó, y sacó una pequeña

margarita de un jarrón del mostrador de recepción.

—No me importa si es por un motivo tan noble.

Temía ver a Alis, podría sobrellevar su dolor, pero no le sucedía lo mismo con el de ella. Tampoco sabía cuánto tiempo podría ser él mismo. De todos modos, nada le hubiera preparado para afrontar lo que vería detrás de la puerta de la habitación 204.

Alis tenía los brazos vendados, una pierna escayolada, dos manchas violetas en las mejillas y una venda rodeaba su pecho y espalda. Numerosas cánulas salían de sus muñecas. Se acercó a ella y tomó entre los dedos algunos rizos negros.

Alis entreabrió los ojos, creyó ver una alucinación y no pudo evitar las lágrimas.

—¡Estás vivo! —exclamó con alivio.

—Alis... —dijo Gerard sin atreverse a decir nada más. Llevó su mano a los labios y la besó con dulzura.

—Ella me dijo que te mataría.

—¿Quién?

—Joy.

—Pues ya ves que no. Soy un tipo duro y tú también. —Alis esbozó una sonrisa que reflejó el suplicio que había padecido.

—¿Quieres hablar sobre ello?

—No estoy segura de poder hacerlo.

—Si no estás preparada, lo entenderé.

—Ella... —Gerard acarició su frente, el único lugar donde no tenía dolor, ante su indecisión de hablar—. Me aseguró que morirías.

Gerard tensó los labios al comprender qué le había sucedido.

—Alis, te juro que seré yo quien la mate.

—Eso no será necesario.

Un viaje a la oscuridad

«Encuentras mis palabras oscuras. La oscuridad está en nuestras almas ¿No crees?»

James Joyce

Alis cerró los ojos. Recordaba haber escuchado la voz de un hombre. No sabría identificar quién era, pero la autoridad que emanaba era tan terrible que incluso la sombra se encogió en un rincón, como un perro con el rabo entre las patas. No se atrevía a moverse ni defender a su dueña. Como en un sueño, Joy se clavó su cuchillo en las entrañas, siguiendo las órdenes del ser al que Alis no podía identificar. Un segundo más tarde, se encontraba en una roca cercana al faro, notaba el aire en el rostro, y gracias al dolor de espalda sabía que aún vivía. Un turista llamó a la policía, entonces, perdió de nuevo la consciencia cuando la introducían en la ambulancia. Despertó cinco horas más tarde en una cama de hospital temerosa de que Joy hubiera cumplido su palabra de asesinar a Gerard.

Él, al verla con los ojos cerrados, pensó que se había dormido y muy despacio, para no despertarla, salió de la habitación. Se pasó una mano por el pelo, en un gesto de impotencia, ante lo que había sufrido por su culpa. Apretó un puño contra la pared. Ahora era un humano, con las ventajas, pero también inconvenientes que ello suponía. No disponía de la fuerza de los caídos, ni la sombra de los perdidos, y tampoco la capacidad de aparecer y desaparecer de los ángeles. Además, batallaba continuamente contra un alma que no era la suya. Ahora era un mortal y temía no poder defender a Alis de todos esos monstruos, pero lo que más temía era no poder defenderlo de él.

Gerard se sobresaltó al sentir una mano sobre el hombro. Se trataba de Lucien, esta vez no venía solo. Lo acompañaban dos caídos.

—He venido en cuanto lo he sabido —dijo, y abrazó a su hermano.

—Gracias por venir.

—¿Está bien?

—Al menos, está viva. —Gerard se separó unos pasos de los amigos de Lucien y este lo siguió—. ¿Qué te ocurre?

—No puedo protegerla.

—Lo sé, para eso he traído a estos amigos.

—¿Quiénes son? —preguntó Gerard, y miró con desconfianza, sobre todo, a uno de ellos.

—El que no te gusta —dijo con una sonrisa Lucien—. Se llama Anselmo.

—¿Por qué va vestido de monje?

—Porque lo es.

—¿Y las gafas de sol?

—Bueno, es ciego.

—¿Y el otro?

Sus ojos se desviaron hacia su compañero, parecía más bien un estudiante universitario de primer curso que un aguerrido guerrero.

—Se llama Harvard. No subestimes a ninguno de ellos.

—Tú eres el experto —respondió con resignación Gerard.

Se sentía un inútil y había llegado a pensar que la vida de Alis sería mucho más fácil sin él. Esa situación acabaría destrozando la relación tan frágil que los mantenía unidos. En realidad, no le importó, y eso le asustó aún más. Tenía la sensación de que se fraguaban unos sentimientos ajenos a su voluntad. Unas emociones que lo distanciaban de Alis porque no eran las suyas, sino las del otro ser. Quiso confesarle a su hermano sus temores, pero de manera irracional prefirió guardar silencio.

—¿Cómo es?

—¿El qué? —preguntó, regresando a la realidad.

—Ser de nuevo un mortal.

Gerard dudó qué responder. Por una parte, agradecía con todo su ser compartir una vida con Alis, al menos lo intentaría, si conseguían sobrevivir. Saber que no podía defenderla como antes, le atormentaba. Pensar que él le causaría más daño que ningún otro, si no vencía al ente que intentaba dominar su cuerpo era mucho más mortificante. No podía sincerarse y optó

por contar una media verdad.

—Es una auténtica porquería —le respondió, y al mismo tiempo añadió—: Pero no lo cambiaría por nada. Debo ir a la cafetería, ahora el hambre también es una de mis prioridades.

Gerard había mentido a su hermano, pero necesitaba salir de allí cuanto antes. Cuando abandonó el hospital vomitó en el aparcamiento. El miedo se había extendido por sus venas con unos inexorables tentáculos. Su alma se estaba replegando, mientras que la del otro ente se abría paso en su interior arañando con uñas y dientes todo lo que encontraba en su camino. El pánico le contrajo las entrañas al saber que ya no le importaría el bienestar de Alis, ni su seguridad ni su amor. Se dijo que necesitaba un trago o dos o mil. Se dirigió a un tugurio en la parte más marginal de la ciudad. Su ropa llamó la atención entre los parroquianos, la mayoría más del gusto de su hermano Lucien que del suyo. Se acercó a la barra y pidió una botella de *whisky*, ni siquiera se fijó en la marca. Soltó sobre la barra un billete de cien euros.

—Amigo, puedo darle el mejor, pero cuídese de enseñar tanta pasta en un sitio como este —le aconsejó el barman.

Un hombre que había visto como su barrio se convertía en un lugar donde los indeseables, los marginados y los que la sociedad lanzaba a la basura se apoderaban de él sin que las autoridades hicieran nada por evitarlo.

—Le agradezco sus consejos, amigo —gruñó Gerard.

Quería problemas, por eso había entrado allí. Necesitaba olvidar un instante a Alis y lo que significaba para él. Debía protegerla de ese ente que quizá muy pronto ocupara su alma. No permitiría que ese engendro del infierno la dañara, si no le dejaba suicidarse haría todo lo posible para que otros acabaran con él. Escuchó en su mente, con una clara nitidez, las burlas de ese demonio por lo que pretendía hacer y Gerard lanzó la botella por pura rabia. El silencio se extendió entre los presentes cuando uno de los jugadores del billar, un tipo rudo que medía al menos veinte centímetros más que el antiguo caído y con unos músculos como rocas, se aproximó a él de manera desafiante.

—¡Eh! Modelito —le dijo, el resto de sus amigos emitieron unas carcajadas por el nombre con el que le había designado—. Me has manchado la ropa con el *whisky*.

Gerard apretó los puños. Se giró para encararse con aquella mole que en otros tiempos habría callado con uno de sus golpes. Sin embargo, ahora le costaría mucho más ganarle e incluso salir de una pieza de allí.

—Me hablas a mí, cabrón ignorante —dijo, y esta vez el otro ente emitió una risa, sabedor de que no se rendiría contra el macarra que tenía enfrente.

—Sí, capullo. A ti, modelito de mierda.

El tipo lo agarró de la solapa de la chaqueta. Gerard pataleó como si fuera un muñeco, la falta de respiración le haría perder la consciencia de un momento a otro. Alzó los brazos y lanzó un derechazo contra el rostro del hombre, pero casi fue una simple caricia. Entonces, se vio lanzado hacia una esquina, chocó contra una pared y el dolor le atravesó de arriba abajo como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Intentó levantarse, pero aquel bastardo lo alzó de nuevo y lo llevó hasta la barra y la limpió con su espalda.

—Bonito traje —dijo, cuando terminó.

Gerard respiraba con dificultad, la rabia lo consumía. Sus quinientos años de existencia pesaban sobre su orgullo herido. De reojo observó una botella que el barman había colocado disimuladamente sobre la barra. El tipo le guiñó un ojo y Gerard supo qué debía hacer con ella. La estrelló contra la cabeza de aquella masa de músculos, esta vez pareció que se tambaleaba y se desplomó en el suelo con un sordo golpe. El joven se incorporó con dificultad, empuñando el resto de botella rota a modo de defensa.

—¡Alguien más quiere llamarme modelito! —gritó con rabia.

No había un lugar en el cuerpo que no le doliera, es más, había olvidado cuánto podía doler una paliza, a pesar de que había recibido muchas a lo largo de su vida mortal.

El resto de parroquianos continuaron bebiendo, jugando al billar y fumando sin prestar atención al tipo del suelo ni al chico con el traje arrugado y con la cara multicolor por los moratones.

—Te sacaré otra botella, muchacho —le dijo el barman.

—Que sean dos —dijo una voz a su espalda que reconoció enseguida.

—Lucien, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar con Alis y sus guardaespaldas? —dijo con una nota de desprecio que no le pasó inadvertida.

El caído observó el estropicio que había montado su hermano y se aseguró que no hubiera represalias. De un vistazo atravesó con la mirada al resto de

clientes. Todos ellos, sin excepción, comprendieron que aquel tipo no era alguien a quien tocarle las narices.

—Alis ha preguntado por ti un par de veces. No sabía qué decirle. —Gerard ignoró sus palabras y bebió su copa. Lucien observó que no era la primera y, dado el estado en el que se encontraba, no sería la última ese día—. ¿Qué te ocurre? Recuerda que solo eres un cuerpo y un alma —dijo, y señaló al tipo que emitía unos ronquidos ensordecedores; lo pateó con suavidad hasta acallararlo.

Gerard tomó la botella y, ante el asombro de su hermano, se la bebió de una vez. Sí, era un cuerpo, pero Lucien se equivocaba en su apreciación: dos almas habitaban en él, y no dejaría que una de ellas dañara a Alis. El problema es que cada vez la suya se diluía con mayor rapidez en su interior. Sonrió a su hermano para disimular su estado y dijo:

—Intentaré conservarlos durante mucho tiempo y de una pieza.

—Eso espero, Alis y yo hemos sufrido mucho para conseguirlo.

Su hermano no bromeaba, juraría que había sacrificado en ese proceso más de lo que le había contado. Palmeó su hombro de manera amistosa y le dijo:

—Vamos a celebrar que soy mortal.

Hacía un par de horas que Lucien presentó a Alis a sus nuevos guardaespaldas. La joven los miraba con recelo desde que entraron por la puerta. Veía sus oscuras alas tras la espalda, lo que no la tranquilizaba en absoluto.

—Hermana Holstein —dijo el monje al advertir la tensión en la chica—. ¿Le importaría dejar de mirarnos con tanta desconfianza? Le aseguro que estamos aquí para protegerla. Noto su intranquilidad pese a no verla.

—No la culpo —intervino el que Lucien llamó Harvard. El chico de pelo rizado y negro le guiñó un ojo antes de continuar—: Yo tampoco me fiaría de un tipo tan feo como tú y con pinta de inquisidor.

Alis no pudo evitar sonreír.

—Hermano Anselmo, ¿puedo tutearle? Me resultaría más cómodo. De

todos modos, es usted muy joven.

Harvard emitió una carcajada y Alis se sintió ridícula, aunque lo comprendió.

—Aparentamos ser jóvenes, pero Anselmo ha conocido los tribunales de la Inquisición y yo a Newton. Eso aclara tus dudas sobre nuestra edad.

—Ese no es un tema apropiado del que hablar con nuestra enferma —intervino molesto el monje.

—Eres un aguafiestas —le replicó Harvard, y se sentó en la cama de Alis —. Es tan serio que en más de cien años que hace que nos conocemos, no le he visto sonreír ni una vez.

Harvard era simpático y alegre, en cambio, Anselmo sería el contrapunto idóneo a la hora de mantenerlo a raya.

—No importa, no creo que tengamos muchas ocasiones de sonreír.

—¡Oh! Jovencita, vivir ya es una de ellas —apostilló Anselmo y esta vez Harvard asintió muy serio.

Alis vislumbró en él una gran tristeza que también captó su amigo, ya que se aproximó a la ventana y le concedió un momento de intimidad.

Un par de horas más tarde, Lucien apareció en la habitación. Alis dormía cuando se fue y todavía continuaba haciéndolo cuando regresó. Anselmo leía un libro en braille sobre un asunto teológico. Mientras que Harvard miraba la pantalla de televisión en silencio; transmitían un partido de baloncesto.

—¿Y Gerard?

—En la cafetería —dijo Anselmo.

Lucien no hizo ningún comentario, pero le extrañó que dejara a Alis sola durante tanto tiempo y en compañía de aquellos caídos en los que no confiaba. Sus sospechas empezaron a extenderse por su mente y contrajo el entrecejo con una terrible tristeza. Rogó por equivocarse, después de todo lo que Alis y él habían sacrificado y sufrido.

—Nada por lo que alarmarse. Salvo dos enfermeras y un médico, nadie se ha acercado a ella —le confirmó Harvard, sacándolo de sus pensamientos.

Anselmo cerró el libro y su compañero apagó la televisión. Ambos miraron a Lucien y el monje fue el primero en preguntarle:

—¿Gabriel ha escapado?

—Lo siento, amigo mío, pero así es.

Anselmo apretó el libro con tanta fuerza que se desintegró en sus manos.

—Sé que es difícil para ti —intervino Harvard—. Hermano, has de tener paciencia, pronto ese traidor arderá en las llamas del infierno.

—Ni yo lo hubiera profetizado mejor —dijo más relajado el monje.

—¡Chicos! —intervino Alis—. Ese médico es un perdido. —Señaló a un hombre con una barba blanca.

La habitación tenía una enorme ventana interior que permitía ver todo el pasillo.

Todos se pusieron en alerta y desaparecieron. Alis era un cebo marino a la espera de que un enorme ejemplar de tiburón cayera en la trampa. De nada servía asustarse, así que sonrió al pensar que contaba con tres caídos para defenderla.

El falso médico entró en el cuarto y sacó una jeringuilla del bolsillo. Se dirigió con cautela a la botella de suero líquido que alimentaba a Alis. De pronto, Anselmo apareció. La sombra se dio la vuelta al notar la presencia del caído acechándole. La joven aprovechó el momento y lo golpeó con el teléfono. Eso lo desconcertó lo suficiente y soltó la jeringuilla.

—Hermana Holstein, si no le importa, déjeme la evangelización de este pagano.

—Es todo suyo —le dijo, el esfuerzo la había agotado.

El médico se dispuso a atacarla y Harvard lo detuvo al decir:

—Ni se te ocurra. —Extendió las alas y miró a su amigo—. ¿Crees que necesitarás ayuda? Me gustaría ver el partido de los *Red Dragons*.

—Hermano Harvard, no tardaré mucho en convencer al hereje de sus pecados.

—Date prisa, tengo hambre y nuestra preciosa dama necesita descansar.

El perdido no dejaba de mirar a uno y a otro, se notaba que se impacientaba. Anselmo, a pesar de la ceguera, se lanzó en un ataque suicida hacia la sombra. En menos de dos minutos, aniquiló a ese monstruo de ojos llameantes en un rito de conversión que Alis no había visto jamás.

—Te dije que conoció la justicia de la Inquisición, aunque no te dije por qué.

Alis no necesitó saber la respuesta, podía imaginarse el motivo de la condena.

Tres son multitud

«El que es celoso, no es nunca celoso por lo que ve; con lo que se imagina
basta».

Jacinto Benavente

Después del incidente en el hospital, todos sus protectores decidieron dónde debía recuperarse. Durante toda su vida, Alis había tomado sus propias decisiones. Y ahora, un monje, un estudioso de Harvard, un metalero y Gerard ignoraban su opinión. Tras darle el alta en el hospital la llevaron a una casa cerca del faro, sin otro entretenimiento que ver los acantilados y cómo las olas se estrellaban con furia contra las rocas. Anglesey se había convertido en un refugio improvisado. Según sus guardianes, disponía de las mejores defensas y nada ocultaría la llegada de un invasor. A veces, se veía como las mujeres de los antiguos galeses a la espera de una invasión romana. Ansiosa ante una espera que solo tendría un trágico desenlace. Al menos, el picor de los brazos disminuyó al quitarse las vendas, aunque las cicatrices eran aún muy visibles.

—No debes preocuparte por lo que piensen los demás —dijo Anselmo a su espalda.

El joven monje se había transformado en un enigma. No era muy hablador y sus palabras, en la mayoría de las ocasiones, escondían un doble sentido que irritaba a Alis. Nunca se quitaba las gafas ni tampoco el hábito, pero intentaba consolarla cada vez que tenía la oportunidad. Alis giró la silla de ruedas en la que permanecería, un mes más, a causa de la pierna. Miró las gafas oscuras del monje y sonrió. En algunos momentos, dudaba de que fuera ciego. Había llegado a ser un excelente compañero en su encierro. Harvard casi siempre vigilaba los alrededores. Y Gerard había cambiado tanto que

creía que ya no era la misma persona que conoció en Anglesey. Sobre todo, procuraba no estar a su lado más de lo que requería la buena educación. Su comportamiento la perturbaba, a veces era encantador y atento, bromeaba con ella como había hecho cuando lo conoció; en otras, sentía su frialdad, además de ciertos comentarios maliciosos que casi siempre iban dirigidos a Anselmo.

—No me importa lo que piense la gente —admitió, aunque no pudo evitar añadir—: Solo lo que piensa Gerard.

—Él te quiere —aseguró el monje—. Hasta yo puedo verlo.

Alis sonrió por la ocurrencia. Lástima que Harvard no hubiera presenciado el sentido de humor de su compañero. Siempre le acusaba de que carecía de él.

—A veces... —dudó Alis.

—¿Quieres que te escuche en confesión?

Alis no dejaba de sorprenderse por la actitud de Anselmo. Harvard le había contado parte de su historia. El monje era el hijo segundo de un duque español. Según su puesto en la sucesión familiar no le correspondía las tierras del ducado, las cuales pasarían a manos de su hermano mayor. Su padre le ofreció una oportunidad en el ejército, pero nunca fue hombre de armas. Así que se decidió por la vida monástica. Siempre estuvo más interesado en la ciencia y en los descubrimientos que en cuestiones políticas. Sus ganas de conocer, de investigar y averiguar la verdad le condujeron a ganarse algunos enemigos y lo denunciaron a la Inquisición con la mayor acusación: la de herejía. Fue torturado y condenado a la hoguera. Gabriel lo recuperó para su causa. No mucho más tarde, ordenó al joven arrasar un pueblo en el que se cobijaban varios caídos. Él se negó ante la posibilidad de que muchos humanos perecieran en aquella estúpida contienda. Desobedeció y lo condenaron a perder las alas. Antes, Gabriel emuló a los inquisidores para escarmiento del resto de ángeles y le arrancó los ojos. Lucien lo liberó incluso arriesgando su propia vida y, desde entonces, mantenía una deuda con él. Cuando Alis terminó de escuchar su historia una camarería surgió entre ellos. Comprendía mejor que nadie qué era ser torturado.

—Preferiría contárselo a un amigo —admitió.

Anselmo dibujó un tenue esbozo de sonrisa y se sentó a su lado. Se alegró de que el monje no pudiera verla. Estaba al borde de las lágrimas y de perder

la entereza que mantenía a fuerza de una voluntad férrea ante Gerard.

—¿En qué piensas?

—En Gerard —dudó antes de continuar—. Creo que se siente culpable y responsable de lo que me ocurrió y eso lo está alejando cada vez más de mí.

—Tomó su mano—. Actúa de una manera diferente, cuando lo miro creo que ya no es el mismo. Sus ojos muestran una ira tan profunda que...

La conversación se interrumpió al advertir Alis que Gerard entraba en la habitación. Al verla cogida de la mano del caído la furia cubrió su rostro. Alis agradeció que su guardián fuera invidente, aunque no era tan ingenuo para no captar la rabia en la voz de Gerard.

—¿Buscando nuevos clientes?

Gerard se sirvió un vaso de *whisky*, últimamente bebía demasiado.

—¿Dónde has ido? —preguntó Alis e ignoró sus hirientes palabras, juraría que a esas horas ya estaba borracho.

—Perdonadme, he de ocuparme de unos asuntos —intervino Anselmo.

—Por supuesto, nos veremos a la hora de almorzar —afirmó Alis.

El monje bendijo a la joven y se despidió de los dos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan creyente? —preguntó al quedarse a solas.

—No debes tener celos de Anselmo.

Alis movió la silla de ruedas y se acercó a él. Gerard se retiró unos pasos y se sirvió de nuevo otra copa.

—No tengo celos de ese santurrón —dijo con un tono de voz beligerante.

—Anselmo ha sufrido mucho. No...

Sin esperar lo, la tomó de los hombros y la levantó un palmo de la silla. Sus manos le apretaron los brazos y el dolor le llegó hasta los hombros; también su aliento cargado de alcohol.

—¿Crees que es el único?

Su voz estaba plena de dolor. Sus ojos parecieron atravesarla. Sintió que gritaba ayuda, pero desconocía qué necesitaba.

—Háblame... —dijo, y aguantó el dolor que le provocaba la sujeción de sus manos—. Soy yo, Alis, puedes confiar en mí.

La joven tomó su rostro entre las manos y lo obligó a mirarla, pero en sus ojos solo halló desdén. Él la soltó y Alis se mordió el puño para no gritar. El

golpe le había lastimado la pierna, aunque a él no le importó su bienestar.

—Me hablas de confianza —dijo con una voz mucho más calmada, incluso juraría que ni siquiera era la voz de Gerard—. Tú y ese monje ya habéis... —dijo, tocándose la entrepierna y realizando un movimiento obsceno.

Alis intentaba comprenderle. Entendía que había pasado a ser un hombre y que después de ostentar la fortaleza de los caídos, no sería fácil adaptarse. Tampoco necesitar la ayuda de los demás para sobrevivir, pero se sentía tan sola. Él debería ver que ya no sabía qué hacer. No se comunicaba con ella ni quería su compañía.

—¡Maldita sea! —gritó Alis—. ¿Qué te ocurre? No entiendo qué te pasa. Estoy aquí y es como si no me vieras. No tengo a nadie más, solo a ti —terminó por confesar.

—Quizá deberías mostrarte cariñosa con tu santurrón para no estar tan sola.

La joven clavó las uñas en el brazo de la silla para no insultar a ese hombre al que no podía comprender. Entretanto, Gerard guardó silencio y se bebió otra copa. La frustración le volvía mucho más débil. Quinientos años de poder no le habían preparado para ser de nuevo un hombre. Por supuesto, el tema era más complicado. Los ojos de Gerard brillaron con malicia al pasar por un espejo. Cada vez era más ese ser malvado, insensible y cruel que poco a poco había destruido el alma de Gerard. Un mocoso que permanecía encerrado en un rincón a la espera de desaparecer de una vez. Hasta que eso ocurriese, debía mantener la calma y disimular. Así que se marchó sin pronunciar una palabra más, aunque lo que de verdad le apetecía era ahogar a esa muchacha metomentodo que no dejaba de hablar y hablar.

Anselmo lo esperaba en el pasillo, no quería lastimar a Alis ni tampoco buscaba enemistad con Gerard, pero pondría en claro ciertas cuestiones.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Chevalier.

Su voz denotó su malhumor, también los celos. Creía que ese monje se estaba tomando demasiado en serio su tarea de cuidar a Alis. Esa muchacha era bonita, quizá dejara al chico que se despidiera de ella.

—Quiero hablar contigo. Por favor —dijo el monje, y señaló la puerta que conducía a un pequeño patio—. No te robaré mucho tiempo.

Gerard quiso negarse, pero no cedería ni un ápice ante ese caído. Anselmo tomó asiento en un banco de piedra y él continuó de pie.

—¿De qué quieres hablar?

—De Alis.

—¡Ah! —Su tono de voz despectivo produjo cierta crispación en el monje—. Supongo que quieres probar sus encantos. Quizá tú tengas más suerte que yo.

Sus palabras impulsaron al monje a ponerse en pie. Su autocontrol para no matar a esa escoria no le duraría mucho.

—No hables de ella así. Alis es mi amiga.

—¡Ya! Claro, por eso intentas tocarla cada vez que estás a su lado. ¿Crees que además de humano me he vuelto imbécil? Te recuerdo que antes fui como tú. Sé cómo funciona tu mente, sé cómo el deseo te invade y no puedes controlarlo. Sé cómo tu voluntad intenta someterla a tu pasión. Es guapa, cálida y no te teme. Ese es el mejor de los afrodisiacos.

—No soy como tú —dijo casi con un gruñido el monje.

Gerard emitió una carcajada.

—Supongo que no, pero Alis es mía. Recuérdalo o...

—... o —lo interrumpió.

Esta vez, Gerard supo que había ignorado qué era ahora, lo indefenso que estaba ante un ser como el monje. Nada que hiciera serviría para impedir que ese monstruo se apoderara de Alis, ni sus amenazas ni sus súplicas. Y si alguno de ellos descubría que no era Gerard, entonces su vida no valdría nada.

—No le hagas daño —terminó por decir.

—Esa no es mi intención, ¿acaso es la tuya?

El temor se extendió por su interior, debía actuar con cautela. Ese monje sospechaba que dos almas pugnaban por un mismo cuerpo. Anselmo colocó su mano sobre la frente de Gerard y este se liberó de la prisión en la que estaba encadenado. El hechizo solo duraría unos minutos, pero serían los suficientes.

—Prométeme que no lo permitirás. Él es más fuerte que yo —le suplicó Gerard, temeroso del resultado de dicha contienda.

—Te lo prometo, pero a cambio, te pido que no se lo cuentes a nadie. Ni siquiera a tu hermano.

El monje susurró una plegaria que a Gerard le sonó a una condena eterna.

Una condena que se merecía.

Una semana más tarde, Anselmo leía en su habitación un libro sobre medicina. Todavía le encandilaba todos los avances que el hombre había realizado a lo largo de los siglos. Si hubiera sido en su época, el autor habría arduo en la hoguera. Recordar su vida como hombre siempre le traía amargos recuerdos que prefería olvidar. Un ligero olor a tierra húmeda y a sal le anunció que Harvard estaba ante él.

—Debemos llamar a Lucien.

—Aún es pronto.

—Sabes tan bien como yo que ya ha comenzado.

—Lo sé, pero quiero concederle una oportunidad, por Alis.

—¿Y si la malgasta? —preguntó Harvard, y se incorporó un poco de la cama apoyándose en uno de los codos. Anselmo dejó el libro en la mesa.

—Entonces, espero por su bien que hasta que llegue el momento no le haga daño o lo lamentará.

—¿Te gusta la chica? —Harvard apreció un ligero rubor en el rostro del monje que disimuló mirando por la ventana.

—¿Y a ti?

—No especialmente —confesó—. Es una humana a la que proteger. Es más agradable que otras y mucho más inteligente que algunas. —Harvard se acercó a él—. A ti te gusta de otra manera.

—Soy un monje —dijo, como si eso le protegiera del deseo, del amor o de los celos.

—¿Desde cuándo ha supuesto eso un problema? —Harvard puso una mano sobre el hombro de Anselmo—. Amigo, creo que te estás enamorando de esa mujer.

—¡No seas absurdo! —Se defendió, y retiró de un manotazo la mano de Harvard—. Solo es un ser indefenso.

—Está bien —claudicó Harvard.

Conocía muy bien cómo actuaba el monje y no se arriesgaría a enfadarlo. Pocos contaban con su poder. Aún conservaba muchos de los conocimientos en artes oscuras o brujería y algunos mejor no averiguar de qué se trataban.

—Ahora, tenemos otro problema.

—Gerard.

Al terminar de hablar, Harvard desapareció de la habitación. Cuando se quedó solo, Anselmo se quitó las gafas y sus cuencas vacías miraron a través de la ventana hacia la nada. Sus sentimientos hacia Alis lo alteraban. Había descubierto que era una mujer diferente a las demás. Para él era un alivio no ocultar su ser. Alis le proporcionaba una paz infinita, una paz que hacía siglos que no sentía. Harvard estaba equivocado. Él no se había enamorado de ella, solo había encontrado su Santo Grial y lo protegería, incluso de sí misma si fuera necesario.

Alis se dirigió a su habitación, la conducta de Gerard la turbaba y la irritaba hasta querer gritar de impotencia. Necesitaba salir de allí o se ahogaría en su propia autocompasión. La silla era un obstáculo y cogió un par de muletas. Apoyó la pierna en el suelo sin que mil agujas se clavaran a la vez en su carne. Se puso un abrigo y salió al exterior. Fue una bendición recibir el aire frío de la mañana. La casa estaba cerca de un mirador, llegaría hasta allí, era lo máximo que se atrevía a caminar. Cuando alcanzó su meta sudaba por el esfuerzo, pero plena de orgullo por haberlo logrado. De pronto, advirtió la presencia de alguien a su espalda. Se giró con dificultad y vio a Gerard observándola.

—No te he oído llegar —dijo con una tímida sonrisa. Él guardó silencio y Alis tuvo la sensación de que no la veía. Se acercó a ella y le quitó una muleta con una sonrisa malévol—. ¿Qué coño haces? ¡Voy a caerme!

Gerard no la escuchó, sus ojos estaban fijos en los suyos y no parpadeaban.

—¡Anselmo! ¡Harvard! —gritó, asustada.

Gerard le quitó la otra muleta y la empujó al suelo. Alis estaba tan cerca de los acantilados que palpó el borde con las palmas de las manos. Entonces, la agarró de la muñeca y la alzó con violencia. Seguía callado, pero en su interior Gerard luchaba una cruenta batalla para impedir dañarla. Tenía que salvarla, debía vencer a toda costa a ese ser que le arrebataría todo lo que amaba, pero su voluntad era muy superior a la suya. Alis se aferró a su ropa, pero se deshizo de sus manos y la empujó hacia el borde. La joven creyó que

sería su último día en la tierra. De pronto, se vio entre los brazos de Anselmo suspendida en el aire. Mientras Harvard golpeaba a Gerard con saña, este se revolvía hacia él con furia. No tenía ninguna oportunidad contra el caído, pero se levantaba una y otra vez para pelear.

—¿Quién es? —preguntó Alis al monje.

—No sé quién es, pero no es Gerard.

Anselmo la depositó en la silla y esperó a Harvard sin pronunciar una palabra. Ella no estaba dispuesta a conformarse con esa incomprensible explicación.

—¿Dónde está Gerard?

—En el infierno —confesó, no tenía sentido mentirle.

Alis apretó los brazos de la silla con fuerza y, en esta ocasión, sus nudillos quedaron blancos.

—¡Y a qué esperamos! —exclamó con rabia—. ¿A que nos envíen una invitación?

Inferno

«De las garras del diablo me escapé fácilmente. Pero ¿cómo puedo liberarme del abrazo de los ángeles?»

Valeriu Butulescu

Harvard dejó a Gerard sobre el sofá, inconsciente y con la cara amoratada. La joven lo miró y el caído alzó los hombros a modo de defensa.

—No entendió que debía detenerse —se disculpó, aunque había disfrutado. Ese tipo se lo merecía.

—Siempre ha sido un terco. —Alis acarició su frente.

—No he podido evitar escucharos hablar. —Anselmo elevó una mano para acallar las protestas de su amigo—. Es una auténtica locura.

Alis se giró furiosa, dispuesta a enfrentarse a cualquiera que se opusiera a liberarlo de su condena.

—¡Ni tú ni nadie me impedirá ayudarlo!

Alis se arrepintió de sus palabras al advertir en el rostro del monje la decepción, pero a pesar de cómo la hubiera tratado Gerard, sabía que si fuera ella la que necesitara su ayuda, él no la dejaría en aquel lugar. Movería cielo y tierra por encontrarla y ella haría lo mismo, aunque para ello tuviera que enemistarse con caídos, ángeles o sombras.

—Ni lo pienses, hermano... —intervino Harvard—. Avisa a Lucien cuanto antes.

—¿Él no sabe nada de esto? —preguntó Alis, incrédula. Su enfado aumentaba por momentos—. ¿Por qué?

Harvard, avergonzado, desvió la mirada. La joven comprendió que el responsable de aquel silencio era Anselmo.

—¿Por qué se lo has ocultado? Lo que sea que le ocurre lo está matando.

Algo está destruyendo al hombre que conocí y tú has permitido que eso suceda. Creía que eras mi amigo. Confié en ti, te conté mis dudas, mis miedos y tú... —Alis apenas contenía el desprecio que sentía por él—. ¡Tú me aconsejabas mentiras! —gritó.

—Alis —intervino Harvard. La chica había lastimado al monje con sus palabras.

—¡Dios! ¡Cállate Harvard! Quiero una respuesta de él —le exigió con un tono de voz árido.

El monje se quitó las gafas y sus cuencas vacías enfocaron a Alis. Jamás lo había visto sin ellas y presenciar su sufrimiento le provocó un sentimiento de culpabilidad por sus duras palabras, pero lo que había hecho no tenía perdón.

—Debo protegerte y él no es bueno para ti. —Quiso acercarse, pero fue consciente de que Alis luchaba por no alejarse de él.

—¿Quién te ha otorgado el derecho de ser juez y jurado de su causa? ¿Con qué autoridad has decidido dejarle en ese horrible lugar? ¡Apártate de mí ahora mismo! ¡Nunca! ¿Me has oído? ¡Nunca más quiero volver a verte!

—¡Alis! —exclamó Harvard.

—Tú puedes hacer lo mismo. ¿Cómo has permitido que sucediera? Eráis amigos de Lucien.

—Lo siento —intentó explicarle Harvard—. Se dejó arrastrar hasta el infierno sin ayuda nuestra.

—¿Alguna vez hubo una posibilidad, solo una, de poder salvarle? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Dile la verdad —dijo Anselmo, con un claro tono de derrota.

—Había una —afirmó—. Tan remota que no podíamos arriesgarnos a intentarlo.

—Vosotros no, pero yo sí —sentenció, y se dirigió a Harvard para pedirle —: Busca a Lucien y tráelo aquí ahora mismo.

Alis dio la espalda a los dos caídos y tomó la mano de Gerard. Esperaba por el bien de ambos que aún hubiera tiempo para rescatar su alma. Las imágenes del *Inferno* de Dante vinieron a su mente y el terror con ellas.

Esa misma tarde, Lucien escuchaba a Harvard con la frente fruncida. Se le veía cansado y su aspecto era el de alguien que necesitaba una buena comida y una ducha. Se mantuvo atento a cada palabra, mientras que el monje

permanecía junto a la ventana y Alis continuaba aferrada a Gerard.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Alis.

Durante unos segundos nadie se atrevió a contestar hasta que Anselmo respondió a la pregunta.

—Sé cómo conseguir que regrese. —Ella lo miró esperanzada hasta que dijo—: Costará un alma.

Harvard intuyó los pensamientos de su compañero y se opuso con obstinación.

—¡Ni hablar! Sé qué pretendes hacer y no te lo permitiré.

Anselmo se volvió y con una voz contundente, sin atisbo de vacilación, añadió:

—Hace tiempo que debería estar allí. Tú mejor que nadie lo sabes.

—¡No puedes sacrificarte de esa forma! No por alguien como él.

El monje desvió los ojos sin vida hacia Alis.

—No lo hago por Gerard.

—¡Maldita sea! —gritó exasperado Harvard—. Te dije que enamorarse no era una buena idea.

—Y tenías razón —respondió, y desapareció del cuarto.

Alis miró a Harvard, desconcertada por la confesión e ilusionada porque, hiciera lo que hiciese, el monje ayudaría a Gerard a regresar. Su comportamiento egoísta y desconsiderado la hacía sentirse miserable, pero aceptaría cualquier cosa por recuperarle.

—¿Qué va a hacer? —preguntó con voz gélida.

—Cambiarle por él —respondió Harvard con desprecio—. Espero que su sacrificio valga la pena, aunque dudo que él se merezca una vida mejor. No tienes ni idea de lo que ha sido capaz...

—¡Basta! —intervino Lucien—. ¡Le salvé la vida y me lo paga de esta manera! —Los ojos de Lucien exhibían tanta cólera que le costaba mantener a raya su transformación—. Ahora ya estamos en paz —sentenció.

Harvard se giró hacia Alis. Su semblante mostraba una dureza que la intimidó.

—Anselmo te amaba, recuérdalo.

Alis asintió y Harvard se marchó de la habitación. Gerard, inmerso en un sueño agitado, preocupó a la joven y miró con inquietud a Lucien.

—Solo debemos esperar —dijo.

En su interior temía que Anselmo fracasara. Esta vez fue él quien miró por la ventana. Se alegraba de recuperarle y a la vez se sentía despreciable porque hubiera sido a cambio del sacrificio del monje. Anselmo tenía muchos pecados y su condena sería demasiado pesada para no arrepentirse de la decisión.

—¿Qué le pasará?

Lucien sabía que cuando le contara la verdad, Alis lamentaría haberle dicho todas aquellas palabras tan duras.

—Hará un trato, cambiará el alma de mi hermano por la suya. Y arrastrará de nuevo a la que intenta quedarse en el cuerpo de Gerard al infierno de donde no debía haber salido.

—¿Eso puede hacerse?

—Se puede —añadió sombrío—. Desde luego, no es muy recomendable para quien lo pide.

—¿Por qué?

Lucien se giró. La muchacha lo miraba con inocencia, pero no conocía una forma más suave de decirlo. Tendría que lidiar con la culpa a partir del momento que descubriera la verdad.

—Un alma sustituye a la otra. La que se queda arrastrará la carga de ambas. ¿Sabes los pecados que pesan sobre mi hermano? Anselmo soportará una condena que no desearía ni al peor de mis enemigos. —Alis comprendió la carga del monje y las lágrimas surgieron sin poder evitarlo—. Debe amarte mucho para condenarse de este modo.

—¿Puedes dejarme sola? —le pidió, y Lucien asintió.

Alis se acercó a Gerard, tomó su mano y susurró:

—Perdóname.

Sus palabras iban dirigidas a Anselmo, pero fue Gerard quien contestó:

—¿Por qué? Fui yo quien quiso matarte.

Alis sonrió al verlo despertar. Se le veía tan cansado que apenas podía incorporarse.

—¡Dios! ¡Te has despertado! —Alis le abrazó—. He estado tan asustada de que no lo hicieras.

—Alis —dijo él, incapaz de sostener su mirada—. Intenté matarte, ¿podrás

perdonarme alguna vez?

—¿Debería?

—No, creo que no —dijo él, acobardado ante su respuesta.

—Yo también pienso igual. —Los ojos de Gerard reflejaron tanto dolor que Alis se apresuró a decir—: Solo bromeaba. Claro que te perdono, no eras tú. No sé quién eras, pero no eras tú.

Entonces, Gerard la abrazó como un náufrago a su tabla de salvación.

—Gracias por concederme otra oportunidad.

La joven se puso tensa al oír sus palabras y él la retiró un poco de su lado para ver qué le ocurría.

—¿Qué he dicho?

—No es a mí a quién tienes que agradecerse, sino a Anselmo.

—¿Al monje? ¿Por qué?

Alis creía que él lo sabría, pero desconocía la verdad. Lamentaba ser quien se la dijera.

—Por ocupar tu lugar en el infierno.

Él dejó caer los brazos de una manera laxa a los costados. Se veía tan abatido que, durante un instante, ignoró qué decirle para consolarlo.

—¿Por qué lo hizo?

—No estoy segura. —No quería mentirle. Temía su reacción al descubrir las verdaderas razones de Anselmo para cambiarse por él.

—Alis, no sabes mentir —dijo, y alzó su mentón para ver sus ojos.

—Porque me amaba —terminó por confesar.

—Entiendo —respondió, y se levantó del sofá. Gerard mostraba el rostro tan tenso que Alis quiso aliviar su tensión acariciando su mejilla para que olvidara la culpa que podía leer en su semblante, pero la apartó y dijo—: Déjame solo un momento.

—Él no avisó a Lucien, no quería que abandonaras aquel lugar, él...

—Por favor, me gustaría estar solo —insistió, y se dirigió a la ventana.

—No me alejes de ti —le pidió Alis con un hilo de voz.

Gerard no se dio la vuelta, en cambio, su silencio fue la peor respuesta. Alis giró la silla muy despacio y, abatida, salió de la habitación.

Cuando la verdad es tan aterradora como una mentira...

«Hay que tener el valor de decir la verdad, sobre todo cuando se habla de la
verdad.»
Platón

Habían pasado otras dos semanas y Alis ya caminaba sin muletas. Las heridas de los brazos también habían mejorado; pero su corazón padecía la culpabilidad por el sacrificio de Anselmo. A veces pensaba en qué le habría sucedido. No podía perdonarle, pero no le deseaba ningún mal.

Lucien les advirtió que Anglesey ya no era un lugar seguro. Estaba cansada de huir, harta de que todo el mundo decidiera por ella y, sobre todo, enfadada porque Gerard la ignoraba. No entendía su comportamiento y terminaría loca si intentaba comprenderlo. Fuera lo que fuese lo que le ocurría estaba relacionado con Anselmo. Pensar en él le inducía sentimientos contradictorios y prefería obviar que, durante un tiempo, lo consideró alguien muy especial en su vida. Alis lo observó desde la ventana. Pasaba muchas horas frente al acantilado. Le daba igual si el tiempo era soleado, nublado o tormentoso.

—Será esta tarde —le anunció Lucien.

El caído la intimidaba, ver sus enormes alas negras tras la espalda, sus ojos aguamarina brillar con intensidad y una tensión que controlaba con esfuerzo, no la tranquilizaba. Se comportaban de una manera amigable por Gerard. Tenían un acuerdo tácito sobre la forma de tratarse para no lastimarlo pero, en el fondo, ninguno de los dos confiaba en el otro.

—¿Él vendrá?

Desde el día en que le dijo que se trasladarían a otro sitio para ocultarse, Alis temía que Gerard no la acompañara.

—Le obligaré si es necesario —sentenció—. No dejaré que ese terco que tengo por hermano se precipite a la destrucción por un sentimiento de culpabilidad que no debería sentir.

Alis lo miró agradecida.

—Quiero concederle la oportunidad de decidir.

Lucien se acercó a ella, pese a su temor, se mantuvo inmóvil y miró los ojos del caído.

—Solo quieres averiguar si está dispuesto a seguirte.

—Necesito saber que él... bueno, que él...

—Te ama —concluyó, y posó una mano sobre el hombro de Alis.

La joven miró hacia a Gerard.

—Debes tener paciencia. Mi hermano conoce muy bien el peso de sus pecados y dejar que otro cargue con ellos no es una tarea fácil para la conciencia.

—¿Tan grandes son? —preguntó con curiosidad.

—Son mucho más que grandes, son terribles.

—Entonces, tenía razón.

El caído la miró sin comprender. En esta ocasión fue él quien miró a su hermano.

—¿Razón en qué?

—Una vez me dijo que era un monstruo.

Lucien guardó silencio y Alis volvió a desviar su atención hacia Gerard. Vio cómo regresaba y, durante un momento, sus miradas se encontraron.

Lucien los llevó a un lugar cercano a Aberffraw. Desde la pequeña casa de piedra en la que se instalaron, siempre que la niebla lo permitía, era posible distinguir la sombría figura de las ruinas de un castillo. Una vez, Alis realizó un trabajo sobre su historia. Durante la época medieval, la dinastía Aberffraw fue una de las más importantes de Gales y la que más se resistió a la invasión

normanda. Ahora, no se trataba de aguerridos vikingos, ni tampoco astutos normandos. En su lugar, era una lucha contra ángeles y perdidos.

Alis ya caminaba, con lentitud, pero con la libertad de no utilizar muletas. Gerard continuaba con su mutismo e indiferencia. Y Lucien había desaparecido. Los días se le hacían eternos y la soledad revoloteaba en su cabeza como un cuervo sobre la carroña. Esa mañana, se paseaba de un lado a otro del cuarto. Harta de un comportamiento tan infantil por parte de Gerard que se propuso ponerle fin lo antes posible. De tanto en tanto miraba por la ventana y su desasosiego amenazaba con causarle un fuerte dolor de cabeza. Observó en el cielo unas densas nubes negras que aniquilaron la niebla en cuestión de minutos. Pronto, una torrencial lluvia caería sobre ellos, aunque antes, tenía una discusión pendiente con Gerard. Desde que llegaron, su silencio y esa culpabilidad le quemaban el corazón. Esta vez, no le serviría de nada esconderse de ella. Se plantó delante de la puerta y entró sin llamar. Gerard se incorporó de un salto de la cama.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entre sorprendido y molesto.

—Esa no es la pregunta —respondió Alis, colocando los puños cerrados en las caderas.

—No estoy de humor para tus preguntas —respondió—. ¿Te importaría dejarme solo?

—Sí, me importa. —Alis le retó con la mirada a obligarla a marcharse y se aproximó a él.

—Es mi cuarto.

Se comportaba como un niño, pero Alis no se rindió, a pesar de que nadie le impediría echarla a patadas de allí.

—Sí, lo es.

Él la miró enojado y su rostro se enrojeció por la rabia.

—¿Tendré que obligarte por la fuerza?

—Creo que sí. No me marcharé hasta que esa cabeza dura entre en razón.

—Alis, no es buena idea. —Avanzó un paso para intimidarla.

—No, no es buena idea, pero ¿para quién? —Alis se adelantó otro y quedó a escasos centímetros de él—. ¿Para ti? ¿Para Lucien? ¿Para Gabriel? ¿Para mí?

—¡Dios! Alis. —Se pasó las manos por el pelo mostrando su desesperación

—. Quiero hacer lo correcto.

—No entiendo a qué te refieres con correcto. No sé por qué me tratas como a una apestada y, menos aún, por qué huyes de mí.

—Quiero que tengas una opción para elegir sin que te presione, ni mi presencia te cohíba. No puedo protegerte, si te sucediera algo no me lo perdonaría jamás. Además, parecías feliz cuando yo...

—¡Feliz! Definitivamente necesitas una graduación visual. Las horas me pesaban tanto que me asfixiaban. Me sentía tan sola, tan rechazada. Ignoraba cómo acercarme a ti, cómo conseguir que me hablaras sin mirarme con desprecio. Llegué a pensar que no era buena para ti y que te arrepentías de abandonar a Chantal. Esos días que tú llamas felices fueron una tortura. Me lastimabas cuando no eras tú y me alejabas cuando lo eras. Sabes las lágrimas que derramé —dijo, retirándose de la mejilla una de ellas.

—Alis, quisiera compensarte. Quisiera borrar todos esos días, desearía ser capaz de perdonarme, de olvidar que Anselmo sufre por mis pecados. Pero ahora tengo un alma y está limpia. Significa que tengo conciencia y es una tortura cada minuto del día saber que él ocupa mi lugar.

—Es algo con lo que debes lidiar, pero lo haremos juntos.

Gerard se apartó de ella, pero Alis lo abrazó y apoyó la mejilla en su espalda. Él emitió un suspiro de resignación. Cada fibra de su cuerpo pedía a gritos que ignorara sus remordimientos, pero no podía relegarlos a un rincón de su memoria. Desde que conoció a Alis todo en él se había vuelto del revés. Temía que dejara de quererlo. Entregarse plenamente a ese amor ahora que era un hombre, suponía cruzar un puente sin sujeción y tenía miedo.

—Me da igual si muero en manos de una sombra, de un ángel o un caído si tú me amas. El tiempo que pasemos juntos será más que suficiente para mí.

El silencio se extendió en la habitación después de la confesión de Alis. La joven notó cómo los músculos de Gerard se tensaban. Contuvo la respiración y entonces, sin esperarlo, la tomó entre sus brazos y la condujo a la cama. Ella se dejó guiar con una sonrisa que expresaba su felicidad.

—Contigo a mi lado no siento el vacío —le confesó.

—¿Vacío? —preguntó ella, y Gerard mordisqueó el lóbulo de su oreja.

—Solo tú podías rellenarlo. He esperado tanto tiempo —dijo con una veneración que Alis acarició su mejilla—. Te amo, Alis Holstein, la chica que

puede ver monstruos.

Ella sonrió ante sus palabras. Lo había amado como ángel caído, también lo haría como hombre. Sus labios se encontraron con ansiedad, mientras las yemas de los dedos de Gerard provocaron pequeñas descargas eléctricas en ella. Sus manos eran tan cálidas y delicadas que la joven emitió un gemido de placer. Después, la besó con besos suaves y excitantes. Alis tembló, incapaz de coordinar sus dedos para desabrocharle los botones de la camisa. Cuando ambos tocaron la piel del otro, la excitación ya la dominaba por completo. No hubo indecisiones, ni siquiera caricias que calentaran el ambiente. Nada de ello podía haber entre los dos. Solo carnalidad, posesión, entrega absoluta. Durante un instante, él le mostró que existía un mundo por conocer entre sus brazos, y ella se dejó enseñar. Solo deseaba que él reanudara su impetuosa entrega una y otra vez y que aquel momento no terminara nunca.

Dos horas más tarde, Alis jugueteaba recorriendo con las yemas de los dedos las cicatrices del pecho de Gerard.

—Creo que un poco de comida nos vendría bien.

—Es verdad, estoy hambrienta —sonrió.

Gerard se dirigió a la ventana, donde estaban sus pantalones, pero ella lo siguió y rodeó su cintura con los brazos.

—Por favor, vístete y date prisa —le pidió, y sonó a un ruego alarmado. — Él se dio la vuelta y sujetó su rostro entre las manos—. Da igual lo que veas, te suplico que no te entrometas.

—Gerard... —dijo Alis, asustada por sus palabras.

Gabriel avanzaba bajo la lluvia, fijó los ojos en los de Gerard. El arcángel sonrió consciente del mensaje que ambos se enviaban. Caminaba despacio hacia la casa solo por la satisfacción de infundirle temor. Él era un poderoso ser y Gerard ya no poseía los poderes de los caídos. Ahora era solo un humano enfrentándose a un monstruo. Se dijo que hasta los monstruos eran vanidosos y el arcángel lo era y mucho. Esperaba ganar el tiempo necesario para que Lucien acudiera o no podría salvar a Alis.

—Mis pequeños animalitos domésticos —dijo Gabriel al aparecer en el cuarto.

—Gabriel —respondió Gerard y colocó a Alis tras él.

—Igual que Adán y Eva, pero sin el Paraíso. —El arcángel desplegó sus

potentes alas blancas—. Sé un buen chico y ahórrame el trabajo de matarte.
—Gerard contuvo a duras penas las ganas de golpear al arcángel y apretó con fuerza la mano de Alis.

—Tendrás que hacerlo si quieres llevártela.

—Jamás te fue el papel de caballero y ahora menos que nunca. Evaluemos tus posibilidades: humano, mortal, indefenso y no veo que tu querido hermano acuda en tu ayuda. El amor siempre ha sido tan patético. Nos produce debilidad y ello nos conduce a la muerte.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —se atrevió a preguntar Alis.

Gabriel avanzó unos pasos, extendió la mano y esperó a que ella la tomara.

—Si me acompañas, él no sufrirá el menor daño.

—¡No lo hará! —exclamó Gerard, pero Alis soltó su mano—. ¡No le creas!
—gritó angustiado e impotente por no impedir que se la llevara.

—¿Tengo tu palabra? —le pidió a Gabriel.

—La tienes. Si no lo aceptas, él morirá y tú vendrás conmigo, lo quieras o no.

—Escúchame, por favor —le suplicó ella—. Debes salvarte. —Alis acarició su rostro, mientras le hablaba—. Por favor, por una vez seré quien decida.

—Muy lista, Alis Holstein —concluyó el arcángel cuando le tendió la mano, sin embargo, en el mismo instante en que lo hizo, Gabriel lanzó un golpe a Gerard y este se estrelló contra la pared.

—¡Me mentiste! —Alis se revolvía para liberarse del arcángel sin conseguirlo—. ¡Gerard!

—No sirve de nada que grites, ese bastardo ha muerto.

—¡No! —La chica dejó de luchar y cayó de rodillas.

Entonces, Lucien apareció en la habitación.

—¡Estupendo! —exclamó Gabriel—. Una reunión familiar.

—¡Le ha matado! —sollozaba Alis, mientras intentaba llegar hasta su hermano.

Lucien no respondió, aunque había detectado que tenía pocas pulsaciones, pero gracias a Dios aún vivía.

—Tienes dos opciones —expuso Gabriel con una frialdad que produjo en el caído cierto derrotismo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alis, mirando a uno y a otro sin

comprender la conversación.

—¿Cuál es tu juego?

Lucien extendió las alas y sus ojos se convirtieron en dos aguamarinas.

—O salvas a tu hermano o a ella.

Alis se cubrió la cara con las manos al oír esas palabras. Si Gerard vivía, el resto carecía de importancia.

—Ya sabes qué escogeré.

—Me alegro de que el amor fraternal aún perdure en ti. Reconozco que me desilusionas, habría preferido una lucha a muerte.

—Bien, entonces tengo tu palabra.

—La tienes, pero luego quiero que caces a don Ángelo.

—Lo haré.

Lucien rompería su palabra con el rey de las sombras si con ello salvaba a su hermano. Después pagaría las consecuencias, pero no permitiría que tras todo lo que habían padecido esa escoria lo matara.

El arcángel no perdía nada por salvar a Gerard, ya solo era un humano sin importancia, pero si ese caído le brindaba la oportunidad de destruir a ese petulante de su hermano infernal no la desaprovecharía. Gabriel se acercó a Gerard y posó las manos en su pecho, una débil luz apareció de pronto y el joven abrió los ojos.

—¡Pero no la mía! —gritó Alis.

Mientras Gabriel lo salvaba, la muchacha extrajo del cinto del ángel su espada de fuego. Era pesada, pero consiguió clavársela en el costado. Este emitió un horrible grito de dolor, pero consiguió inmovilizarla lo suficiente para que no entrara de lleno en su cuerpo. Golpeó a Alis y cayó sobre Lucien, quien luchó por liberarse de los brazos y piernas de la chica, oportunidad que Gabriel, herido de gravedad, dedicó para escapar. Cuando logró librarse del caído, la muchacha se abalanzó hacia Gerard y cubrió su rostro de besos. Lucien carraspeó para detener la escena amorosa de su hermano.

—Esto aún no ha terminado —dijo el ángel, y desapareció.

Una pierna rota no es la solución

«Podrán torturar mi cuerpo, romper mis huesos, e incluso matarme. Así, obtendrían mi cadáver. No mi obediencia».

Ben Kingsley

Don Ángelo miraba desde la terraza en la que había quedado con Lucien a los turistas que abarrotaban la plaza de San Marcos. Ese día estaba tan concurrida como si fuera verano. Hacía un par de horas que había llovido y el suelo parecía un espejo donde se reflejaba la basílica, con una nitidez que los visitantes se apresuraban a capturar con sus cámaras fotográficas. Las palomas habían desaparecido, la ausencia de aves le molestó. Faltaban cinco minutos para el encuentro cuando divisó a Lucien entre la multitud. Ese chico le gustaba, le recordaba a los antiguos guerreros que un día capitaneó con su padre. Lejanos tiempos que no era el momento de recordar. El caído se sentó a su lado, sus botas negras con enormes hebillas metálicas y sus vaqueros desgastados desentonaban con el atuendo clásico y cuidado del perdido. La cazadora de cuero con un dibujo satánico le hizo sonreír, pero los negocios eran los negocios y ahora tocaba trabajar.

—Don Ángelo. —Lucien inclinó la cabeza a modo de respeto.

El arcángel no contestó y con un gesto llamó la atención de un camarero. El hombre se acercó a la mesa.

—Mi amigo tomará un capuchino doble.

Lucien no se opuso a la petición del perdido, aunque sabía muy bien que odiaba el café.

—El café es uno de los pocos placeres que aún puedo permitirme. Tú deberías hacer lo mismo.

—Don Ángelo... —El perdido lo interrumpió con un movimiento de la

mano.

—Observa a la gente, en especial a ese hombre de allí. —Lucien se giró y miró a un turista de mediana edad. Abrazaba por la cintura a una mujer mucho más joven, con una evidente posesión, y la besaba mientras otro hacía una fotografía—. Está casado y no se lo ha confesado a la chica.

El arcángel del inframundo señaló un punto en el aire y el hombre cayó al suelo, al hacerlo se rompió una pierna, un revuelo se organizó en la plaza. Todo el mundo intentaba ver qué había ocurrido. Don Ángelo amenazó a Lucien con su bastón. La punta afilada presionaba el cuello del caído.

—Corren rumores —dijo el perdido—. Y no me gustan, sobre todo, cuando esos rumores aseguran que pensabas traicionarme.

—No tuve opción, pero lo herí de gravedad y huyó.

—No me mientas, Lucien, no lo soportaría y las consecuencias pueden ser muy negativas para tu existencia.

—No fui yo, fue Alis quien lo hirió —reconoció Lucien.

—Extraña muchacha esa Alis. Me gustaría verla de nuevo y conocerla mucho mejor. En nuestro anterior encuentro disfruté de su conversación y compañía.

—¡No! —exclamó Lucien, y comprendió de inmediato su terrible error.

Don Ángelo hundió más el bastón en su garganta, tras unos segundos, lo retiró.

—Jamás me digas qué hacer. —Los ojos del perdido se convirtieron en dos pupilas rojas y muy peligrosas—. Trae a la muchacha aquí. Puede acompañarla Gerard, aún tiene un alma a la que corromper. Nunca se sabe qué puede ofrecerme siendo humano.

Lucien inclinó en un gesto de sumisión la cabeza, invadido por la impotencia. Se levantó de la silla sin probar el capuchino y don Ángelo dibujó una sonrisa al imaginar que muy pronto lo sumaría a sus filas.

Dos días más tarde, Gerard discutía con Lucien, mientras Alis se mantenía al margen. Estaba tan harta de los ángeles, caídos y perdidos que ya ni siquiera los veía como seres monstruosos, sino como unos críos en una batalla que nunca terminaba de resolverse.

—¡Está bien! —exclamó igual que una profesora en una clase de alumnos desobedientes. Sus palabras interrumpieron la exaltación de Gerard y el mal

razonamiento de Lucien.

—¡Estás loca! —le gritó Gerard—. No tienes ni idea de quién es don Ángelo.

—Si hubiera otro modo de hacerlo... pero ahora no contáis con la protección de ninguno de los bandos.

—Lo haré. Iré contigo a Venecia.

—Él no te dejará marchar —le aseguró Gerard—. Te matará.

—Quizá —contestó Alis.

Ninguno de los dos vio una leve sonrisa en su rostro. Tenía un plan, un plan suicida que tal vez no serviría de nada y les conduciría a los tres a la muerte. Había llegado la hora de plantar batalla y sabía que empezaría por el perdido.

—¡Es inútil discutir contigo! ¡No entrarás en razón!

—Gerard, por favor —dijo ella conciliadora.

—Está claro que ninguno de los dos me escuchará.

Gerard salió furioso de la habitación. Desde que era un hombre sus sentimientos eran tan contradictorios que, por un lado, se alegraba de volver a ser mortal; por otro, le enfurecía no poder proteger a Alis.

—¿Qué tramas? —le preguntó Lucien al quedarse a solas—. No he querido leer tu mente por respeto pero, si no me lo dices, lo haré.

—Gracias por ser tan considerado. —Alis enarcó una ceja—. No será necesario. Tú debes saberlo o mi plan fracasaría.

—¿En qué consiste? —preguntó Lucien e inclinó el cuerpo hacia ella con curiosidad.

—Don Ángelo quiere atrapar a Gabriel, mientras que Gabriel me quiere a mí.

—Es cierto, ¿Adónde quieres llegar?

—Es sencillo, son dos viejos cabezotas que se han enfrentado miles de veces y siempre han quedado en tablas. Hagamos una jugada de verdad: fichas negras contra fichas blancas. ¿Qué ocurriría si se encontraran cara a cara en un terreno neutral?

—Eso es una terrible idea. —Lucien se acercó a ella y colocó una mano sobre su hombro—. La última vez fue un milagro que no se enzarzaran en una pelea. Pero quizá tu idea dé resultado.

—¿Puedes hacer correr la voz de que quiero pasarme al bando angelical?

Seguro que Gabriel muerde el anzuelo.

—Por supuesto.

—Deben pensar que estoy en París por diversión, ¿crees que se lo tragarán?
—preguntó Alis.

—Dalo por hecho, pasarás un fin de semana en la ciudad del amor.

—Después, reza para que también se traguen el anzuelo hasta la caña.

—Lo harán. Ambos son hermanos, cabezotas y necesitan una buena patada en el culo.

—Ni yo lo hubiera expresado mejor —sonrió. De pronto, su rostro cambió al decir—: El problema será Gerard.

—Me ocuparé de que colabore o le daré otra patada y entrará en razón.

—Lo necesitamos, si queremos que el plan funcione.

Gerard parecía haberse tomado una elevada dosis de bicarbonato. Su semblante enfurruñado mostraba dos pequeñas arrugas en su entrecejo, aunque lo peor era su humor irascible y hosco. Mostraba un cardenal en el ojo izquierdo, su hermano había tenido que convencerle y por lo que veía no había sido fácil. En ese momento, París no era la ciudad del amor para ninguno de los dos.

—¿Piensas comportarte de un modo tan infantil todo el día? —Alis cogió su mano y él se puso aún más rígido—. Para ganar esta batalla deberás colaborar.

—No estoy de acuerdo con tu idea. Estoy aquí obligado por mi hermano y te recuerdo que no estoy en condiciones de discutir con él.

—Eres un cabezota, terco, presuntuoso, egocéntrico... —El rostro de Alis cambió al observar a dos ángeles acercarse y exclamó para asombro de Gerard —. Pero te quiero tanto por haberme traído a un sitio tan maravilloso.

Alis actuó con un entusiasmo tan falso que Gerard tensó la mandíbula al sentir sus labios sobre los suyos. Pese a su disconformidad con ese plan hubiera escalado la Torre Eiffel solo por besarla otra vez. Entonces, los ojos de Alis le advirtieron de una presencia a su espalda. Gerard se giró y se

encontró con dos ángeles. Los conocía.

—Gerard —dijo uno de ellos, una mujer de aspecto bonachón que podría ser la tía que todo niño querría tener—. ¿Cuánto tiempo sin verte? Aún recuerdo Budapest.

—En cambio, yo lo he olvidado.

—Es tan fácil cuando otro paga por tus pecados.

Gerard avanzó un paso con intención de emprenderla a golpes. Alis lo detuvo.

—¿Podemos comportarnos como seres civilizados? —Los dos ángeles la miraron con desprecio, pero aceptaron la sugerencia—. ¿Qué queréis?

—Eso tendría que preguntártelo a ti.

—Quiero formar parte del equipo ganador.

—Sígueme —dijo la mujer ángel.

—No, esta vez, yo pondré mis condiciones.

Los ángeles se miraron indecisos y aguardaron a que ella terminara de hablar.

—A Gabriel no le gustará.

—Él quiere lo que yo poseo, pero lo perderá —dijo, y se colocó un puñal en el cuello. Los ángeles dudaron qué hacer, sus órdenes eran llevar a la chica ante Gabriel, sin embargo, si intentaban quitarle el arma y en la refriega sufría algún daño; el arcángel los convertiría en caídos. Además, solo los arcángeles sanaban a los humanos—. Si desea conseguirlo que venga al puente de Notre-Dame a las dos de la mañana. —Alis colgó en el rostro una máscara indiferente cuando por dentro temblaba de miedo. Gerard notaba su terror y le apretó la mano con más fuerza, algo que ella le agradeció—. No habrá otra oportunidad.

—De acuerdo —dijo el ángel con cuerpo de mujer—. Queremos una garantía, solo para asegurarnos que cumplirás tu palabra.

Alis no había previsto esa situación, pero Gerard se adelantó un paso y dijo:

—Aquí tenéis vuestra garantía. —Ella lo habría fulminado con la mirada por la estupidez que cometía.

—Está bien, a Gabriel le gustará verte.

Alis no podía oponerse, besó a Gerard y él respondió con frialdad. Solo podía pensar en que aquel arrogante no sufriera ningún daño. El muy

cabezota se había ofrecido en sacrificio. Rogó que Lucien hubiera concluido con éxito su parte del plan o todos sufrirían las consecuencias.

Lucien se mantuvo en silencio tras don Ángelo, el viejo perdido meditó durante un segundo la propuesta del joven caído. Reencontrarse con su hermano y poder destruirle era una tentación demasiado poderosa. Desconfiaba del chico, conocía la fama de los Chevalier. Necesitaría más que una palabra para hacer lo que le pedía.

—¿Qué ganaría? —preguntó sin darse la vuelta.

Esta vez fue Lucien quien pensó la respuesta antes de contestar. Sus palabras condenarían o no a Alis y a su hermano. Y dijo lo que sabía que aquel viejo zorro no se negaría a aceptar.

—Mi alma.

—Interesante propuesta. Pero últimamente te mueves con demasiada facilidad entre un bando y otro. —Se volvió y le alzó el mentón con el bastón que siempre le acompañaba—. Serías una buena adquisición para mis filas, pero no puedo fiarme de alguien que no sabe muy bien qué quiere.

—Todo lo que he hecho ha sido para salvar a mi hermano. Siempre he sido un hombre de honor y palabra, salvo cuando atañe a mi familia. Entonces, no me importa a qué bando pertenecer.

—Por supuesto, la familia es importante —dijo de una manera tan enigmática que Lucien no supo qué pensar—. En cuanto a tu propuesta, es interesante. De hecho, tengo un trabajo especial para alguien tan especial como tú. Pero de eso ya hablaremos. Ahora preocúpate de no cometer un error.

—No lo haré.

—Eso espero, o tu hermano y la chica lamentarán haber nacido sean o no de tu familia.

Lucien asintió en silencio y tanto él como don Ángelo aparecieron sobre el puente a la hora señalada. El perdido caminó hacia ellos y Lucien lo siguió en silencio. Dispondría de una oportunidad. Cuando Gabriel se encontrara con él

pensaría que pugnaba por conseguir a Alis y rogó, por todo lo que creía y había dejado de creer alguna vez, que el plan de esa mujer funcionara.

Subimos a la azotea o bajamos al sótano

«Toda guerra está basada en el engaño.»

Sun Tzu

Alis se retorció nerviosa las manos, golpeó los pies un par de veces contra los adoquines y miró hacia todas las direcciones. Eran las dos de la madrugada. A esa hora, nadie deambulaba por las calles. A lo lejos, un vagabundo dormitaba sobre un banco. Alis salió de la protección de la luz de la farola y recorrió con pasos lentos el largo puente. Temía cometer una locura, ella había sido artífice de esa idea. Sabía qué arriesgaba y también que sería la causante de la muerte de Gerard o la condena de Lucien. Cuando lo vio aparecer agrupó todo el coraje del que disponía y se encaminó al encuentro del perdido. Gerard y Gabriel no tardarían en llegar. El viejo comandante debía presenciar su encuentro con don Ángelo y, de esa forma, generaría una disputa. Deseaba que su enemistad estallara de tal modo que ambos se enfrascarán en una fiera batalla. Eso era lo que deseaba conseguir por el bien de todos.

—Don Ángelo —dijo Alis con valentía.

—Me alegra verte de nuevo. —El perdido tomó su mano y la llevó a los labios. La joven sintió un frío gélido que le congeló hasta la respiración y se subió el cuello del anorak con la otra mano—. Mi bella dama, ha hecho una estupenda elección.

—¿Qué elección? —La voz de Gabriel provocó en su hermano un brillo acerado en los ojos que aterró a Alis. Gabriel y Gerard habían sido puntuales, su aparición le impidió responder y, por una vez, se alegró de ver al arcángel.

Gerard mostraba varios hematomas en la cara y se sujetaba las costillas. Esos bastardos se habían divertido con él y Alis tuvo que mantener todo su autocontrol para no lanzarse a los ojos del comandante.

—Hermano, tan ignorante como siempre. —El perdido soltó la mano de Alis.

—La chica me pertenece. Ella ya ha elegido —dijo Gabriel con una obstinación que desde niños enardecía al perdido.

—Por favor, ¿crees que te ha elegido a ti? —preguntó, apoyándose en un gesto grácil en el bastón.

Alis observó de reojo a Gerard, él ni siquiera la miró. Sus ojos no dejaban de observar la escena. Parecía ausente y tenía el rostro tan pálido como el de un cadáver.

—No he venido solo —dijo Gabriel, y en el acto aparecieron varios ángeles empuñando de una forma amenazadora unas enormes espadas de fuego.

—¿Piensas que yo no he traído compañía?

Al lado de don Ángel surgieron de la oscuridad unos hombres, todos llevaban una terrible sombra sobre los hombros, y todas ellas mostraban un deseo extremo de devorar a su contrario. Entre las sombras se encontraba Anselmo. En el fondo, la joven se alegró de verle, aún estaba vivo, pero presentaba un aspecto tan distinto como si hubiera sufrido multitud de tormentos. El corazón de Alis se entristeció al recordar cómo se habían despedido. Él extendió la mano a la espera de que ella la tomara. Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas. Su amigo le había concedido la oportunidad de vivir con Gerard, de ser feliz y necesitaba pedirle perdón. Se acercó a él, Gerard intentó evitarlo y solo consiguió un puñetazo en el estómago por parte de uno de aquellos ángeles, que lo dobló sobre sí mismo y le cortó la respiración.

—¡Anselmo! ¿Qué te han hecho?

Alis tomó la mano y de pronto se vio rodeada por los brazos del monje.

—Ya ves cuáles son las preferencias de la chica —dijo don Ángel—. Podríamos obviar el hecho de que nos hemos visto y terminar en buenos términos esta reunión —propuso con una sonrisa que enfureció aún más a Gabriel.

Entretanto, Alis comprendió su error. Quiso apartarse de los brazos de

Anselmo, pero este no solo no se lo permitió, sino que la besó delante de todos ellos. La joven ardía de rabia al entender las consecuencias de aquel acto. El monje la miró con malevolencia. El caído que ella había conocido ya no era ese ser. Sus ojos mostraban una maldad tan profunda que Alis no necesitaba leer la mente para ver qué le haría si tenía la ocasión de estar a solas.

—¡Tus ojos! —exclamó Alis al descubrir que ya no era ciego.

—Don Ángelo es muy generoso con quienes le sirven. Lo siento, Alis, te ayudaré a escoger —le susurró, mirando a Gerard.

El antiguo caído los observaba con una mezcla de dolor y rabia. Intentaba incorporarse, mientras uno de aquellos ángeles le lanzó una patada que lo estrelló contra el suelo. Ya no les era necesario.

La chica miró horrorizada a Lucien. Nada de lo que había previsto saldría como esperaba. Gerard permanecía inmóvil con la mirada fija en Anselmo. Existía un odio tan evidente entre ambos que la sombra del monje emitió un rugido feroz dirigido a él.

—¡No! —Alis colocó una mano en el pecho de Anselmo para evitar que su sombra se lanzara sobre Gerard—. ¡No le hagas daño! —le rogó.

—Depende de ti. Bésame y muéstrale a todos cómo me amas —respondió.

Lucien retuvo a Gerard cuando Anselmo besó a Alis. La joven se mantenía inmóvil entre sus brazos, sin rechazarlo. Luego, se apartó de él unos centímetros. El perdido la sujetaba con firmeza por el talle. Podía leer qué pensaba Gerard, incluso ver los celos que intentaba controlar, pero era su vida la que estaba en juego, así que gritó:

—He decidido que el vencedor será mi dueño.

Gabriel y don Ángelo la miraron, pero fue el perdido quien esbozó una sonrisa y después emitió una sonora carcajada.

—Una chica muy lista. Me gusta su forma de pensar.

Gabriel era un soldado y no dejaría que el trofeo pasara a manos de otros, y menos aún, si este era su hermano. Ni siquiera analizó la situación, si lo hubiera hecho como don Ángelo, habría comprendido que todo era una burda manipulación. Resignado, el viejo perdido entendió que Gabriel no lo escucharía. Hacía tiempo que esa batalla debía haberse iniciado. Elevó los hombros ante la imposibilidad de evitarlo, realizó una grácil reverencia a Alis

y se dispuso a luchar.

Las sombras se lanzaron en una batalla feroz contra los ángeles. Gabriel y don Ángelo luchaban a muerte. Anselmo se vio en la obligación de soltar a Alis cuando dos ángeles se abalanzaron contra él. Lucien aprovechó ese momento y rodeó a Alis y a Gerard en un abrazo para dejarlos de nuevo en Aberffraw. A continuación, desapareció sin despedirse. Ambos sabían adónde había ido.

Alis emprendió el camino de vuelta a la casa en total silencio. La batalla desencadenaría su destino, daba igual adónde fuera o dónde se ocultara. Si esos dos monstruos no se derrotaban uno a otro, ella pasaría a ser propiedad del vencedor. Gerard la siguió en silencio, su semblante abatido mostraba una inquina tan absurda que le recordó a un chiquillo a quien le hubieran quitado su juguete preferido. Cuando entró en la casa, Gerard se acercó a la ventana y miró al exterior. Necesitaba curar sus heridas.

—Iré a por el botiquín.

Él no contestó, parecía que su mente estaba muy lejos de allí. Alis regresó y lo obligó a sentarse. Él no opuso ninguna resistencia ni emitió una queja, aunque podía ver que los golpes que le habían propinado requerían de analgésicos y de bastantes.

—¿Por qué te enfrentaste a ellos?

Gerard se había tumbado en el sofá. Apoyaba su antebrazo sobre la frente y mantenía los ojos cerrados.

—Porque nunca renuncié a una buena pelea ni consiento que insulten a las personas que me importan.

—Ya no eres un caído —le recordó ella, mientras vendaba su mano.

—Lo sé —respondió casi en un susurro. Luego añadió—: ¿Has terminado? —preguntó molesto—. Necesito dormir.

—Sí —dijo ella consciente de que la estaba echando—. Y yo un baño —dijo Alis a modo de pretexto para no enfrentar la situación. Ante el silencio de Gerard, supuso que él temía lo mismo.

La joven se tomó un rato en llenar la bañera. No dejaba de pensar en el hombre complejo, quebrado y vulnerable en el que se había convertido Gerard. Esperaba que llegara a comprender que estaba allí para ayudarlo a seguir adelante. Sin él el mundo sería para ella solo soledad y oscuridad. El

calor del agua relajó sus músculos, pero unos golpes en la puerta le avisaron de que Gerard, por fin, había decidido sincerarse, sin embargo, apenas podía dar crédito a lo que le dijo:

—¿Lo amas? —Alis estaba tan perpleja por la pregunta que no reaccionó a tiempo y guardó silencio.

Comprendía muy bien a quién se refería. No amaba a Anselmo, sin embargo, su conciencia también le atormentaba con una culpabilidad con la que tendría que aprender a convivir el resto de su vida. Gerard no había tenido elección. Ella había decidido por los tres y lo había escogido, sin importarle las consecuencias ni a quién destruía. El amor era egoísta, tanto que fue incapaz de mirar a Gerard a la cara. Se sentía como un monstruo. Su comportamiento había sido mezquino y eso le pesaba. Después de haber visto a su amigo el peso era aún mayor.

—Entiendo... —dijo él ante el silencio de ella.

Gerard se giró en redondo y se marchó. La joven continuaba muda, inmersa en sus pensamientos, pero cuando salió de su estupor él había abandonado la casa. Entonces, comprendió qué le preocupaba tanto. Aprisa, salió en su busca, sin importarle no secarse, ni vestirse. Se colocó las botas y un abrigo. Al principio no lo vio, el viento agitaba su cabello y la lluvia apareció para impedirle correr más deprisa. El único lugar al que podía ir eran a los acantilados. Temió no encontrarlo, tenía que hablar con él, explicarle lo equivocado que estaba. En el mirador solo escuchó las olas estrellarse contra las rocas. Durante un instante, el miedo se apoderó de su pecho al pensar que se hubiera lanzado a las aguas furiosas, pero lo divisó sentado al borde. Ese imbécil olvidaba que ya no era un caído, solo era un hombre. Alis gritó su nombre. Él se volvió con un gesto de tristeza en los ojos y se puso en pie con dificultad. La joven se abalanzó a sus brazos llorando como una niña y besándole el rostro con ansiosos besos. Gerard la abrazó fuerte contra él. El ruido de las olas y la lluvia desaparecieron por completo para Alis. Gerard se adueñó de su boca con tanta fiereza como la tormenta que descargaba su violencia sobre ellos. A ninguno de los dos le importaba la lluvia o el frío. Todo en esa vida les traía sin cuidado, menos el amor que compartían. Él la alejó un poco y la miró a los ojos. El agua había convertido los rizos negros de Alis en lánguidos mechones húmedos que Gerard retiró con ternura de su

rostro.

—Creí que lo amabas. —Apoyó su frente en la de ella y continuó con su confesión—: Cuando te vi besarlo, habría vendido mi alma solo para recuperarte.

—Señor Chevalier, mira que eres tonto. Ya deberías saber que siempre he sentido debilidad por los hombres arrogantes, insoportables y ricos.

Tras sus palabras la besó con mucha más urgencia. Ella rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí con fuerza. Nunca lo dejaría escapar. Gerard acarició su espalda y Alis tembló, no solo por la intensidad de sus sentimientos, sino también de frío.

—Regresemos o pescarás una pulmonía —le sugirió.

De la mano se dirigieron a la casa. Cuando entraron, ella le sonrió y él respondió a su sonrisa.

—Aún tengo un baño pendiente —le sugirió traviesa.

—¿Puedo compartirlo con vos? —preguntó él bromeando.

Escucharle hablar en ese tono llenó de felicidad a Alis, quien lo demostró con la aparición de los dos hoyuelos en las mejillas. Lo tomó de la mano y ambos se encaminaron a la bañera. El agua caliente relajó los músculos de ambos. La espalda de Alis se apoyaba en el pecho de Gerard y pensó que eso debía ser el auténtico Paraíso. Él le lavaba el pelo y sus dedos masajearon con delicadeza su cabeza. El mundo de nuevo había dejado de existir, ni las luchas entre todos esos entes celestiales estropearían ese momento.

—Alis, te amo tanto que me cuesta respirar —le confesó él, mientras besaba uno de sus hombros.

—Eso se debe a las dos costillas rotas que tienes —bromeó ella.

—Mujer, tienes una lengua muy arisca.

—No soy tu mujer, ¿recuerdas?

—Es cierto, eres mucho más que mi mujer. Tú eres mi alma.

La joven contuvo las lágrimas de felicidad que amenazaban con brotar de sus ojos. Había deseado escuchar aquellas palabras tantas veces, pero ambos sabían que contaban con un tiempo limitado. Ella debería marcharse con uno de esos bandos, si alguno salía vencedor en esa contienda.

—¡Ven! —le pidió Alis, saliendo del baño y dirigiéndose al dormitorio.

El agua la había convertido en una ninfa marina a los ojos de Gerard.

—Señora, sus palabras son órdenes para mí.

Varias horas más tarde, Alis dormía plácidamente y Gerard se levantó de la cama. Tras amarla necesitaba tomar un calmante, las dos costillas rotas no dejaban de molestarle. Se vistió y bajó a la cocina. La sorprendería llevándole un grandioso desayuno. Después de quinientos años notó que ese vacío, que lo llenaba de amargura y apretaba su cuello como la soga de un verdugo, había desaparecido; pero la presencia de Lucien empañó su felicidad. Al verle malherido se apresuró a ayudarlo.

—Ya veo que no ha ido mal. —Lucien sonrió con una expresión de cansancio.

—Podría habernos ido mejor.

—¿Quién ganó?

—Gabriel ha muerto. —Gerard no pudo evitar un estremecimiento de alivio al escuchar sus palabras—. Don Ángelo está herido, pero sobrevivirá. En cambio, Anselmo... —Gerard apretó los labios al oír el nombre—. Anselmo también ha muerto.

Gerard dejó escapar un suspiro de consuelo y pesar al oír aquello. Alis se entristecería al conocer la noticia. En cambio, él no pudo evitar alegrarse al saber que ya no la dañaría y que ambos se liberarían de esa culpabilidad que se interponía entre ellos como una espada de Damocles invisible pero tangible.

—¿Qué piensa hacer don Ángelo con Alis? —preguntó Gerard, temiendo la respuesta.

Sujetaba la taza de café y ni siquiera advertía que el calor quemaba su mano.

—Mientras ella se mantenga alejada de arriba y abajo, nadie la tocará. He conseguido que sea como Clemont, un terreno neutral que no estará a favor ni en contra de ningún bando. Los ángeles no desean enfrentarse a don Ángelo, y el rey de las sombras no tiene deseos de continuar una guerra. Los años han aplacado su avaricia. Rafael no es como Gabriel. El nuevo comandante no cuenta con tantos aliados, antes de meterse en una guerra deberá unificar a los ángeles.

Gerard dejó escapar el aire que había retenido en el pecho hasta que escuchó las palabras de su hermano. No le había confesado a Alis su plan,

pero si el ganador era don Ángelo la hubiera seguido a ese mundo de sombras, se habría convertido en una de ellos por continuar a su lado.

—Es un buen trato, gracias —respondió aliviado.

—Es el mejor que he podido conseguir.

Gerard miró entristecido a Lucien. Había perdido su condición de caído, pero no su perspicacia.

—¿Cuánto te ha costado?

—No sé a qué te refieres —se defendió. No pensaba cargar a Gerard con una culpabilidad innecesaria.

—No me he vuelto un imbécil, solo mortal.

Lucien sonrió y al hacerlo su semblante se contrajo de dolor por las heridas del costado.

—Nada que valiera la pena.

Gerard sabía muy bien qué había hecho por ellos.

—Gracias, Lucien. Hubiera querido ser mejor hermano.

Lucien golpeó su hombro con afecto. Al fin, había cumplido la promesa hecha en el lecho de muerte a su madre. Su hermano viviría una vida feliz con la mujer que había elegido. Para él, eso era suficiente.

Gerard le ofreció una de las tazas de café, sabía que ese día no le sacaría nada más. Entonces, Lucien enarcó una ceja muy serio.

—No pensarás darme ese brebaje. Después de todo, creo que me merezco ese *whisky* de Killarney.

EPÍLOGO

Un mes más tarde, recuperado de las heridas, Lucien se bajó de la *Harley*, que aparcó con sumo cuidado cerca de la plaza de San Marcos. Esa moto era su más preciada posesión. Ahora estaba solo y cansado de su existencia. Cuidar de sus hermanos había ocupado la mayor parte de su vida mortal e inmortal, pero desde que ambos se convirtieron en humanos le sobraba tiempo, tanto que no sabía muy bien en qué emplearlo. Montar y desmontar motores de motocicletas era su pasatiempo por el momento. Se ajustó la cazadora de piel negra y se encaminó con pasos decididos hasta don Ángel, quien ya lo esperaba. El perdido se arrellanaba en una de las butacas de una cafetería con las mejores vistas de la plaza.

—Don Ángel —dijo Lucien e inclinó la cabeza en un saludo respetuoso.

El arcángel le indicó con una mano que tomara asiento.

—Me he tomado la molestia de pedirte un capuchino.

Lucien sonrió mostrando una hilera de dientes. El gesto causó satisfacción en el vejestorio, quien conocía la aversión del caído por el café, pero esta vez, el joven se lo tomó sin rechistar, ante la mirada risueña del arcángel. Durante unos segundos, el perdido no pronunció una palabra, tan solo se dedicó a su pasatiempo favorito; estrellar palomas contra el suelo. Su comportamiento incitaba en Lucien ganas de levantarse de allí, pero se limitó a esperar y a beber ese nauseabundo brebaje. Al final de un rato, don Ángel le acercó con un dedo, en el que había un enorme anillo con un rubí, un sobre.

—¿Nunca te preguntaste por qué tu hermano no perdió las alas al matar al inmune, sino que se tornaron de color gris? O ¿por qué Joy no mató a Alis?

—¿Fue usted? —El arcángel esbozó una sonrisa y curvó los labios en un gesto torcido—. ¿Por qué?

—Porque era la única manera de que trabajaras para mí.

—Entonces... todo...

—Todo, querido niño, ha sido orquestado por mí. Nadie en este juego ha participado por casualidad, pero gracias a ello, todo ha terminado bien para tu hermano.

—¿Alguna vez lo dudó? —preguntó Lucien con un tono de voz beligerante.

—Eso nunca me preocupó. —Alzó los hombros para indicarle que le daba igual el resultado.

Apuntó con el dedo una paloma con un bello plumaje gris, que al caído le recordó a las alas de Gerard, y la estrelló contra el suelo en un vuelo suicida. Cómo odiaba aquel juego, si pudiera sería su sombra la que hubiera estampado sin dudar. Se obligó a calmarse, si perdía los estribos el resultado sería terrible para él. Siempre había sabido cuándo un rival era mucho mejor en una batalla.

—Ábrelo —dijo el perdido, y Lucien obedeció—. Es tu nuevo trabajo.

El caído contempló la fotografía, la metió en el sobre y aguardó las órdenes del viejo.

—¿Qué debo hacer?

—En breve te informaré. Hasta que te avise, mi querido niño, disfruta de tu libertad.

Don Ángelo se puso en pie, giró su bastón y se encaminó al centro de la plaza. El caído observó al antiguo arcángel sortear a los turistas, quienes se alejaban de él como si fueran las aguas del mar Rojo ante Moisés. Lucien guardó el sobre en la cazadora. Ahora, debía esperar.

Fin

AGRADECIMIENTOS

A Maribel Sanabria por el tiempo compartido y sus puntualizaciones, que siempre me ayudan a ver con más claridad la historia. También a Naitora McLine y sus aclaraciones, que nos mantuvieron despiertas hasta las tres de la madrugada. Gracias a las dos por vuestra paciencia y, sobre todo, por brindarme una amistad tan especial.

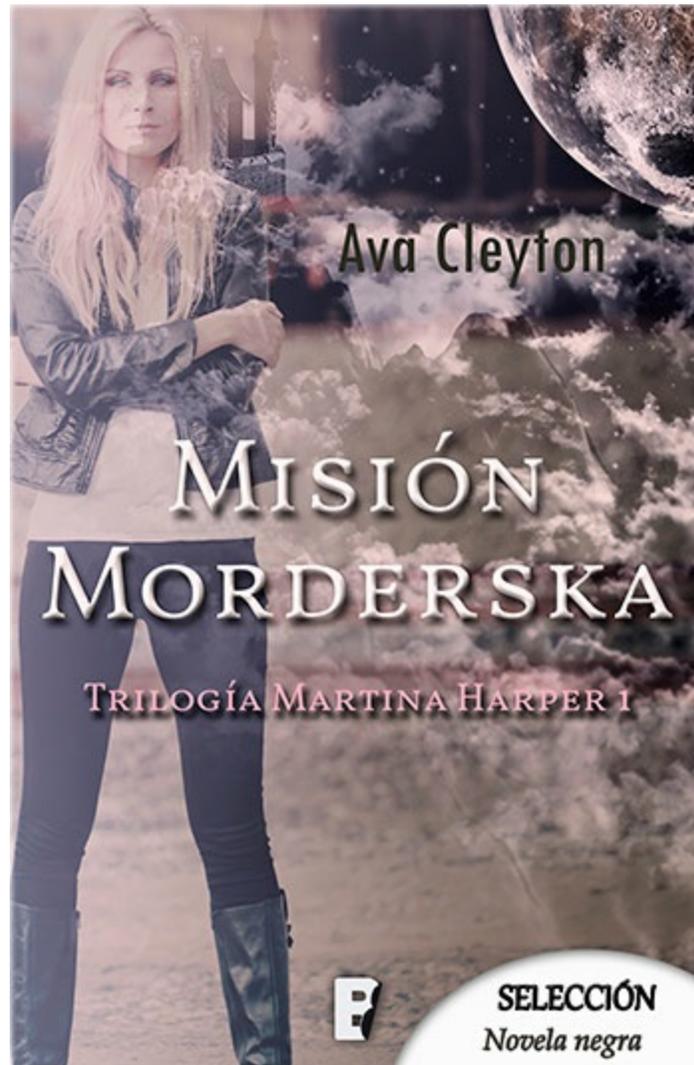
Si te ha gustado

Mariposa de fuego

te recomendamos comenzar a leer

Misión Morderska

de *Ava Cleyton*



CAPÍTULO 1

La intensidad de la niebla cubría los alrededores del castillo de San Servando y del puente de Alcántara, en aquella madrugada húmeda del mes de febrero. Desde la carretera de acceso a los aldeaños del río Tajo, vislumbrar con claridad el paisaje parecía una ilusión. Acababan de recibir el aviso más inquietante de los últimos años. Un joven universitario salía todas las mañanas a correr con su perro Thor antes de ir a clase. Durante la hora de ejercicio difícilmente interrumpía su rutina para realizar algún que otro estiramiento en el transcurso del recorrido. Llevaba diez minutos escasos de *footing* cuando Thor, que se mantenía a su lado en todo el trayecto, salió como alma que lleva el diablo hacia una vieja casa abandonada, próxima a la carretera del Valle. Se trataba de una antigua propiedad que hacía muchos años sirvió para almacenar el material de un taller mecánico próximo a la Academia de Infantería. Por ese motivo, no era extraño encontrar alguna que otra caja vacía que antaño estaría llena de toda suerte de tornillos, tuercas, arandelas y herramientas de varios tamaños. El corredor había visto la casa cada día. Formaba parte del paisaje, al igual que lo hacían los molestos mosquitos en verano en la ribera del río, pobladas por sauces y tarayes, árboles y plantas que por su naturaleza se resistían a subsistir en soledad, lo que los obligaba a situarse junto a las choperas y a las alamedas. Nada parecía destacar entre los cañaverales, solo la presencia de algún hongo infeccioso que amenazaba con devorar gran parte del hábitat natural de los fresnos y de los olmos podría causar peligro. Sin embargo, el corredor nunca imaginó que su perro lo conduciría al lugar donde se hallaba lo que jamás hubiera deseado encontrar: el hedor de la muerte. Este se le quedaría grabado a fuego, para siempre, en la profundidad de su memoria.

En la escena del crimen, Bruno Bernal y Rubén Espadas de la Policía Judicial, con aspecto de vivir acostumbrados a la tragedia de forma cotidiana, se abrieron paso a través de las ramas mustias de los arbustos. Tuvieron que

descartar el acceso con los coches de patrulla. No había dejado de llover en las últimas dos semanas, y el barro y el fango cubrían de charcos la orilla. Junto con ellos llegaron el médico forense y los miembros de la Policía Científica. Bruno Bernal acompañó a estos últimos, mientras su compañero se preparaba para hablar con el universitario. La lluvia hizo acto de presencia de nuevo. El lugar de los hechos era un barrizal ocupado por un cuerpo inerte. Todo estaba dispuesto para realizar la primera inspección técnico-policial, diligencia de gran importancia cuyo objeto principal era comprobar la realidad del presunto delito para luego servir de base a la investigación:

—¿Sabemos algo de la víctima, Mon? —preguntó Bruno Bernal. Era un hombre atractivo cuyas canas le proporcionaban un *look* muy interesante. Intentaba mantenerse en su peso, y en su rostro apenas se vislumbraban más arrugas de las «reglamentarias» a los cincuenta años. Conservaba un aspecto bastante saludable, al margen de las presiones y de los nervios inherentes a su oficio.

—Varón, origen caucásico, blanco. Por la longitud de las articulaciones y el diámetro del cráneo, a primera vista parece que se trata de un chico de una edad aproximada de entre tres o cuatro años... ¡Qué horror! Esto es una carnicería —exclamó Mónica Sánchez, una joven de larga melena castaña y rizada, y ojos demasiado pequeños, aunque muy expresivos, técnica de la Policía Científica, a la que todos llamaban Mon y a la que le entusiasmaba la moda. Ataviada con un chubasquero morado a juego con las gafas, llevaba puestos los guantes de látex e intentaba, a duras penas, sacar las mejores fotografías del cadáver. Las pautas se repetían en cada una de las intervenciones ordinarias, inmortalizando las lesiones externas del fallecido, las manchas de sangre, los cabellos que se encontraban a simple vista y las huellas de arrastre. Mon ya había sacado gran parte de las instantáneas cuando escuchó a su compañero.

—Por lo que se ve —terció el agente Francisco Muñoz, «Paco»—, el crío ha sido brutalmente asesinado —apuntó mientras observaba atónito los restos humanos—. No hay evidencia de sangre en el cuerpo, y lo han descuartizado de forma salvaje. Aunque es probable que la causa de la muerte haya sido un fuerte golpe en la cabeza. Tal vez con una piedra.

—¿Y del universitario? —preguntó Bruno—. ¿Qué podéis decirme?

—Al parecer lo ha descubierto aquí mismo, guiado por su perro —contestó Rubén—. No ha tocado nada, gracias a Dios. Se ha quedado paralizado y está sentado en el coche. Le he dejado una manta. Está muy afectado. Dudo mucho de que su testimonio pueda servirnos de ayuda, aunque no olvidemos que ha sido el primero en tener contacto con el cadáver, por lo que de momento es el único sospechoso.

—¿Pruebas? —volvió a preguntar Bruno.

—Brillan por su ausencia —intervino Paco.

Al igual que Mon, Paco llevaba dos años en la Científica y le apasionaba su trabajo. Era un hombre corpulento, de labios gruesos y pómulos marcados. Le gustaba raparse al cero y en su rostro destacaban los incisivos, por su tamaño y porque sobresalían de la boca como los dientes de un conejo.

—Fíjate —le explicó—, es como si hubiera sido atacado por una jauría de lobos...

—¿Lobos, aquí? Imposible —contestó Mon—. Recuerda que estamos en un ecosistema en el que abundan los jabalíes, los tejones, los conejos, los erizos, pero lobos, lo dudo. No obstante, las marcas y los desgarros en la piel han de ser *post mortem*. Por su aspecto....

—¿Adipocira? Mira, ha sufrido este fenómeno ligeramente —contestó Paco—. Es extrañísimo, el chico debe llevar muerto más de un mes. Ha desaparecido la rigidez del cadáver característica de las primeras veinticuatro horas. La humedad ha podido acelerar el proceso natural de putrefacción, pero por otro lado el frío lo debería haber conservado mejor.

—No hay restos de grasa en brazos o piernas. La cabeza está desprendida, con un fuerte impacto en la región occipital. Se supone que, bajo la piel, la grasa tendría que haber formado una película jabonosa. Pero es imposible, es aún muy pronto... la adipocira aparece a los tres meses, ¿verdad? Estoy confundida —admitió Mon, que continuaba haciendo fotografías al cuerpecito desmembrado.

—¿Por qué? —quiso ponerlos a prueba Bruno.

—Porque los restos del cadáver parecen de cera —contestó Mon—. Ni gota de sangre o fluidos corporales. Esperaremos el análisis del forense para determinar el tiempo aproximado del fallecimiento.

—Y los mordiscos son distintos unos de otros —añadió Paco—. Ha estado

expuesto a la intemperie. En este lapsus de tiempo ha podido ser devorado por toda clase de organismos, desde roedores, perros hasta aves de rapiña, hormigas... Pero, observad. —Levantó el torso del niño con delicadeza. A la altura de los riñones descubrió una muesca distinta, más grande que la que podría haber provocado la mandíbula de cualquier animal salvaje.

—Ten cuidado, Paco —le advirtió Bruno—. No toques nada. Hemos de ser muy escrupulosos con este asunto. Recordad, este caso requiere toda nuestra atención. No quiero ni un puto descuido.

—Soy consciente, jefe. Además, hasta que no le hagamos la autopsia no tendremos más datos. Son conjeturas, pero esto me parece muy macabro.

Bruno Bernal estaba perplejo. No recordaba tantísima crueldad en ninguno de los asesinatos en los que había trabajado hasta entonces. Hacía más de un mes que recibieron la alerta de que un niño pequeño había desaparecido. El caso llegó a oídos del presidente de Castilla-La Mancha, quedó muy sensibilizado con el asunto. Este se puso en contacto con la comisaría, exigiéndoles la máxima discreción en las investigaciones para impedir crear una alarma social en una ciudad como Toledo, que recibía a miles de turistas durante todo el año.

—¿Macabro solo? Siempre lo son. Cualquier crimen es espeluznante, pero si además la víctima es un niño, el morbo está servido —añadió Mon, mientras recogía los instrumentos de trabajo y los ordenaba en su maletín.

—¿Existen indicios de prácticas sexuales? —preguntó Bruno.

—A simple vista los descartamos. El crío mantiene los genitales intactos. Al menos están en su sitio —observó Paco—. Lo que de momento seguimos sin apreciar es si ha habido tocamiento o cualquier otro tipo de abuso.

Al cabo de una hora, tiempo en el que buscaron algún objeto que pudiera ser utilizado como arma homicida, un cuchillo, una navaja o unas tijeras, lograron separar el perímetro de la escena del crimen en forma de rejilla con el fin de recuperar cualquier prueba posible. Uno de los pilares sobre los que se basaba la investigación criminal lo constituía el estudio de las evidencias que hallaran en aquella parte de la orilla, cualquier síntoma susceptible de estudio que pudiera probar un hecho o demostrar la autoría de una persona era una prueba única. La ayuda de los dos pastores alemanes entrenados a conciencia en las labores de la búsqueda y recolección de indicios resultó del

todo inútil.

Llegó el Juez. En él recaía la garantía de autenticidad de la cadena de custodia. Bruno Bernal lo puso al día. Era necesario que cada prueba se mantuviera segura hasta su destino. El marco legal así lo exigía. Pero allí apenas las habían encontrado. Se aseguraría de que en su departamento se trabajase con objetividad: «Solo si cumplen todos estos requisitos, la prueba pericial se convertirá en prueba de cargo».

Al terminar, se cumplimentó el acta con los datos: el lugar, el día y la hora del hallazgo, los funcionarios que intervinieron y el número de diligencias policiales. También registró la inspección ocular practicada en un libro específico para ello. En último lugar dictaminó el levantamiento del cadáver. El embalaje se hizo siguiendo las indicaciones de Mon y de Paco. Se vieron obligados a ponerse unas mascarillas, ya que el olor era demasiado fuerte. Subieron al coche junto al joven que lo había encontrado. Debían tomarle las huellas y determinar si tenía relación con lo sucedido. Rubén Espadas, especialista en Psicología Criminal, se encargaría del interrogatorio. Nadie mejor que él para trasladarle la confianza en aquel fatídico trauma. Sabía cómo tratar a una persona en tal estado. Quizás eran sus ojos negros que lanzaban una mirada limpia o su rostro aniñado y redondo que transmitía dulzura. Si aquel muchacho tenía algo que ver, Rubén se las ingeniaría para hacerlo hablar. Aunque Mon y Paco compartían la misma intuición de que el joven era inocente. Tal y como había explicado, fue su perro quien lo guio hasta la casa abandonada donde, alertado por aquel olor nauseabundo halló el cadáver. Su versión parecía creíble. Su estado lo impresionó tanto que era incapaz de articular palabra. A priori, no se barajaba la probabilidad de la culpa. En su cuerpo no había indicios o huellas, pero la experiencia les enseñaba día tras día a desconfiar de todo como premisa para comenzar a investigar.

Su profesor de Entomología Forense les había asegurado en más de una ocasión que todos los sujetos son susceptibles de esconder en su interior a un ser endemoniado: «Los psicópatas nacen, pero los brotes psicóticos amenazan nuestra existencia desde que somos personas. Los celos de un hombre o la obsesión de una mujer, incluso un joven bajo los efectos de sustancias estupefacientes o el dueño de una tienda de alimentos si fuera

atracado tres veces en un mismo mes, son candidatos posibles de convertirse en homicidas de forma eventual en algún momento de sus vidas. Nada ni nadie puede detener el curso del destino y menos si este es trágico. La línea que separa lo normal de todo aquel universo paralelo que amenaza al ser humano es tan fina que cualquiera puede traspasarla en una situación límite. El misterio verdadero reside en descubrir qué clase de mecanismos físicos y químicos, que duermen en nuestro interior, afloran un día cualquiera y provocan que un hombre compasivo o una madre ejemplar se conviertan en seres arrastrados por la inmundicia, una suerte de monstruos, demonios inesperados, con la capacidad de cometer un horrible acto de violencia».

Ante la evidencia, Bruno era también de los que jamás se conformaba con la primera impresión. En el campo de la investigación criminal podía resultar fatal. Le gustaba rodearse de los mejores y pensaba que la opinión compartida era eficaz a la hora de resolver un crimen. Aunque solía hacerse una idea bastante aproximada de lo que podía haber pasado una vez que recopilaba todas las pruebas, necesitaba del especialista a la hora de dar por concluido el caso. Y nadie mejor que ella, Martina Harper, criminóloga y miembro de la Brigada de Homicidios y de Desaparecidos de la Policía Judicial de Madrid para ayudarlos a desentrañar el meollo de aquel misterioso suceso.

«Soy Gerard de Chevalier y esta noche soy tu cliente».



A la joven Alis Holstein se le acumulan las facturas, apenas puede pagar el alquiler del mes y su madre ha sufrido otra crisis. Su situación económica y familiar la obligará a tomar una dura decisión: convertirse en señorita de compañía. Entonces, aparecerá en su vida un cliente llamado Gerard de Chevalier, quien le propondrá que lo acompañe a Francia.

Alis no puede abandonar a su madre, pero él le ofrecerá una cantidad considerable para que acepte. Ese dinero puede solucionarle la vida o complicársela, al pasar dos semanas junto a un hombre como Gerard. Alguien incapaz de amar, pero el único que ha conseguido que no tenga miedo de su don especial.

Concha Álvarez nació en Linares, Jaén, en enero de 1971. Es diplomada en graduado social y tiene conocimientos de informática. Apasionada de la lectura, su afición y vocación es la literatura. Desde hace trece años reside en Sevilla y, desde entonces, está volcada en el mundo de la literatura en general, y de la literatura histórica y romántica en particular. Ha sido ganadora y finalista de varios concursos de relatos. Con la editorial Edelvives publicó un libro de lectura infantil titulado *Descubre tu país* para el curso 2011-2012. También ha publicado los relatos *Voces Ajenas*, *La casa de los ladrillos rojos* y *La casa*. Imparte un taller de iniciación a la creación literaria, orientado a todos aquellos que quieren dar el salto de la lectura a la escritura. Trabaja impartiendo talleres a personas disminuidas y mayores.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Concha Álvarez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-944-7

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Mariposa de fuego

Prólogo

Parte I

Una difícil decisión

El cliente

El trato

Princesa por un día

Parte II

Un juego peligroso

Falsas apariencias

Una mala idea

La cruda realidad

Parte III

Nunca llames a las puertas del infierno

La palabra de un caballero

Una petición arriesgada

La promesa

Parte IV

Confesión y castigo

El fuego siempre ha sido peligroso

Fichas negras o fichas blancas

Una dolorosa verdad

Parte V

El precio de la despedida

El tiempo en una botella

Un viaje a la oscuridad

Tres son multitud

Parte VI

Inferno

Cuando la verdad es tan aterradora como una mentira...

Una pierna rota no es la solución

Subimos a la azotea o bajamos al sótano

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Concha Álvarez

Créditos